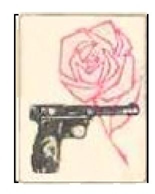


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La guerra de las ondas, vol. 1 y 2

Radio liberty es una emisora enclavada en la playa de Pals, en la costa Brava, en España, y sus emisiones llegan más allá del telón de acero. Aunque depende del gobierno español, su instalación fue subvencionada por los Estados Unidos, y de aquí surgen las protestas rusas alegando que la emisora es utilizada como elemento subversivo y de espionaje contra Rusia. Ésta es la base en la que se Sustenta la guerra de las ondas, o sea, una especie de escaramuzas entre emisoras que, ciertamente, no parece que pueda ocasionar ninguna gran tragedia. Y ciertamente, esta guerra no ocasionaría tragedia alguna. Pero hay otras guerras, camufladas bajo las ondas.



Lou Carrigan

La guerra de las ondas, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 275

ePub r1.1

Titivillus 19.09.2017

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Muerte en Bagur

Estaba en España con el nombre de Jacques Dubonnier, ciudadano francés en vacaciones, pero su verdadero nombre era Cirilo Gavrilovich, ciudadano soviético, afecto a las órdenes de la MVD que irradiaban a todo el mundo desde los directorios de Moscú.

Era un hombre alto, atlético, de unos cuarenta y cinco años, todavía fuerte, atractivo, viril. Cortos cabellos, boca delgada, ojos azules, manos poderosas. Vestía unos pantalones de color crema, sandalias, y una camisa de colores, muy estival, adecuada a la estación y al lugar.

Hacía calor en la playa de Pals. Una playa enorme, ancha, larguísima. Hacia la derecha estaban los promontorios rocosos donde se había construido una bonita urbanización de chalés rodeados de pinos. Hacia la izquierda, la larga playa, y, en ella, las altísimas antenas de Radio Liberty, pintadas de rojo y blanco. En la zona de tierra firme, a unos cuarenta metros de la orilla del mar, Jacques Dubonnier contemplaba con el ceño fruncido aquellas antenas, que eran como estandartes de la ubicación de Radio Liberty, aquella maldita emisora que tantos disgustos y molestias había proporcionado a Rusia en diversas ocasiones, desde que comenzó a funcionar, en el mes de marzo de mil novecientos cincuenta y nueve…

En más de una ocasión, en Moscú se había hablado de la conveniencia de «silenciar» aquella emisora instalada en España con la aportación financiera del Congreso de los Estados Unidos. Pero diversas circunstancias lo habían desaconsejado, desde la evidencia de la procedencia del ataque, a la perfecta instalación de los sistemas de seguridad de Radio Liberty. En realidad, Radio Liberty era algo a lo que los rusos le tenían auténticas ganas.

Sin embargo, Jacques Dubonnier, es decir, Cirilo Gavrilovich, no creía que su cita allí, en aquel lugar, tuviese nada que ver con la

emisora. Mejor dicho, estaba seguro de que el origen de su viaje desde París a aquellos lugares de la costa nordeste de España, conocida como Costa Brava, no tenía nada que ver con la emisora Radio Liberty.

¿O sí? ¿Quizás a fin de cuentas, en el fondo, todo estuviese relacionado con Radio Liberty?

Jacques Dubonnier consultó de nuevo su reloj, dirigió una última mirada a las antenas gigantes de la emisora, y luego paseó la mirada distraídamente por la playa. El mar estaba azul, y recortándose en él se veían las notas multicolores de los parasoles de la gente que acudía allí a disfrutar del aire sano, de la brisa del mar, del sol. Al fondo, a la izquierda, las Islas Medas, como flotando en aquel mar que parecía de cristal azul.

El espía movió la cabeza, con un gesto ambiguo, y se volvió hacia las pocas construcciones que había cerca de la playa. Una de ellas era un pequeño bar llamado Mar y Sol. O sea, el lugar donde Jacques Dubonnier tenía la cita con su desconocido informante.

Entró en el Mar y Sol, se acercó al mostrador, y pidió una naranjada. Había muy poca gente allí, pues lógicamente, a aquella hora todo el mundo prefería el mar. En una mesa, cuatro muchachos jóvenes, dos chicos y dos chicas, reían. Estaban en traje de baño, y bebían cocacola. Una de las chicas estaba sencillamente tremenda, luciendo unos senos que a Jacques le parecieron descomunales, y que rebosaban por todos lados del pequeño sujetador del bikini.

Diez minutos más tarde, todo seguía igual. Jacques había terminado su naranjada, y fumaba, pensativo, mirando por una de las ventanas hacia la playa. Los muchachos habían terminado sus refrescos, y habían vuelto a la arena… Cuando sonó el teléfono que estaba a un lado del mostrador, Jacques Dubonnier volvió la cabeza. Tenía la completa seguridad de que la llamada era para él. Y que no le preguntasen cómo lo sabía, porque sólo podría contestar que, simplemente, lo sabía.

—¿Es usted *mesié Divonié*? —preguntó el dueño del bar, tras atender la llamada.

Jacques asintió, acercándose. El hombre del bar era amable, sonriente, y Jacques se preguntaba qué motivos tenía para ser así: todo el mundo tomaba el sol o se bañaba, y él estaba trabajando

precisamente en semejante lugar de diversión. ¿Cómo podía ser amable?

—Gracias —tomó el auricular—… ¿Sí?

—Lo siento de veras —oyó la voz de hombre—, pero me es imposible acudir ahí, Dubonnier.

—Usted escogió el lugar —dijo secamente Jacques.

—Sí, sí, lo sé… Pero no puedo ir. ¿Sabe usted dónde está Bagur?

—Escuche, las tonterías no me…

—Le aseguro que podré explicárselo todo. Acuda dentro de una hora a Bagur. Mejor dicho, ni siquiera es necesario que entre en el pueblo. ¿Sabe dónde está la Casa de Carmen Amaya?

—Claro que no —gruñó Jacques.

—Bueno, es fácil localizarla. Verá…

* * *

Sentada ante el volante de su pequeño Seat 127 alquilado, estacionado a prudente y discreta distancia del bar Mar y Sol, Dorothy Griffin vio salir a Cirilo Gavrilovich, y miró su relojito de pulsera. Hacía dieciséis minutos que el agente ruso había entrado allí. En dieciséis minutos se pueden hacer tantas cosas que era absurdo romperse la cabeza imaginando cuál o cuáles podía haber hecho Gavrilovich. ¡Demonio de hombre…! ¿Qué mosca le habría picado para trasladarse así, por las buenas, nada menos que desde París a aquella comarca española donde lo único importante que había era Radio Liberty?

La solución parecía tan fácil que Dorothy desconfiaba de ella. ¿Había ido Gavrilovich a Pals sólo para mirar las antenas de Radio Liberty y entrar a tomar algo en un bar? Lo lógico era que allí, en el bar, se hubiese visto con alguien, claro.

Esperó a que Gavrilovich se metiese en su Dodge, alquilado asimismo, y tras mirar la dirección que tomaba, puso en marcha su coche, condujo hasta delante del bar Mar y Sol, se apeó con gestos apresurados, y entró en el local mirando vivamente a todos lados. Luego, se quedó mirando al hombre que había tras el mostrador, que la contemplaba sonriente.

—¿Busca a alguien, *Mamuasel*?

Si Dorothy Griffin, además del francés, no hablase el español,

ciertamente la CIA no la habría enviado a España tras los pasos de Gavrilovich.

—Sí —contestó Dorothy—, a un amigo. Es alto, de cabellos cortos y ojos azules. Tiene unos cuarenta y tantos años, y…

—¡Acaba de salir de aquí! —exclamó el hombre—. ¡Si se da prisa todavía podrá alcanzarlo, en la carretera a Pals!

—Ah… Muchas gracias. ¿Quién estaba con él?

—Nadie. Ha estado solo. Pidió una naranjada, y estuvo mirando la playa. Seguramente, la esperaba a usted, *Mamuasel*, pero le llamaron por teléfono, y luego se fue enseguida. Sí, el nombre de ese hombre es *Mesié Dibonié*, ¿verdad?

—Sí —sonrió Dorothy—. ¿No dejó ningún recado?

—No, ninguno, lo siento.

—Muchas gracias.

Dorothy salió del bar, y segundos después partía en pos de Gavrilovich. ¿Había ido allí solamente para recibir una llamada telefónica? Dorothy Griffin estaba desconcertada; para recibir una llamada telefónica, ciertamente, no hace falta salir del hotel.

Alcanzó a ver el Dodge de Gavrilovich antes de un minuto. El ruso era un hombre pausado, conducía como disfrutando del paisaje. Pinos por todas partes.

El lugar era muy agradable… A decir verdad, lo único que rompía la belleza del paisaje era, precisamente, las antenas de Radio Liberty. ¿Estarían tramando algo los rusos, relacionado con Radio Liberty? Dorothy estuvo tentada de utilizar la pequeña radio de bolsillo para ponerse en contacto con Dick Ingram, el agente de la CIA que le servía de soporte a ella en aquel trabajo. Ingram era un muchacho amable y simpático, que se había instalado en Bagur sólo con el fin de estar cerca de ella, para respaldarla en lo que fuese necesario. Por supuesto, discretamente… Y no iba a ser ella la que, llamando a Ingram en aquel momento, quizá le colocase en una situación delicada…

Siguiendo siempre a Gavrilovich, Dorothy llegó al pueblo de Pals propiamente dicho, unos cinco kilómetros tierra adentro. De allí, hacia el Sur, llegaron a Regencós, otro pueblecito del que sólo se veía la torre de la iglesia. De allí, por una carretera amplia, nueva, fueron subiendo hacia Bagur. Pronto divisó el castillo en ruinas, en lo alto de la montaña en cuya falda estaba el pueblo. Gavrilovich no

entró en el pueblo. En la entrada había dos bifurcaciones, y el ruso tomó la de la izquierda. Poco después dejaba atrás otro cruce, a la izquierda. Abajo, azul, refulgiendo al sol, el mar. Y las islas Medas. Para evitar cruzar las montañas con chalés, había descrito casi una circunferencia completa. Tomando como punto de referencia la esfera de un reloj, y suponiendo que la playa de Pals estuviese en las doce, la playa de Sa Riera, allá al fondo según indicaba un cartel, estaría en las dos; pero, en lugar de pasar directamente de las doce a las dos, Gavrilovich había hecho el viaje pasando por las once, las diez, las nueve, etcétera, hasta llegar a las dos… Pero no emprendió el descenso hacia Sa Riera, sino que pasó delante del cruce, continuó por la amplia carretera que rodeaba completamente Bagur, y, cuando de nuevo Dorothy comenzaba a desconcertarse, de pronto, el ruso sacó el coche de la carretera, tomando un camino a la izquierda.

Un camino de tierra. El Dodge alzaba polvo, y Dorothy pensó que también ella lo haría si entraba con el coche. Pero si Gavrilovich continuaba mucho rato por aquel camino, no tendría más remedio que seguirlo en coche.

De pronto, vio la casa. Una casa vieja, con un alto torreón. Detuvo el coche, y se quedó mirando aquella construcción, que parecía tener la mitad de casa y la mitad de castillo. Bueno, la mitad, no, sólo aquella torre… Cuando volvió a buscar con la mirada el polvo que debía de ir levantando el coche del ruso, ya no vio nada de polvo.

El agente soviético se había detenido.

Dorothy dejó el coche en el arcén, tomó la pequeña cámara fotográfica que tenía en el asiento contiguo, y con la cual había estado tomando no pocas fotografías, y se apeó. Rápidamente, buscó una posición desde la que pudiese continuar cumpliendo con su trabajo del mejor modo posible. Ella no era Baby, claro, pero quizás algún día pudiese ser tan eficaz y famosa como su colega de la CIA.

«Ni siquiera la conozco», pensó, mientras caminaba por el camino de tierra, bordeado de matojos.

Así es la vida. Las dos trabajaban para la CIA, pero no se conocían. Y además, mientras que Baby era famosa en el mundo entero, ella no era nada, no era nadie. Una simple muchacha que

trabajaba como espía. Espía del montón…

Vio el coche de Gavrilovich, y se detuvo. Se quedó entre las matas, en las que había algunos caracoles. Sonrió al verlos, y centró luego toda su atención en Gavrilovich. Éste se hallaba de pie delante de la gran casa en ruinas. No había puertas, ni ventanas… Sólo agujeros que parecían grandes ojos ciegos. La casa, rematada por aquella torre, estaba rodeada de espacio abierto. Por la derecha, descendía. Por la izquierda, se alzaba, lleno de matorrales. Y allá estaba Gavrilovich, delante de la casa, con las manos en la cintura, soportando el terrible sol de aquella mañana de cielo transparente. Miraba hacia la casa en ruinas, eso era todo.

Dorothy enfocó hacia él la pequeña cámara, y disparó otra fotografía. Seguro que Ingram sabría decirle qué clase de casa era aquélla, y hasta quizá supiese a quién pertenecía…

De pronto, apareció el otro hombre. Más allá de la casa, de entre los matorrales de la izquierda. Gavrilovich debió de verlo también, porque comenzó a caminar hacia él. Dorothy lamentó no haber traído el teleobjetivo, y, tras vacilar, apuntó la cámara hacia allí, y disparó dos fotos más, encuadrando la posición del hombre recién aparecido.

Sería imposible identificarlo a tal distancia, pero… ¿qué perdía tomando la foto? Gavrilovich y el otro se reunieron. Quedaron más allá de la casa, conversando. El otro era más bajo que Gavrilovich, ancho de hombros. Sus cabellos relucían mucho, y Dorothy pensó que debía de ponerse mucha brillantina, lo que desaprobó.

«—¿Y si me metiese en la casa y me asomase por una de las ventanas? Quizá podría fotografiarlos desde más cerca…».

Se deslizó por entre los matorrales con caracoles, hasta que la casa la ocultó a las posibles miradas de Gavrilovich y el otro. Entonces, corrió hacia la casa, y entró en ella. Todo estaba en ruinas. No había muebles, no había nada. Olía mal. Era una casa abandonada, evidentemente. En una parte faltaba parte del techo. Había unas escaleras que no parecían muy seguras, pero Dorothy las subió. La casa era enorme. Había muchos cuartos, y más escaleras. No sabía ya por dónde andaba. Pero, finalmente, llegó a una ventana, desde la cual, en efecto, vio a los dos hombres, que seguían conversando.

Con todas las precauciones, Dorothy Griffin se dedicó a tomar

fotografías, maldiciendo mentalmente al otro sujeto, que permanecía de tal modo que la ancha espalda de Gavrilovich lo ocultaba casi completamente. No podía ver su rostro… Chascó la lengua con disgusto cuando la carga de película se agotó en la cámara. Por fortuna, iba prevenida. Del escote donde ocultaba la radio de bolsillo, sacó otra pequeña carga de película, que encajó en el interior de la cámara, colocando la ya impresionada en el escote. Luego, continuó tomando fotografías, espaciadamente. Pero sólo durante un minuto o dos más.

O sea, hasta que oyó la voz masculina, abajo:

—Es inútil guardar la puerta, porque hay más, en la parte de atrás. Y además, están las ventanas… Vigiladlo todo bien: no debe escapar.

Dorothy Griffin había palidecido intensamente, y, en el caluroso día de verano, le pareció sentir una corriente de frío que envolvió todo su cuerpo…

—Debe de estar por arriba, Roger —sonó otra voz.

—Seguramente. Tú y Manfred subid a ver si es así, Willman. Yo la buscaré por aquí abajo.

—Debe de habernos oído —dijo todavía otra voz desconocida.

—No importa —dijo la primera voz—: no saldrá viva de aquí.

La palidez de Dorothy Griffin era ya cadavérica. Como si ya estuviese muerta. Demasiado tarde, comprendió la diferencia entre ella y Baby. Seguramente, Baby no se habría dejado la pistola escondida en el salpicadero del coche. Ni siquiera se habría metido en aquel caserón en ruinas, limitando su campo de acción. Más que probable, se hubiese dado cuenta de que la vigilaban, o hubiese comprendido que Gavrilovich no podía andar por ahí como un turista cualquiera, sino bien protegido. O vigilado… En este caso, debía de ser vigilado, porque los hombres que había oído no eran rusos: Roger, Manfred y Willman. Podían ser francés, alemán, e inglés, respectivamente; lo seguro era que no eran rusos.

En alguna parte algo crujió, se oyó un golpe sordo, y acto seguido, una maldición, en alemán. Dorothy sentía la boca seca, la piel de todo su cuerpo fría. Estaba oyendo ahora pasos ascendentes.

—Dios mío —imploró mentalmente—… ¡Dios mío!

Y de pronto, lo comprendió. Nada ni nadie podría salvarla.

Nada ni nadie, en aquella situación.

Entonces… ¿qué debía hacer? Era una espía, una agente secreto: ¿qué debía hacer en una situación como aquella?

No tuvo que dudarlo mucho. Sacó la pequeña radio de entre los senos, y apretó el botoncito de contacto.

A poca distancia de allí en línea recta, en el jardín de una casa que daba a la calle José Antonio, esto es, a la carretera que cruzaba el pueblo de Bagur, el agente de la CIA Richard Ingram lo estaba pasando fenómeno: tendido en una hamaca suspendida entre dos cerezos, iba señalando hacia arriba los rojos frutos, y canturreando:

—Ésta quiero, ésta no quiero, ésta quiero, ésta no q…

Bip-bip-bip-bip…, zumbó la llamada, en el bolsillo izquierdo de su blanco pantalón.

Ingram saltó velozmente de la hamaca, sacó la radio, y admitió la llamada, alterado, sobresaltado.

—¿Sí? —Casi gritó.

—Ingram, soy Griffin… Dorothy Griffin.

—Ya sé, ya sé. ¿Qué te pasa?

Sabía que algo le pasaba a su colega llegada de París, y a la que tenía que respaldar en todo cuanto ella pidiese. Lo sabía porque había percibido la angustia en su voz tensa, contenida…

—Hay tres hombres dispuestos a matarme. Pero he conseguido esconder una carga de película en el cuarto de baño. Si consigo escapar te llamaré, pero ellos…

Nada más.

—¿Griffin? —musitó Ingram—. ¡Dorothy, ¿me oyes?! ¿Dónde estás? ¡Dime cómo puedo ayudarte! ¡Griffin!

Acurrucada en el rincón de la pieza más oscura a la que había conseguido deslizarse mientras oía pisadas a su alrededor, la agente Griffin no sólo había cerrado ya su radio, sino que la había ocultado bajo unos ladrillos rotos y sueltos. Todo estaba sucio, polvoriento, viejo, abandonado. Con la esperanza de salvarse todavía, Dorothy había cerrado la radio, a fin de que la voz de Ingram, y menos aún, la suya propia, no llegase hasta el hombre que estaba en aquel momento tan cerca de la entrada de aquel cuarto del piso alto.

La espía americana se encogió y cerró los ojos, queriendo evitar incluso que el brillo de la córnea destacase en la oscuridad. Oscuridad muy relativa…

—¡Hey! —Oyó la voz de hombre, en la puerta de aquel cuarto—.

¡Venid, ya la he encontrado!

Dorothy Griffin se puso en pie de un salto, y corrió hacia la puerta. Hasta entonces, había eludido el encuentro. Ahora, ya nada más podía hacer, salvo luchar en el último intento de salvar la vida.

Su choque con aquel hombre fue fortísimo, y, naturalmente, fue ella quien salió perdiendo. El hombre perdió el equilibrio un instante hacia atrás, mientras soltaba una maldición, pero ella cayó de espaldas. Se sentó rápidamente, se puso en pie de un salto, y pasó de nuevo al ataque. Tenía que salir de allí, de aquel cuarto. Saltaría por cualquier ventana, y quizá consiguiese llegar al coche…

Esta vez, no chocó con el hombre, porque éste no la dejó. La recibió deteniéndola con un brazo, y aplicándole acto seguido un bofetón tremendo, que derribó de nuevo de espaldas a Dorothy Griffin. Un instante más tarde, tenía al hombre sobre ella, a horcajadas, farfullando, y lanzándole golpes. Las fuertes manos del hombre crujían en su cara. Oyó las voces de los otros, sus recias pisadas. Segundos después, estaba en el suelo, sujeta por tres hombres, es decir, por una fuerza muy superior a la suya.

—Es linda la paloma —jadeó el que tenía sobre el vientre. De un manotazo, le arrancó la ropa del pecho.

—No —gimió Dorothy—… ¡No, no, no…!

En un abrir y cerrar de ojos, a zarpazos, fue desnudada. Inmediatamente, el hombre se tendió encima de ella, y le mordió los labios, mientras la sujetaba por los cabellos… Dorothy consiguió apartar su boca de la del hombre, y gritó:

—¡No! ¡No! ¡No, no!

Pero, estaba ya sintiendo al hombre. Lo estaba sintiendo en ella, brutalmente, espantosamente. Todavía pudo gritar un par de veces más, antes de que le fuesen introducidos en la boca jirones de sus propias ropas. Sobre ella oía el jadeo del hombre, que se estaba apoderando completamente de ella…

Y ni siquiera hubiese conseguido nada aunque hubiese gritado, porque allí, en aquel lugar, apenas a trescientos metros del pueblo, no había nadie que pudiese ayudarla. Ni siquiera nadie que pudiese oírla.

Solamente, el sol.

Y aquellos tres hombres. Aquellas tres bestias.

Capítulo Primero

—Eres un ángel —aseguró Frank Minello—… ¡Un auténtico ángel!

—Pero, Frankie —rió la bellísima Brigitte Montfort—, los ángeles tienen alas, y yo no tengo.

—Ya lo creo que tienes alas —aseguró Frank Minello—… Las más preciosas alas del mundo. Lo que ocurre es que son alas secretas, camufladas. ¡Claro, como corresponde a una espía! ¿No está usted de acuerdo?

La pregunta la dirigió Minello al hombre que estaba sentado junto a Brigitte Montfort, la cual le había tomado una mano, y cada vez que reía alguna tontería de Minello, se apoyaba en él. Un hombre de más de metro ochenta, cabellos color cobre, ojos negrísimos, mentón agresivo, boca delgada y dura, cuerpo delgado y finamente musculado, pero con la dureza del acero: Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos. También se le podía llamar Angelo Tomasini, con cuyo nombre vivía en Malta, en una preciosa casa con jardín y piscina llamada Villa Tartaruga. O Clark Coleman, nombre con el cual viajaba por todo el mundo cuando el asunto de espionaje que le ofrecían valía la pena… El hombre que lo era todo en la vida de Brigitte Montfort.

Brigitte Montfort, alias la agente Baby, de la CIA. Con esto era suficiente para que cualquier espía, sólo al oír el nombre de Baby, supiese que se estaba hablando de la espía más linda, astuta y peligrosa del mundo. Largos cabellos negros suavemente ondulados, enormes ojos azules de pureza celestial, cuerpo de una belleza y esplendidez de sueño, piel dorada por el sol, que parecía de seda y de oro… Y el más grande corazón del mundo. La mujer que lo era absolutamente todo en la vida de Número Uno.

A la pregunta de Minello, Número Uno frunció el ceño pensativamente un instante, y murmuró:

—La verdad es que yo nunca le he visto alas a Brigitte, Frankie.

—¡Hombre, ya está usted fastidiando la fiesta! —reprochó Frankie—. ¿Qué le costaba a usted decir que sí, que Brigitte es un ángel?

—Eso ya es otra cosa. No le veo alas, pero sí creo que es un ángel, en efecto.

—Gracias, mi amor —murmuró Brigitte, inclinándose hacia un lado, para alcanzar con un beso la barbilla de Número Uno.

—¡Pues si es un ángel, tiene que tener alas! —insistió Minello—. ¡Todos los ángeles tienen alas! Lo que pasa es que como Brigitte es una espía secretísima, pues eso: tiene bien escondidas las alas.

—Si quieres —deslizó maliciosamente Brigitte— me desnudo completamente para que veas que no escondo alas, Frankie.

—Zambomba —exclamó Minello—… ¡Por mí puedes desnudarte, desde luego! ¡Ji, ji! ¿Qué le parece a usted la idea, Uno?

—A mí me parece magnífica —asintió Angelo Tomasini—. Precisamente, me gusta contemplar desnuda a Brigitte, porque es lo más hermoso que han visto mis ojos jamás.

—¡Hombre, hoy está usted en plan cabreador! —protestó Minello de nuevo—. ¿Es que va a aceptar que Brigitte se desnude delante de mí, así por las buenas? ¡Si ella…!

—¿Te quieres callar? —le increpó Brigitte—. ¡Deja que Uno siga diciéndome esas cosas!

—¿Qué cosas? —se sorprendió Minello.

—¡Pues que soy lo más hermoso que sus ojos han visto jamás, y todo eso…! ¿De verdad te parezco lo más hermoso, mi amor?

—Yo nunca miento —masculló Uno.

—¡Ésta es buena! —explotó Frankie—. ¡El espía más peligroso del mundo, y dice que nunca miente! ¡Todos los espías del mundo mienten, lo sé!

—Frankie, si continúas interrumpiendo a Uno, te encierro en la terraza —amenazó la divina espía—. ¿Qué más, mi amor? ¿Qué más?

Número Uno frunció el ceño, y miró su reloj de pulsera. Estaban los tres en el salón del apartamento de Brigitte, en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina. Los malos momentos últimos ya habían pasado: Brigitte estaba a salvo una vez más.

Charles Alan Pitzer había sido trasladado hacía unos días a Nueva York desde Canadá, fuera del peligro que significaba la herida recibida en aquel país cuando fue allá a una labor rutinaria de la CIA, como jefe del Sector New York de este organismo de espionaje que era, y por tanto, jefe directo de la agente Baby…

La agente Baby, que una vez más se había jugado la vida, esta vez por Pitzer precisamente, por su querido «tío Charlie», como ella le llamaba. Justamente cuando Brigitte se hallaba dispuesta para emprender el viaje a Villa Tartaruga para reunirse con Uno y pasar unos días con él, había sucedido aquello en Canadá. Ella se había visto obligada a suspender el viaje, y Número Uno había sido quien había acudido a Nueva York, y luego a Canadá, para recogerla y regresar juntos a Nueva York. Ahora, con Pitzer de nuevo en casa, convaleciente, y todo solucionado, los dos estaban a punto de marcharse unos días a Villa Tartaruga, a disfrutar en soledad y bajo el sol de aquel amor que hacía años los mantenía unidos con una intensidad que habría sobrecogido a cualquier persona que hubiera sido capaz de comprenderlo, de captar la grandiosa profundidad de los sentimientos de aquellos dos espías implacables…

—¿Qué más? —insistía Brigitte—. ¿Qué más, Uno, mi amor?

—¿Qué más de qué? —farfulló él.

—¡De esas cosas bonitas que nunca me dices!

—Hombre, dígale algo de una vez —refunfuñó Minello—… Por ejemplo, dígale que…

—¡¿Te quieres callar, Frankie?! ¡Es Uno quien tiene que decirme cosas!

—Está bien, está bien. Bueno, usted, dígale algo y acabemos: yo ya tengo un hambre de perro famélico: Y quiero recordarles a los dos que me han invitado a la cena de despedida, y que por ustedes me he vestido de esmoquin, me he afeitado y me he puesto mi mejor perfume…

—¡Frankie! —rió Brigitte—. ¡Los hombres no usan perfume!

—¿Por qué no? —protestó Minello—. ¿Eh? ¿Por qué no? Cuando tú te pones perfume, yo lo huelo, y pienso: ¡qué rica está Brigitte! Así que he pensado que con perfume, de mí también se puede decir que estoy muy rico. ¡Además, es perfume de Alaska!

—¡¿Cómo, de Alaska?! —Se pasmó Brigitte.

—Sí, mujer: fabricado con extracto de bigote de foca, mezclado

con grasa y globo ocular de pingüino.

—¡Santo cielo! —Abrió mucho sus enormes y maravillosos ojos Brigitte—. ¡Qué asco!

—Pues tengo mucho éxito con él —masculló Minello—. El otro día, precisamente, iba yo tan tranquilo por la calle cuando, de pronto, oigo unos gritos femeninos de placer… ¿Qué digo, de placer? ¡De éxtasis! Así que me vuelvo, y veo a tres mujeres que llegan corriendo, se ponen a olerme como si fuese una flor, y luego se abrazaron a mí, y querían besarme, y que las amase, y yo qué sé cuántas cosas…

—Frankie, eso no es cierto —reprendió Brigitte.

—¡Te digo que así sucedió! Lo que pasa es que aquellas tres chicas eran esquimales, que estaban aquí porque habían ganado un concurso radiofónico acerca de la sexualidad de los pingüinos viudos en sus relaciones con las morsas solteras de más de cincuenta años. Claro, en estas condiciones…

Minello ya no dijo nada más, porque de nuevo había conseguido su objetivo diario: hacer reír a Brigitte.

Efectivamente, Brigitte reía tanto que sus ojos se estaban llenando de lágrimas.

—¡Qué cosas se te ocurren, Frankie!

—No se me han ocurrido a mí —pareció deshincharse Minello—. La verdad es que todo esto lo he copiado del cuaderno de un niño chino que acude diariamente a una escuela esquimal desde una localidad china llamada Chi Chón Gor Do Enla Ka Beza. Ese muchacho promete en el campo literario: creo que bajo la dirección de Las Grandes Promociones Culturales Chinas, organismo que tiene su sede en Pekín, lo están preparando para que gane el Premio Nobel de Literatura en el año dos mil. Pero esto no es nada comparado con la promoción que están haciendo con el anciano Ka Bezo Ta…

—¿Qué… qué promoción están… haciendo? —consiguió preguntar Brigitte sin dejar de reír.

—Lo están preparando para niño Prodigio.

—¿Para niño pro…? ¡Pero si ya es un anciano nunca podrá ser un niño prodigio, Frankie!

—Bueno, sí que es un anciano, pero como pertenece al espionaje chino, eso no lo sabe nadie. Además, lo tienen metido dentro de una

pequeña botella, para que no crezca, y así nadie se dará cuenta. Además, le han depilado la barba. El único inconveniente es que, si bien están consiguiendo que el cuerpo del anciano no crezca, no hay manera de detener el proceso de crecimiento de su cabeza, que se está haciendo enorme, enorme, enorme… Por eso, aunque antes se llamaba Ka La Mar, ahora lo llamaban Ka Bezo Ta. ¿Comprendes? La traducción de su nombre ahora es cabezota… ¿Comprendes? ¿Eh? ¿Comprendes?

Vaya si comprendía Brigitte. De nuevo estaba riendo. Pero de pronto quedó seria, y frunció el ceño. Dirigió una mirada de reojo a Número Uno, que sonreía levemente, y miró de nuevo a Minello.

—¡Eres un tramposo, Frankie! ¡Y un mal amigo mío!

—¿Qué…? —Respingó Minello—. ¡Explica eso!

—Eres un tramposo porque con todas esas tonterías lo que has pretendido ha sido distraerme, a fin de no continuar pidiéndole a Uno que me diga cosas bonitas. ¡Con lo que acabas de demostrar que eres un mal amigo mío y buen amigo de él!

Minello pareció deshincharse de nuevo, y miró a Uno.

—Bueno, amigo, yo he hecho lo que he podido por usted, pero supongo que se hace cargo de que no podía engañar todo el tiempo a la agente Baby.

—Gracias por la intención, Frankie —asintió Uno, mirando de nuevo su reloj—. Bien, creo que, en efecto, ya es hora de ir a cenar. A menos que quiera tomar otra copa.

—Yo no —se puso en pie Minello—. Podemos irnos cuando gusten.

—¡De aquí no sale nadie hasta que yo oiga algo hermoso de labios de Número Uno! —aseguró Brigitte.

—Voy a contarle a Peggy la historia de Chi Chón Gor Do Enla Ka Beza y de Ka Bezo Ta —dijo Minello, apresurándose a salir del salón.

Angelo Tomasini se puso en pie, tomó de las manos a Brigitte, y tiró suavemente de ella, hasta abrazarla contra su pecho. Con vestido de noche, reluciente su piel de seda y de oro, Brigitte Montfort era como una ilusión, como una belleza irreal con luz propia.

—Frankie tiene razón —dijo Uno—: debes de ser un ángel.

—Sí, sí, sí… ¿Qué más? ¿Qué más?

—Bueno… Sí, debes de ser un ángel, porque cuando estoy contigo siento que puedo volar…, que podemos volar juntos.

—Mi amor, eso es una vulgaridad —reprochó tiernamente Brigitte.

—Todas las palabras se convierten en vulgares, por el uso frecuente —murmuró Uno.

—Pero… debe de haber unas más bonitas que otras…

—Sin duda. Pero yo no te amo con palabras, Brigitte, sino con el corazón. Siento no poder decirte…

—Oh, Dios mío —gimió ella—… Ya lo has dicho. ¡No digas nada más!

Cuando sonó el teléfono, todavía se estaban besando. Y naturalmente, no hicieron el menor caso. Para eso estaba allí Peggy, el ama de llaves de Brigitte, y, en último caso, el buen Frankie, que podía atender cualquier llamada para su amiga del alma Brigitte.

Y por otra parte, para Número Uno y Baby en aquel momento no existían teléfonos, ni nada de nada. Solamente aquel amor que a veces incluso aterraba a Brigitte, cuando pensaba que podía perderlo, que ambos podían perderlo si uno de los dos moría…, lo cual podía suceder en cualquier momento. Pero, mientras estaban vivos, disfrutaban de lo mejor que la vida puede ofrecer a todo ser humano: la capacidad de amar con cuerpo y mente hasta comprender que, a fin de cuentas, la vida es sólo eso: amor.

Finalmente, Brigitte separó su boca de la Número Uno, y apoyó la mejilla en el pecho de él, suspirando. De sobra sabía que Uno no era hombre de palabras, pues, como él decía, las palabras se las lleva el viento, y los sentimientos permanecen siempre en el corazón…

De pronto, se dio cuenta de que estaba viendo a Frank Minello. Había regresado al salón, y estaba en la puerta, mirándolos inmóvil. ¡Pobre Frankie! Había aceptado ya que Brigitte amaba a Número Uno, pero… ¿qué podía hacer con los sentimientos de su corazón, que siempre permanecían allí, reservados para Brigitte? Ésta se apartó suavemente de Uno, que también captó la presencia en el salón. La captó, volvió la cabeza, y se quedó mirando a Minello, que intentaba aparecer normal.

—¿Qué ocurre, Frankie? —se interesó Brigitte.

—Ha llamado Simón-Floristería, como tú le nombras: el

ayudante de Pitzer.
—Sé muy bien quién es Simón-Floristería —asintió Brigitte—. ¿Qué quería Simón?
—Decirte que, de parte de Pitzer, te ruega que vayas a la floristería cuanto antes.
—¿Cuanto antes?
—Sí.
Brigitte miró a Número Uno, que hizo un gesto de asentimiento.
—Cuanto antes vayamos a la floristería, antes podremos ir a cenar.

* * *

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, los recibió en su dormitorio de la floristería sita en el 1044 de la Segunda Avenida, donde la CIA tenía instalado su cuartel general de Sector. Flores y espionaje y contraespionaje… Pitzer yacía en la cama, con aceptable buen aspecto, y sonrió cuando aparecieron Brigitte y Número Uno, precedidos por Simón, que les había estado esperando en el garaje. Pero la sonrisa de Pitzer desapareció cuando, tras Brigitte y Uno, apareció Minello.
—¡Oh, no! —gimió.
—¡Hola, viejo buitre! —saludó Minello, captando el sobresalto de Pitzer, y ensañándose con él—. ¿Cuántas toneladas de rica carroña corrompida ha comido hoy?
—¿Era imprescindible traerlo? —suspiró Pitzer, mirando a Brigitte; acto seguido miró a Uno—. Hola, Número Uno.
Éste asintió, simplemente. Brigitte se sentó junto a la cama, en la silla que le acercó Simón-Floristería, y pasó una mano por la frente del hombre que, años atrás, la iniciara en el espionaje.
—Tiene buen aspecto, nada de fiebre, y estupendo color —dijo la divina, sonriendo—. ¿Sabe una cosa, tío Charlie?: he pedido a la Central el mando del Sector.
—¿De qué Sector? —Palideció Pitzer.
—Del nuestro, naturalmente. Y por supuesto, me lo han concedido.
—Lo que significa… que ya no soy yo quien manda aquí, sino usted —murmuró Pitzer.

—Así es. Y he tomado ya dos resoluciones, que espero sean respetadas durante mi ausencia. Primera resolución: Simón va a ser quien esté al frente del Sector hasta mi regreso. Segunda resolución; usted, como parte del personal bajo mis órdenes, tomará el avión para Hawai, Acapulco, Rio, o un sitio parecido, en cuanto esté en condiciones, y pasará allá unas semanas de descanso físico y mental, tomando el sol y buscándose agradables compañías. Naturalmente, con todos los gastos a cargo de la CIA. Sería inútil que intentase discutir mis decisiones. Y ahora, tío Charlie: ¿qué ocurre?

—Han llamado de la Central, para pasar uno de esos informes sobre los cuales exige usted prioridad absoluta antes de que la CIA tome una determinación.

—¿Han matado a un Simón? —musitó Brigitte, palideciendo.

—Se llamaba Dorothy Griffin.

—¿Una mujer? Dios…

—Entonces, será una Simona, digo yo —intervino Minello.

Pitzer le dirigió una enfurruñada mirada, muy breve, porque toda su atención estaba centrada en Brigitte, que tras encajar la noticia, inquirió:

—¿Dónde ha sido?

—En España. En la Costa Brava, en un pueblecito llamado Bagur, que supongo no ha oído nombrar nunca.

—Supone mal. Precisamente cerca de Bagur, en plenas rocas sobre el mar, hay uno de los mejores hoteles de Europa en su género, el Cap Sa Sal, al que Uno y yo habíamos hablado en varias ocasiones de ir a pasar unos días, pero siempre lo íbamos posponiendo.

—Lo comprendo —murmuró Pitzer—: sería absurdo abandonar la villa de Uno para ir a un hotel, por confortable y lujoso que éste sea.

—Ésa es la cuestión… Pero quizás haya llegado el momento de ir allá. ¿Qué ha ocurrido exactamente con Dorothy Griffin, es decir, con… Simona, como dice Frankie?

—Exactamente, no se sabe. La muchacha fue enviada desde París a la Costa Brava en seguimiento de un agente ruso, llamado Cirilo Gavrilovich, el cual, por cierto, está o estaba alojado precisamente en el hotel Cap Sa Sal; la temporada está un poco baja

respecto al turismo este año, en España, así que Simona pudo conseguir también una habitación en el mismo hotel. Un agente de los nuestros fue destacado a Bagur, con el fin de respaldar el trabajo de Simona. Y ese agente ha sido quien ha informado de su muerte.

—¿Cómo sucedió?

—Fue violada y estrangulada después.

—¿Fue… violada? —exclamó Brigitte.

—Brutalmente violada. Y luego, estrangulada. Desconozco más detalles, por lo que, si quiere usted ocuparse del asunto, lo mejor será que se ponga en contacto con Simón-Bagur.

—Entiendo —murmuró Brigitte.

—¿Se va a hacer cargo de esto?

—Por supuesto que sí. Bueno —Brigitte alzó la cabeza, para mirar a Número Uno—… Quiero decir que supongo que no tienes inconveniente en que…

—Ya estoy acostumbrado —dijo Uno—. Y quizás ha llegado el momento de que pasemos unos cuantos días en ese hotel.

—Gracias, mi amor. —Brigitte miró de nuevo a Pitzer—. Puede comunicar a la Central que me ocupo de esto. Todo lo que tienen que hacer ellos es conseguirme una habitación en el Cap Sa Sal. Mmmm… A nombre de Clark Coleman y esposa. ¿Te parece bien, mi amor?

—Sí, está bien —asintió Uno—. Pero yo sólo tengo documentación individual, a nombre de Clark Coleman. Si fuese a nombre de Angelo Tomasini y esposa…

—No. Seremos Clark Coleman y esposa. Ya tengo yo hace varias semanas esa documentación en casa. Bueno, todo eso son detalles sin importancia… Tío Charlie: ¿se sabe a qué fue ese agente ruso a la Costa Brava?

—No. Según entiendo, Cirilo Gavrilovich es uno de los directores del espionaje soviético en la zona Norte de Francia, un hombre importante. Reside en París. De pronto, hace sus maletas y se va al hotel Cap Sa Sal. Dorothy Griffin, destinada en París hacía tiempo, y que además habla… hablaba el español, fue encargada de controlarlo.

—Ya. Bien, ¿qué ha pasado con Gavrilovich? ¿Continúa en el Cap Sa Sal?

—No. Ha desaparecido.

Brigitte asintió con un gesto y quedó de nuevo pensativa. Por fin dirigió la mirada hacia tío Charlie.

—Supongo, tío Charlie, que usted sabe que cerca del hotel Cap Sa Sal, siguiendo la costa hacia el norte, hay una emisora llamada Radio Liberty.

—Sí, lo sé. Está financiada por el Congreso de los Estados Unidos, y depende del Ministerio de Información y Turismo de España. Quiero decir que nosotros disponemos allí de la emisora en cuestión por concesión española.

—Lo cual les ha traído bastantes complicaciones a algunos españoles —sonrió secamente Brigitte—… ¿Sabía usted que se dice que esa emisora, en realidad, depende de la CIA directamente?

—Cada cual puede decir lo que guste —masculló Pitzer.

—Sin duda. ¿A alguien se le ha ocurrido pensar que la presencia de Cirilo Gavrilovich pueda estar relacionada con esa emisora?

—Usted sabe perfectamente que en espionaje todo es posible, y que las cosas no se saben con certeza hasta que son evidentes.

—Lo que significa que no sabemos nada de nada.

—Exactamente.

—¿Cree que podríamos enterarnos en el Congreso de Estados Unidos, o en algún otro organismo nuestro, respecto a si en Radio Liberty está ocurriendo algo especial?

—¿Especial?

—Especial. A menos que a alguien se le ocurra algún otro motivo por el que un importante agente de la MVD abandone París para ir a la Costa Brava, justamente a pocos kilómetros de las instalaciones de Radio Liberty.

—Preguntaré eso y le enviaré respuesta al Cap Sa Sal en cuanto la tenga.

—Muy bien. Que avisen a Simón-Bagur de que llegaremos a Barcelona, al aeropuerto Muntadas, para que pase a recogernos allí. Uno y yo saldremos mañana hacia España… Hasta entonces, quisiera que me consiguiesen toda la información personal posible sobre Dorothy Griffin y, especialmente, sobre Cirilo Gavrilovich.

—De acuerdo. Bueno, si se va por la mañana, supongo que también podré informarla dentro de pocas horas sobre cualquier cosa especial que suceda o vaya a suceder en Radio Liberty.

—Magnífico. Bien —Brigitte tragó saliva—… supongo que a

Dorothy Griffin ya no puede perjudicarla que yo salga esta noche a cenar.

—No —musitó Pitzer—: a esa pobre muchacha, ya nada puede perjudicarla.

—Te prometo que no diré tonterías —dijo Minello, mohíno—. Ni las haré, Brigitte; simplemente, cenaremos.

—Sé muy bien que sabes cuándo no debes decir ni hacer tonterías, Frankie —susurró Brigitte—. En cambio, hay personas que no saben la gran tontería que acaban de cometer en Bagur…

Capítulo II

España. Aeropuerto Muntadas, de Barcelona, en el Prat de Llobregat, a siete kilómetros de la ciudad.

Hora: las diecinueve treinta.

Richard Ingram, agente de la CIA, apenas podía contener ya su impaciencia. El reactor había llegado hacía unos minutos. Y dentro de muy pocos minutos más, ¡por fin!, se cumpliría su más grande anhelo profesional: conocer a la agente Baby, en carne y hueso. Nadie le había dicho cómo era ella, pero Ingram sabía perfectamente que la identificaría en cuanto la viese.

Así fue. En cuanto al hombre que acompañaba a la hermosa mujer de grandes ojos azules, sólo sirvió para que Ingram se reafirmase en su seguridad de que no podía equivocarse. Ahí era nada: en un solo día iba a conocer no sólo a Baby, sino al legendario Número Uno, el hombre que años atrás había sido el ejemplo a seguir en el espionaje europeo. El mejor hombre con que había contado la CIA hasta que, según se decía, la propia CIA lo había traicionado. Desde entonces, Número Uno había desaparecido de toda actividad del espionaje «oficial» en el continente europeo…

Ella era bellísima, y él impresionante. Richard Ingram tragó saliva cuando se acercó a ellos, y musitó, mirando a la divina criatura de ojos azules:

—¿Baby?

—Hola, Simón —sonrió afectuosamente la recién llegada viajera —. Él es Número Uno.

—¿Cómo está? —Casi tartamudeó Ingram, mirando a Uno.

Clark Coleman se limitó a asentir con un gesto. Ingram volvió a tragar saliva, y señaló hacia el exterior.

—Tengo el coche en el estacionamiento. ¿Prefieren pasar la noche en Barcelona, o vamos directamente al Cap Sa Sal? Hay ciento cuarenta kilómetros hasta allí.

—Iremos directamente allá. Pero no al hotel, por ahora… Esperaremos el momento oportuno para utilizar la habitación que tenemos reservada…, a menos que usted no pueda facilitarnos alojamiento en Bagur.

—Oh, sí. Tengo alquilada una casita simpática, en la entrada al pueblo. Hay cerezos, en el jardín.

Brigitte se quedó mirándole fijamente. De pronto, sonrió, y besó al espía en una mejilla.

—No se torture, Simón. Yo he comprendido ya que estas cosas son inevitables. Vengaremos a Dorothy Griffin, se lo aseguro. Pero, mientras tanto, ninguno de nosotros ha tenido la culpa, así que usted en especial no debe tener remordimientos.

—Mi misión era… era apoyarla, ayudarla…

—Dígame una cosa: ¿Hizo usted algo mal? ¿Quizá descuidó su trabajo, o ella le pidió ayuda y usted no quiso concedérsela, o no estaba en condiciones de hacerlo porque se hallaba dedicado a cosas ajenas a su trabajo…?

—No, no. ¡Le juro que…! Mire, yo estaba tumbado en una hamaca cuando a ella se disponían a matarla, pero no podía hacer otra cosa. Estaba haciendo… lo único que podía hacer mientras ella trabajaba. Lo que se me había ordenado. Estar atento al contacto, y cuando ella pidiese algo, dárselo. No pude hacer nada. ¡Nada!

—Vamos a ver esos cerezos —sonrió Brigitte.

Dos minutos más tarde, partían hacia Barcelona en el coche de Ingram. Todavía era de día, había sol. La autopista iba atestada, algo increíble.

—Los viernes y los sábados siempre ocurre lo mismo, debido a la gente que sale a pasar el fin de semana en la playa o en el campo —dijo Simón, tras unos minutos de silencio—. Además, tenemos que cruzar toda la ciudad, para tomar luego una autopista… ¿Han estado antes en Barcelona?

Brigitte cerró un instante los párpados.

¿Que si había estado antes en Barcelona?

Había estado, y no lo olvidaría nunca. No, nunca olvidaría a Simón-Barcelona, ni olvidaría a esos que nunca volverán, como la propia Dorothy Griffin… Miró a Uno, que permanecía impasible, pese a que él sabía perfectamente cómo había terminado aquel asunto en Barcelona, hacía años…

—Sí —musitó—, hemos estado antes en Barcelona. Conocemos España bastante bien.

—Pero no Bagur, supongo.

—No.

—Es un pueblecito simpático, con un urbanismo viejo y desordenado. Las casas están construidas al pie de una montaña en cuya cumbre hay un castillo… Bueno, lo que queda de un castillo, en el que se supone se refugiaban los españoles cuando los moros llegaban desde la isla de Mallorca para atacarlos… Eso se dice, sí, es un sitio… agradable. A poca distancia tiene las mejores playas de la Costa Brava. Quizá tengan ocasión de ir conociéndolas.

—Quizás. Supongo que no se sabe nada nuevo sobre lo sucedido.

—Nada. Cirilo Gavrilovich continúa sin aparecer. La gerencia del Cap Sa Sal ya ha avisado a la Guardia Civil de Bagur, claro está. El hotel está en el término municipal de Bagur. Cuando encontraron a Dorothy, también avisaron a la Guardia Civil, la cual, posteriormente, avisó a la Policía de Gerona, ciudad relativamente grande, a unos cuarenta y tantos kilómetros del pueblo.

—¿Quién encontró el cadáver de Dorothy?

—Unos niños.

—Por Dios…

—Sí. Bueno, verá usted: yo creí que… Será mejor que empiece por el principio, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—Veamos… Yo estaba en el jardín, tumbado en la hamaca, y como es natural, tenía la radio de bolsillo conmigo. Estaba… señalando las cerezas que me iba a comer. Entonces, ella llamó. Atendí la llamada en el acto, y hablé con ella. Tengo apuntada textualmente la conversación, porque supuse que usted lo querría así. Esto es todo lo que hablamos —terminó Simón, tendiendo hacia atrás el papel que había sacado de un bolsillo.

Brigitte lo tomó, y lo leyó, al mismo tiempo que Número Uno. Luego, quemó el papelito en el cenicero de la portezuela de su lado.

—Usted dedujo que ella le había llamado desde el hotel, y cerca del hotel —musitó—. Por lo tanto, fue para allá, a ver si podía ayudarla, ¿no es así?

—Exactamente. Pero no pude encontrarla. Estuve por allí merodeando hasta muy tarde. De madrugada, volví a la casa de

Bagur, con la esperanza de que ella hubiese podido salir bien librada de aquel apuro y me estuviese esperando. No era así. Pasé la noche prácticamente sin dormir, esperando su llamada e incluso, pese a las órdenes en sentido contrario, llamándola yo con mi radio. No hubo forma de obtener respuesta. Al día siguiente, volví por el hotel. Sabía que Dorothy estaba en la habitación 303, pero no me atreví a subir a ella. No por miedo personal, sino por temor a complicar las cosas. De modo que me pasé el día dando vueltas por allí, sin obtener ningún resultado. Por la noche, volví a casa, utilicé la extensión para comunicarme nuevamente con el enlace de Gerona, y le dije que Dorothy seguía sin aparecer. Me dijo que pasaría la comunicación a Barcelona, y que aquí tomarían decisiones. Por la mañana siguiente, me llamaron a mí desde Gerona: ¿había alguna novedad, se sabía algo de Dorothy o de Cirilo Gavrilovich? Dije que no. Entonces, me dijeron que habían avisado a «Europa», y que…

—¡Europa! —exclamó Brigitte, mirando sobresaltada a Número Uno—. ¿Está interviniendo el señor Europa en esto?

—Así es. Estaba en Oslo, pero le avisaron desde París, y se trasladó a la capital francesa. De allí, a Gerona. Y ahora, después que se descubrió el cadáver, y que fue informado de que usted se hacía cargo de todo, está esperando la confirmación de su llegada, entiendo que para hablar con usted personalmente.

Brigitte miró de nuevo a Uno.

Tiempo atrás, había sido precisamente el señor Europa, jefe de los servicios de la CIA en Europa, quien había traicionado directamente a Número Uno, siguiendo órdenes de la Central, naturalmente; y a esto le debía seguir con vida, pues si hubiese sido cosa propia, Europa habría muerto tiempo atrás…

—No te preocupes —movió la cabeza Uno—. Ese hombre no tiene el menor interés para mí.

—Si prefieres ir a esperarme en Villa Tartaruga…

—No. Y te repito que no te preocupes.

—Está bien… ¿Qué más, Simón?

—Pues, como le digo, Europa está esperando, para hablar con usted. Pero, antes de que se encontrase el cadáver de Dorothy, estaba en Gerona, esperando a ver si ella aparecía, o encontrábamos a Gavrilovich. Bueno, al día siguiente fue cuando encontraron a

Dorothy, en la Casa de Carmen Amaya. Es un sitio muy popular en Bagur. Carmen Amaya fue una famosa bailarina española, fallecida hace algunos años. Se había comprado una casa cerca de Bagur, una casa de campesinos medio en ruinas, y había empezado a restaurarla cuando falleció. Desde entonces, la casa está abandonada, derrumbándose día a día, sin puertas, sin ventanas. Es una casa enorme, con escaleras interiores, muchas habitaciones, cuadra para animales de tiro… Los turistas van a visitarla a menudo. Y los niños, con frecuencia, van allí a jugar. Está a unos trescientos metros del pueblo, más o menos, y claro, un lugar así tiene para ellos cierto encanto para sus juegos. Bueno, pues fue un grupo de niños quienes encontraron a Dorothy, en un cuarto del piso de arriba, que tenía la ventana tapada. Resulta una habitación oscura, en esas condiciones, así que los turistas simplemente pasan por delante de la puerta, sin entrar. Además, huele mal… Y hay ratas.

—¿Ratas? —Respingó Brigitte.

Richard Ingram tragó saliva una vez más.

—Había… señales de que Dorothy había sido mordida por algunas ratas, sí… Bu-bueno, los niños aquellos sí entraban en habitaciones oscuras. Ya sabe, se esconden… Parece ser que entraron dos de ellos a esconderse, y uno tropezó con el cuerpo de Dorothy y cayó encima. Enseguida, los dos pudieron verla lo suficiente para saber que era una mujer. Llamaron a los demás, y luego fueron corriendo a avisar a la Guardia Civil, al cuartelillo de Bagur. A partir de entonces, el proceso normal, hasta ayer, en que nuestros resortes en Gerona consiguieron el traslado del cadáver a esa ciudad, desde donde espero que haya partido ya hacia Estados Unidos. Y eso es todo.

—Todo salvo que, si he leído bien, ella dijo que había escondido una película en el cuarto de baño.

—Sí. Yo creo que cuando se vio acorralada por los tres hombres, pudo arreglárselas para esconder la película allá, y luego escapar del hotel. Pero los tres hombres la alcanzaron, la debieron de meter en el coche, y la llevaron a la Casa de Carmen Amaya, donde la… la mataron…

—¿Es seguro que fue violada?

—Sí, sí —casi gimió Ingram—… Sin la menor duda. Estaba…

estaba desnuda en aquella habitación oscura. Le habían arrancado la ropa, que estaba hecha pedazos alrededor de ella. Luego, la… la estrangularon.

—¿Vio usted el cadáver?

—Sí… Sí. ¡Por Dios…!

—¿Se dio a conocer como amigo de ella?

—¡No! Me pareció que eso sólo podía… complicarlo todo aún más.

—Hizo bien —asintió Brigitte—. ¿Hay alguna novedad sobre Radio Liberty?

—¿Sobre Radio Liberty? —se sorprendió Ingram—. Pues no sé. No tengo ni idea. ¿Por qué?

—Antes de abandonar Estados Unidos recibí un informe de la Central en el que se me comunicaba que no había nada que estuviese en conocimiento de la dirección respecto a novedades en Radio Liberty. He pensado que quizás usted habría observado algo especial por aquí.

—No… Nada.

—Aparte de Radio Liberty… ¿qué más hay de especial para nosotros, los espías, en Bagur, o alrededores?

—Demonios, que yo sepa, nada… Bueno, hay un repetidor de televisión, me parece. Y un control de vuelos aéreos, que atiende a determinadas horas un empleado del ayuntamiento… No creo que Moscú considere esas cosas como objetivos interesantes.

—Entonces, sólo queda Radio Liberty. Y eso sí sería un objetivo interesante para los rusos, ¿no le parece?

—Sí, desde luego… Estamos llegando a la Plaza de España.

Había terminado la autopista, convertida ya en amplia avenida. Pasaron por debajo de la plaza, utilizando el amplio y bien iluminado paso subterráneo. Salieron a la Gran Vía, o Avenida de José Antonio, y fueron circulando por ella en silencio. Cines, cafés, edificios de vecinos… La Universidad, a la izquierda. Poco más allá, el Hotel Ritz, a la derecha. Más adelante, una plaza de toros, a la izquierda, después de rodear una gran plaza circular, con palmeras. Y luego, otra plaza aún más grande, también con palmeras, por encima de la cual pasaba el principio de la autopista que los llevaría directamente fuera de la ciudad, y luego hacia el norte.

Estaba anocheciendo cuando Barcelona quedaba atrás. Los tres

espías viajaban ahora en silencio. Pasaron el primer control de peaje de la autopista.

—Lo mejor será que llegue hasta Gerona por la autopista, y tome allí una carretera interior. Hacemos unos cuantos kilómetros más, pero ahorramos tiempo, porque si no vamos por ahí, tendríamos que cruzar Palamós y Playa de Aro, dos localidades playeras que en verano se llenan de coches de un modo terrible…

—Simón —cortó Brigitte—, deje ya de preocuparse, de reprocharse esa muerte. He estado pensando… ¿Realmente cree que a Dorothy la llevaron a la Casa de Carmen Amaya para violarla y estrangularla?

—Bueno… ¿Qué otra cosa? El coche que ella había alquilado estaba al principio del camino que lleva a la casa, en el arcén de la carretera que rodea el pueblo. Pienso que ella consiguió llegar al coche, que debía de tener estacionado en la rotonda del Cap Sa Sal, y cuando iba a escapar, llegaron ellos, se metieron en el coche… Ya sabe.

—Sí, ya sé. Pero hay algo que no acaba de convencerme en todo esto.

—¿A qué se refiere?

Brigitte hizo a su vez otra pregunta:

—¿Se imagina usted a tres espías que, lógicamente, deberían estar en el Cap Sa Sal para algo realmente importante…, y que cuando descubren a un agente enemigo se dedican a violarla y luego estrangularla… en una casa abandonada? ¿A usted le parece eso propio de nosotros? ¿Le parece un comportamiento… lógico? Y además, dejando allí mismo el cadáver, desnudo… ¡Con lo fácil que habría sido ocultarlo, aunque fuese tirándolo al mar, con un buen lastre!

—Yo estaba pensando en eso —dijo Número Uno—. Y quizá tenga sentido, si consideramos que pudieron hacerlo así precisamente para que nadie pensase en espías ni nada parecido.

—Ah… Sí, quizá tengas razón. Sí… Una chica asaltada por unos cuantos hombres que la violan y luego la matan y se dan a la fuga. Sí, tiene sentido, en efecto. Gracias, mi amor.

Número Uno le dirigió una mirada amable, un tanto socarrona.

—Sin embargo, tú sigues pensando que es más práctico y más de espías, hacer desaparecer el cadáver, ¿no es así?

—Sí. Sobre todo, cuando resulta tan fácil. ¿A ti no te parece complicado llevarla a una casa abandonada, tomarse la… molestia de violarla y de estrangularla?

—Es más complicado que tirarla al mar muerta de un tiro, sin duda alguna —asintió Uno.

—Bueno, pienso que si Dorothy estuvo tomando fotografías, es más que posible que estos tres hombres aparezcan en la película que ella escondió en el cuarto de baño. ¿No te parece?

—A menos que Dorothy estuviese tomando fotografías de Cirilo Gavrilovich, por ejemplo, y fuesen los otros tres quienes la viesen a ella en un momento en que ya tenía suficiente trabajo en intentar escapar de ellos. Con lo que, aun suponiendo que lleguemos a encontrar la película, te encontrarías con que quizá no podrías identificar a los tres sujetos que al parecer eliminaron a tu Simona.

—Tienes razón. Desde luego yo preferiría que Dorothy hubiese tomado fotografías de esos tres hombres pues al fin y al cabo a Cirilo Gavrilovich ya lo conocemos después de haber visto esta madrugada el expediente que nos trajeron en helicóptero desde la Central. Pero, en fin, de un modo u otro tenemos que encontrar esa película que ella escondió en el cuarto de baño.

—Dorothy Griffin estaba en la habitación 303 del Cap Sa Sal —intervino Richard Ingram—. Y Cirilo Gavrilovich ocupaba la 411. Esto está no sólo en otro piso, sino en otro lado del edificio del hotel. ¿Conocen el Cap Sa Sal?

—Lo hemos visto solamente en fotografías —dijo Brigitte—. Y parece que finalmente vamos a pasar unos cuantos días en él, tal como hemos hablado en varias ocasiones.

—¿Van a instalarse esta misma noche en el Cap Sa Sal? —preguntó Simón.

—No —negó Brigitte—. Por ahora nos mantendremos alejados de este hotel, al menos oficialmente.

—Lo digo porque si hay que buscar ese microfilme en el cuarto de baño de la habitación de Dorothy Griffin pienso que cuanto antes sería mejor.

—Ya no tiene importancia —negó Baby—. Si esos tres hombres, como usted parece pensar, obligaron a Dorothy Griffin a decir dónde había escondido el microfilme, es seguro que ya no lo encontraremos allí y si no lo saben no creo que se pierda nada por

hacerlo esperar allí unas cuantas horas. Además, antes de ir a instalarnos al Cap Sa Sal nos gustaría dar una vuelta alrededor de este hotel a fin de conocer bien el terreno que vamos a pisar.

—Se puede contemplar el Cap Sa Sal desde diferentes lugares —asintió Simón—. Si les parece, mañana por la mañana podemos dar una vuelta por esos sitios que conozco bastante bien, y así podrán hacerse una idea bastante exacta.

—De acuerdo —asintió Brigitte.

—También sería conveniente echar un vistazo a la Casa de Carmen Amaya —sugirió Número Uno.

—Todavía está vigilada por la Guardia Civil —volvió un instante la cabeza Simón-Bagur—… Pero también se puede ver a prudente distancia. Lo que no sé si es prudente es dejarse ver precisamente rondando ese lugar. Debemos tener en cuenta, que quienes mataron a Dorothy Griffin quizá se estén fijando estos días muy especialmente en todas las personas que van a ver el lugar donde fue violada y estrangulada una muchacha.

—Sin embargo, Uno tiene razón —dijo Brigitte tras reflexionar unos segundos—. Verdaderamente, a mí también me gustaría observar esa casa aunque de momento no fuese muy de cerca.

—Bueno —movió afirmativamente la cabeza Simón—. Supongo que podré arreglarles mañana una especie de… circuito turístico que les permita hacerse una idea exacta de la ubicación del Cap Sa Sal, sus alrededores, y también de la Casa de Carmen Amaya, la distancia hasta el pueblo… En fin, podríamos dedicar la mañana, si les parece, a que ustedes se situasen bien en el terreno en el que, según parece, vamos a tener que trabajar.

—Proposición aceptada —dijo Brigitte—. Espero que nadie se fije demasiado en unos turistas que se dedican a hacer un recorrido simpático por los alrededores de Bagur.

Ya no se habló gran cosa más durante el resto del trayecto. Llegaron por la autopista A-19 hasta Gerona, y cruzaron esta ciudad sin abandonar la autopista hasta llegar a la salida Gerona-Norte. Desde allí, por una carretera comarcal en bastante buen estado, se dirigieron hacia Bagur, cruzando algunos pueblos que les resultaron simpáticos a Brigitte y Numero Uno. Les hizo especialmente gracia la localidad llamada La Bisbal, que al cruzarla fue mostrando a la izquierda de la carretera los grandes arcos con pórticos donde había

tiendas, bares y viviendas privadas. Poco más allá de La Bisbal, Simón sugirió que podían detenerse a cenar en un restaurante situado también a la izquierda de la carretera y cuyo nombre era El Celler. Brigitte y Numero Uno aceptaron, sobre todo pensando que cuanto más se entretuvieran en el camino más tarde llegarían a Bagur y por tanto menos gente se fijaría en ellos.

Así pues, cenaron en El Celler.

Por supuesto, Brigitte y Número Uno causaron el pasmo de la concurrencia. La mayoría eran turistas franceses que iban allí a comer pollo asado y patatas fritas.

Brigitte decidió ser más original, y se atrevió a pedir ancas de rana, conejo asado y vino tinto. Número Uno pidió ensalada con unas lonchas de jamón, y luego un plato de caracoles en el cual estuvo también bastante activa Brigitte. Fue una cena rápida, y habría resultado muy agradable si sobre los tres, especialmente sobre Ingram y Brigitte Monfort, no hubiese estado presente en todo momento la reciente muerte de su compañera de espionaje.

Entre unas cosas y otras eran casi las once de la noche cuando llegaron a Bagur. Ya faltaba muy poco para alcanzar la entrada al pueblo cuando Simón señaló hacia delante.

—Ahí tienen el castillo.

Brigitte y Número Uno siguieron la dirección señalada por Ingram, y en efecto, en lo alto de una montaña de forma cónica casi regular, vieron lo que quedaba de un antiguo castillo iluminado por potentes reflectores que lo rodeaban. Casi parecía flotar en la oscuridad de la noche.

—Debe de contemplarse una estupenda vista desde allá arriba —murmuró Baby.

—Así es. Si les parece bien, lo primero que podemos hacer mañana por la mañana es subir al castillo y echar un vistazo alrededor con los prismáticos. A partir de entonces habrán comprendido mejor el terreno, y podremos movernos con más soltura.

—Supongo —dijo Brigitte— que en ese circuito turístico están incluidas las instalaciones de Radio Liberty.

—Naturalmente.

La espía asintió con un gesto. Estaban ya entrando en Bagur. La carretera se bifurcaba a derecha e izquierda. La derecha subía en

ángulo recto en considerable rampa, la del centro se dirigía hacia el pueblo, y a la izquierda descendía rodeando suavemente las casas de la falda de la montaña.

Siguiendo por la carretera del centro llegaron apenas recorridos doscientos metros más ante una casa que tenía a un lado unas verjas de hierro con la mitad superior de enrejado metálico.

—No salgan del coche todavía —dijo Simón.

Se apeó, abrió la doble puerta de plancha metálica, y tras colocarse de nuevo al volante introdujo el coche en el jardín. Se apeó de nuevo, cerró las puertas, y entonces fue a abrir la portezuela de atrás, del lado en que estaba Brigitte. Ésta se apeó también y miró alrededor. La iluminación en Bagur era aceptable, pero en aquel lugar llegaba indirectamente desde las altas farolas que flanqueaban la carretera que llevaba al centro del pueblo. Había varios árboles frutales, y entre ellos Brigitte distinguió enseguida los cerezos. Miró a Simón, sonrió levemente, y encogió los hombros.

—Parece un lugar agradable.

—Y tranquilo. Lástima que por las noches se oyen las ranas.

—¿Las ranas? ¿Qué ranas?

—Hay una balsa ahí, al otro lado del jardín, que está llena de ranas, y se pasan la noche croando. Es una serenata terrible. Pero quien tiene buena salud y ningún problema, ciertamente no se pasa la noche oyendo las ranas, sino durmiendo a pierna suelta.

—Me parece —deslizó Brigitte— que nosotros no vamos a oír hoy el canto de las ranas, precisamente. Díganos dónde podemos instalarnos, Simón.

En el jardín había una puerta que conducía directamente al interior de la casa. Simón entró por allí cargando con parte del equipaje, mientras Número Uno lo hacía con el resto. Brigitte Baby Monfort simplemente llevaba en su manita izquierda el maletín rojo con florecillas azules estampadas. En realidad, para ir de un lado a otro del mundo la agente Baby no necesitaba más.

Capítulo III

Desde lo alto del castillo, por la mañana siguiente, contemplaron toda la gran extensión de terreno que rodeaba la montaña en cuya ladera se asentaba la localidad de Bagur. Se veían las callecitas retorcidas y estrechas desde allí arriba. Y en el centro, parte de la plaza, destacando sobre todo la gran iglesia ante la cual habían pasado con el coche minutos antes. La subida al castillo por una rampa empedrada había sido fácil y agradable. En lo alto del castillo había una pequeña explanada desigual donde se podía dejar tranquilamente el coche. Y con los prismáticos, uno tras otro los tres espías fueron analizando los alrededores, aunque a decir verdad, sin excesivo interés, pues como Baby decía, no estaban emprendiendo ninguna acción militar que requiriese conocimientos logísticos, sino simplemente la investigación de una sórdida acción de espionaje.

Desde allí se veía también el mar, y las islas Medas, difuminadas en una ligera neblina de las primeras horas de la mañana. Simón los llevó hacia un lado de la destruida muralla, y señaló hacia abajo.

—Ahí está la Casa de Carmen Amaya —murmuró.

Desde la altura se veía más pequeña de lo que más tarde podrían comprobar que era. De todos modos, destacaba la torre. Alrededor había algunos matorrales que descendían por el lado derecho, y un poco más allá unos cuantos árboles en un terraplén un poco más alto que la casa. Cerca de ésta se veía un Land Rover de color gris. Brigitte miró interrogante a Simón, que asintió con un gesto.

—Es de la Guardia Civil, en efecto.

Hacia el mediodía, ciñéndose inflexiblemente a su papel de guía turístico de unos amigos que le habían visitado, Richard Ingram había enseñado a Brigitte y Número Uno algunas de las calas cercanas a Bagur, como Aiguablava, en la cual estaba el Parador Nacional del mismo nombre; Sa Tuna, una pequeña cala de orilla

llena de grandes cantos rodados y que, además de ser muy pintoresca por sus pequeñas casitas que parecían colgadas en los lados de la montaña que descendía hacia el mar, tenía un camino que, siguiéndolo bordeando el pequeño saliente rocoso, llegaron hasta una punta desde la cual, de pronto, divisaron completamente la gran edificación del hotel Cap Sa Sal.

Un formidable espectáculo blanco, verde y ocre, que definía el gran edificio y la gran cantidad de pinos que lo rodeaban.

Sobre el mar azul pasaba una gran lancha cargada de pasajeros que realizaban turismo marítimo siguiendo la costa, y se veían también algunas pequeñas lanchas velocísimas arrastrando esquiadores.

El sol era cegador.

—Bueno —dijo Brigitte—, ahora me gustaría ir a echar un vistazo a Radio Liberty.

Tuvieron que regresar por el estrecho camino de montaña hasta Sa Tuna. Una vez allí, con el coche subieron hasta el cruce de carreteras que les llevaría en dirección a Bagur, y, rodeando el pueblo por la carretera que lo circunvalaba, enfilaron la bajada a Sa Riera.

Nada más colocar el coche en la bajada, apareció el mar azul, como teñido, y las inevitables islas Medas, todo ello allá abajo, al fondo, con la impresión de que se alzaba como si fuese un decorado de cartón. El descenso hacia Sa Riera era bastante pronunciado, con un par de curvas tremendas que obligaban a disminuir muchísimo la velocidad. La parte final era más llana y recta, y poco después enfilaban otra carretera que subía hacia un gran promontorio rocoso donde se había construido una agradable urbanización. A medida que circulaban por esta carretera, Brigitte, desde la ventanilla, pudo ver abajo y a la derecha la cala llamada Sa Riera.

—¡Qué lugar tan encantador! —exclamó—. ¡Mira, Uno!

Angelo Tomasini, Número Uno, se inclinó más hacia ella, para echar un vistazo por la ventanilla. En efecto, abajo la cala Sa Riera se veía diminuta, rodeada de pequeñas casas blancas, y con la playa completamente abarrotada de parasoles de todos los colores. Las aguas parecían pura y simplemente del más transparente cristal de un tono entre azul claro y verdoso.

—Hay demasiada gente —dijo Uno.

—Eso sí es cierto —admitió ella—. Pero ¿te has fijado qué aguas tan transparentes y tranquilas?

—No siempre están tranquilas —dijo Ingram—. Cuando sopla la tramontana, que es un viento procedente del norte, tendría usted que ver adonde llegan las olas que se forman en esta cala tan encantadora. El agua se convierte en una furia de color marrón que inunda toda la cala con un oleaje fortísimo.

—Pero eso será en invierno —dijo Brigitte.

—Y en verano también. Algún que otro día sopla la tramontana, y es imposible permanecer en esta cala, pero si no hay tramontana, normalmente es un lugar muy agradable.

También la urbanización que estaban recorriendo era agradable. Y finalmente, en efecto, tal como les había dicho Simón, llegaron a un punto en el que tras detener el coche pudieron dedicarse a observar la larguísima playa de Pals, y, en ésta, el conjunto de altas antenas de Radio Liberty, pintadas en franjas de rojo y blanco.

—¿Quiere que le cuente una cosa divertida? —sonrió de mala gana Simón-Bagur—. La gente dice que delante mismo de las instalaciones de Radio Liberty la CIA tiene una base de submarinos nucleares.

—¿Dónde? —Lo miró sorprendida Brigitte—. ¿En esta playa?

—Así es. Es una playa arenosa, es decir, de fondo movible y blando. Pues bien, pese a esto, la voz popular dice que hay una base de submarinos en Radio Liberty.

—Ya. ¿Me permite los prismáticos?

Simón le entregó los prismáticos a Brigitte, que se dedicó a mirar hacia Radio Liberty. No había nada de especial, aparentemente, en Radio Liberty. Era una emisora. Una emisora con sus edificios de servicios, sus antenas con cables y una valla alrededor. Al otro lado de los edificios, Brigitte llegó a atisbar el agradable verdor de un campo de golf, que parecía extenderse sin fin.

—Según parece —dijo bajando los prismáticos—, las instalaciones de Radio Liberty están rodeadas por un lado por un campo de golf y por el otro por el mar.

—Así es —asintió Simón—. Y por si le interesa, muy cerca de ese campo de golf hay un acuartelamiento de la Guardia Civil, con treinta hombres, que acudirían a cualquier llamada de alarma

proveniente de Radio Liberty. No olvide usted que, pese a todas las habladurías, Radio Liberty está bajo la tutela del Ministerio de Información y Turismo español.

Brigitte asintió con un gesto, y tendió los prismáticos a Número Uno, que se dedicó también a examinar las instalaciones de Radio Liberty y los alrededores. Mientras tanto Brigitte, miró a Simón y dijo:

—Tengo hambre.

—Podemos ir a almorzar al Cap Sa Sal si lo desea —sugirió Ingram.

—No, no, por Dios. No quiero aparecer por el Cap Sa Sal hasta que sea absolutamente necesario. Y esto, porque si Uno y yo tenemos proyectado pasar allí unos días de tranquilidad, no me gustaría antes hacerme conocer como la persona que provocó algún que otro altercado.

—Lo comprendo —rió Simón-Bagur—. Bueno, podemos continuar descendiendo por estas carreteras hasta la playa de Pals y desde allí emprender el regreso a Bagur dando una considerable vuelta. En un sitio hay un pequeño parador muy modesto donde sirven pollos asados, butifarras y patatas fritas. Si no es usted demasiado exigente, podemos almorzar bastante bien.

—Yo sólo soy exigente cuando puedo serlo —dijo Brigitte Baby Montfort—. Si no es conveniente ser exigente, acepto cualquier cosa, Simón.

—Así lo suponía.

—Supongo —dijo de pronto Número Uno— que te has dado cuenta de que hay un trozo de playa en el que está prohibido el acceso al público en general.

—Así es. Incluso he podido leer el letrero que señala en español, francés e inglés, el prohibido el paso.

—Queda una playa amplia y larga libre de todo obstáculo —añadió Número Uno.

Se miraron fijamente unos segundos. Brigitte asintió, Uno devolvió los prismáticos a Simón, y los tres se dirigieron hacia el coche del agente de la CIA.

* * *

Brigitte se sentó rápidamente en la cama y miró hacia la puerta consiguiendo distinguirla en la penumbra de la habitación.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Simón, Baby. Ha ocurrido algo nuevo en la casa de Carmen Amaya. ¿Puedo entrar?

—No, no. Espere un momento, enseguida salimos, Simón.

Dicho esto Brigitte se volvió hacia Número Uno, que yacía junto a ella en apacible siesta. Naturalmente, Uno habíase despertado también, y en la fresca oscuridad Brigitte pudo distinguir el brillo de sus ojos. Se inclinó sobre él y lo besó lenta y largamente en los labios, mientras las manos del mejor espía de todos los tiempos se deslizaban por su desnuda espalda lenta y suavemente haciéndola estremecer.

—¿Has oído lo que ha dicho Simón? —susurró Brigitte.

—Sí.

—Supongo que no habrán encontrado otro cadáver en la casa de Carmen Amaya.

—No lo sabremos hasta que hablemos con él. La siesta ya ha durado bastante.

—Sí, mi amor. Pero conviene estar descansados, porque esta noche no sabemos lo que nos puede deparar el destino.

—Puestos a hacer las cosas de ese modo —refunfuñó Número Uno— yo creo que deberíamos esperar a alojamos en el Cap Sa Sal.

—Pues yo prefiero hacer ese intento de incursión en la habitación de Dorothy Griffin antes de que oficialmente los señores Coleman se instalen en el hotel. Y sé muy bien que tú eres tan delicado y cariñoso que no vas a discutirme eso, ¿verdad, mi amor?

—Hace tiempo que he aprendido que contigo no se debe discutir —refunfuñó de nuevo el espía—. Es perder el tiempo.

—Bueno —rió maliciosamente Brigitte—… Pero admitirás que no todo es perder el tiempo estando conmigo.

Número Uno la abrazó con más fuerza, y la besó esta vez tomando él por completo la iniciativa. El silencio habría sido total si de cuando en cuando, desde la carretera que era a la vez la calle de José Antonio, no hubiese llegado el rumor de algún coche entrando o saliendo del pueblo. Por la tarde no se oían las ranas, así que ambos podían percibir perfectamente el latido del corazón del otro.

—Me pregunto —musitó Brigitte tras suspirar después del

larguísimo beso— si realmente lo que tiene que decirnos Simón es tan importante que no podría esperar… aunque sólo fuese quince o veinte minutos.

—Puedes salir a preguntárselo tal como estás, y si no es realmente tan importante, vuelves aquí —sugirió Uno.

—Si Simón me viese aparecer así se desmayaría de la impresión… No creo que esté acostumbrado a ver mujeres tan bellas como yo.

—Quizá preferiría verme a mí —tuvo uno de sus escasísimos rasgos de humor Angelo Tomasini.

Ella rió.

Acto seguido le dio un rápido beso en la boca, y saltó de la cama.

—Vistámonos enseguida. Si Simón dice que es importante debemos aceptar la posibilidad de que realmente lo sea.

Minutos después ambos salían del espacioso dormitorio fresco, cuya ventana daba al jardín, y se reunían en éste con Simón, que ni siquiera se había sentado. Estaba de pie junto a las ramas más bajas de uno de los cerezos, que le llegaban por la cintura. Brigitte se decidió a tomar un par de cerezas, y se las llevó a la boca mientras miraba interrogante a Simón-Bagur, que informó:

—Han encontrado algo en la casa de Carmen Amaya. Quiero decir que han encontrado una cosa que está armando bastante revuelo.

—Bien —asintió Brigitte masticando graciosamente la pulpa de las cerezas—. ¿Qué es lo que han encontrado?

—No lo sé.

—Vaya… Espero que esto no sea una broma, Simón, Estaba durmiendo muy apaciblemente una siesta reparadora, pues como ya sabe esta noche puede que me vea en dificultades.

—No es ninguna broma. Es que de verdad no sé exactamente lo que han encontrado. Unos dicen que es una pistola, otros dicen que es una radio a casete, otros que es una emisora clandestina, otros que es un cuchillo…

—La voz del pueblo, ¿no es así? —murmuró Brigitte.

—Así es. Pero sea lo que sea, han encontrado algo lo bastante importante para que hayan acudido más guardias civiles a la casa de Carmen Amaya. Y todos están ahora allí.

—¿Todos? ¿A quiénes se refiere?

—Bueno, me refiero a los guardias civiles.

—Ya. Bueno supongo que no será nada fácil enterarnos de lo que han encontrado.

—No. Y a decir verdad, tal como están las cosas incluso me parece una imprudencia acercarnos directamente allí. Sin embargo, si usted quiere ir a ver si conseguimos sacar algo en claro, se me ha ocurrido una solución.

—A mí me gustan las personas que encuentran soluciones —sonrió Brigitte—, no las que crean problemas.

—Podemos ir a caballo —dijo rápidamente Ingram.

—¿Tiene usted caballos? —se sorprendió realmente Brigitte—. ¿Dónde?

—No, yo no. Pero ahí arriba, en la parte alta del pueblo saliendo por la carretera que va a Palafrugell, hay una cuadra. Se llama Hípica Ca‘n Miró, y tienen caballos de alquiler. Todos los días veo pasar gente dando un paseo a caballo. He pensado que podemos ir nosotros, alquilar unos caballos, y llegarnos a la casa de Carmen Amaya como quien está dando un agradable paseo, y completamente inocente de lo que está ocurriendo en estos momentos.

—Bueno. La idea no me parece mala. Hace algo de tiempo que no monto a caballo, pero creo que eso no va a ser ningún obstáculo. Sin embargo, creo que sería mucho más simple y razonable ir allí directamente, sin más complicaciones.

—Sí. Eso sería lo más fácil en efecto. Pero yo insisto en que quien mató a Dorothy Griffin quizás esté por aquí cerca. Y no me gustaría que sacase conclusiones sobre nosotros. No sólo por nosotros mismos sino que quizás esas conclusiones complicasen todavía más el asunto.

Brigitte estuvo unos segundos mirando dubitativamente a Richard Ingram. Por fin, encogió los hombros y asintió.

—Está bien. No tiene nada de malo, por otra parte, dar un paseo a caballo. ¿Estás dispuesto, mi amor?

—Si no hay más remedio —farfulló Número Uno.

Quince minutos más tarde, utilizando el coche de Simón-Bagur para recorrer la distancia de escasos cuatrocientos metros, pero en verdad de cuesta empinada y molesta de subir, llegaban a la Hípica

Ca’n
Miró. Dejaron el coche fuera y entraron cruzando la entrada cuyas grandes y oxidadas verjas metálicas estaban completamente abiertas. Brigitte frunció el ceño, y dirigió una mirada de reojo a Simón, que enrojeció. Verdaderamente, el olor que se percibía allí no era de rosas fragantes. Pero a fin de cuentas en una cuadra no había rosas sino, ciertamente, caballos.

La cuadra propiamente dicha estaba al fondo y delante de ella había ya varios caballos ensillados y varias personas, la mayoría de ellas jóvenes montando. Aún no habían llegado ante el grupo, cuando una muchacha se adelantó hacia ellos.

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Van a montar?

—Así es —se le acercó Ingram—. Queríamos alquilar unos caballos para salir a dar un paseo.

—La costumbre es salir todos juntos de paseo —dijo la muchacha—. Yo soy esta tarde el guía.

—Bueno, habíamos pensado…

—Los llevaré por lugares muy tranquilos y agradables —aseguró la muchacha—. ¡Eh, tú, Pepe! Ve con Fali y Valentín a ensillar tres caballos para estos señores. ¡Vamos, rápido!

Brigitte miraba sonriente a la muchacha. Ésta llevaba unas viejas botas camperas, unos pantalones tejanos aún más viejos, y una camisa de colores. Sus cabellos eran largos y rubios, y los ojos, de un color verde azulado con chispitas oscuras.

Otra muchacha parecida a ésta, pero de ojos más oscuros, se acercó a la primera.

—Elena, me parece que sólo quedan dos caballos.

—No, no —negó la llamada Elena—. Quedaban tres. Podemos ir todos, pero si viene alguien más, desde luego se quedará en tierra.

—¿Sois hermanas? —preguntó Brigitte mirando de una a otra.

—No —se asustó Elena—. Ésta se llama Rosmy, y tiene seis hermanos, pero yo no formo parte de la tropa. Están siempre peleándose. Yo sólo tengo una hermana. Es más tonta que los hermanos de ésta. Siempre anda por ahí sonriendo a un chico que le gusta.

—Bueno —sonrió Brigitte—, eso no me parece ninguna tontería, Elena.

—Pues a mí, sí. Yo prefiero montar a caballo que estar haciendo

la tonta toda la tarde. ¿Ustedes saben montar bien a caballo?

—Digamos que aceptablemente —sonrió de nuevo Brigitte—. ¿Sois hijas de los propietarios de la cuadra, quizá?

—No —rió Elena—. El propietario es un solterón que se llama Luis. Nosotras venimos aquí a ayudarle junto con algunos amigos, y nos deja montar a caballo siempre que queremos. Hace poco nació un potrillo. Luego se lo enseñaré. Y hace quince días *Dalia* tuvo tres cachorritos.

—¿Quién es *Dalia*? —se interesó amablemente Brigitte.

—Una perra. ¿Le gustaría a usted llevarse uno de los cachorritos? Son muy simpáticos los tres.

—Lo creo. Pero la verdad es que ya tengo un perrito en casa. Es un pequeño chihuahua al que llamo *Cicero*. Dime una cosa, Elena: ¿te parece que será posible que pasemos por la casa de Carmen Amaya?

—No habrá más remedio que pasar, porque todos quieren verla desde que ocurrió lo de aquella chica que estrangularon. No se preocupe, pasaremos por allí. ¿Va a tomar fotografías?

—Pues no —movió negativamente la cabeza Brigitte—. No, no.

—Lo digo porque todo el mundo anda estos días tomando fotografías de la casa de Carmen Amaya. Hasta hace unos días casi nadie le hacía caso y ahora todo el mundo va por allí. ¿Ustedes dos son artistas de cine?

—¿Quiénes dos? —se desconcertó un instante Brigitte.

—Usted y este señor —señaló a Número Uno.

—No, no somos artistas de cine. ¿Por qué lo preguntas?

Elena miró a Rosmy y Rosmy a Elena, y las dos se echaron a reír, la mar de divertidas. Brigitte sonrió, y esperó a que les pasase el acceso de risa maliciosa. Entonces, se quedó mirándolas interrogante, y por fin Rosmy dijo:

—Es que son muy guapos los dos, ¿verdad, Elena?

—Calla, tonta. Siempre tienes que hablar de más. Brigitte se echó a reír, y preguntó:

—¿Cuántos años tenéis?

—Quince —replicaron las dos a la vez. Brigitte asintió, y entornó los párpados.

¡Quince años! Ésa sí era una edad que valía la pena tener y más adelante recordar. A los quince años se ve la vida todavía como si

fuese algo realmente maravilloso. Y lo es. Sólo que cuando ya se ha doblado esa edad lo maravilloso de la vida se ofrece bajo otros aspectos bien diferentes a los que sin duda contemplaban los ojos de Elena y Rosmy.

Los caballos fueron ensillados rápidamente, y poco después la comitiva, encabezada por Elena, salía del recinto de la Hípica Ca’n Miró. Giraron a la izquierda, bajando por una pequeña pendiente llena de pedruscos, y luego siguieron descendiendo de la pequeña elevación de terreno al paso de sus caballos por el arcén de la carretera. Pocos minutos más tarde cruzaban ésta y comenzaban a adentrarse en un terreno blando y lleno de pinos. A la derecha se veía Bagur y arriba las ruinas del castillo recortándose en el límpido cielo azul de la tarde.

El calor iba ya cediendo, dejando paso a una temperatura verdaderamente agradable. Durante media hora aproximadamente estuvieron cabalgando por entre pinos, siempre bajo la dirección de Elena y Rosmy, que se iban turnando en la cabecera y a la cola de la comitiva. De cuando en cuando ponían los caballos al galope para luego darles un pequeño descanso.

Transcurrido ese tiempo, finalmente, Brigitte se encontró de pronto cabalgando por un trozo de terreno desde el cual, arriba, comenzaba a ver ya la torre de la casa de Carmen Amaya.

Poco después se detenía en la explanada llena de rocas como salpicadas, tras cruzar una pequeña barrera de arbustos. Un guardia civil se acercó al grupo de jinetes, y con el brazo izquierdo señaló hacia el camino que conducía a la carretera de circunvalación.

—Hagan el favor de retirarse. No puede estar nadie aquí. Por favor, sigan hacia el camino.

No se hicieron repetir la orden. Todo el grupo de jinetes fue hacia donde el camino hacia la carretera comenzaba. Allí, Brigitte detuvo su caballo y se volvió en la silla.

—Me parece que ha vuelto a pasar algo —dijo Rosmy—. Hay más guardias civiles que ayer, ¿verdad, Elena?

—No sé. Parece que sí, pero no los conté. A lo mejor han encontrado otra mujer muerta.

—¡Mira que eres bruta! —protestó Rosmy.

—Sea lo que sea —intervino sosegadamente Ingram—, parece

que sí ha ocurrido algo. ¿Qué debe de ser?

—¡Cualquiera sabe! —Encogió los hombros Elena—. La Guardia Civil siempre está metiendo las narices por todas partes. Por eso se enteran de todo lo que pasa y nunca se les escapa nadie.

—Eso quiere decir —sonrió Brigitte— que la Guardia Civil va a encontrar a los hombres que hicieron lo de la chica del otro día.

—Puede estar segura de eso. La Guardia Civil o la Policía, pero ya verá como lo encontrarán.

—La verdad es que me gustaría que así fuese —asintió Brigitte —. Y también me gustaría saber qué es lo que está pasando ahora.

—Si quiere, puedo enterarme —se ofreció Elena.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Pues tengo un amigo que es amigo del hijo de uno de los guardias civiles. Seguramente conseguiríamos saber lo que ha pasado ahora. Mire, hay más gente mirando que ninguna tarde desde que pasó lo de aquella chica. Desde luego, tiene que ser algo importante. ¡Ya lo creo que me enteraré!

—Si lo consigues no dejes de decírmelo —pidió Brigitte.

—Descuide. Mire, allí veo a mi amigo. Ahora vuelvo.

Dio un par de talonazos a su caballo, y se alejó unas decenas de metros. Desmontó, y llevando el caballo de las bridas se acercó a un grupo de muchachos algo más jóvenes que ella que estaban por allí mirando hacia la casa. Estuvo conversando con ellos durante tres o cuatro minutos. Por fin, montó de nuevo y regresó junto al grupo de jinetes.

—No he podido enterarme ahora —dijo—, pero seguro que lo sabré más tarde. ¿Está usted en Bagur, señorita…?

—Brigitte Monfort —sonrió ésta—. Sí, estoy en una casa de Bagur.

—En el número cinco bis de la calle José Antonio —dijo rápidamente Simón-Bagur—. Puedes venir por allí a decírnoslo cuando quieras.

—Lo haré en cuanto me entere. Bueno, vamos a seguir con el paseo pues luego hay otro turno de turistas esperando.

* * *

Eran más de las siete y media de la tarde cuando Elena llegó ante la

doble puerta de hierro del jardín y se quedó mirando hacia el interior de éste por entre el enrejado de la parte superior.

Brigitte y Número Uno, que estaban sentados en sendas extensibles listadas de colores, la vieron a la vez y Uno se puso inmediatamente en pie y fue a abrir.

—¡Hola, Elena! —saludó abriendo la puerta—… Veo que no has olvidado tu promesa.

—No señor —dijo la muchacha, muy rojo el rostro.

—Pasa, pasa, querida —invitó Brigitte—. ¿A qué podemos invitarte?

—A nada, gracias —movió la cabeza Elena—. Sólo he venido a decirles que lo que han encontrado esta tarde en la casa de Carmen Amaya es un transmisor de bolsillo.

—¿Un qué? —susurró Brigitte.

—No sé. —Elena encogió los hombros—. A mí me han dicho que es un transmisor de bolsillo, más pequeño que un paquete de cigarrillos.

—Ya —asintió Brigitte—. ¿Eso te lo ha dicho el hijo de uno de los guardias civiles?

—Bueno… El hijo de uno de los guardias civiles se ha enterado y se lo ha dicho a un amigo de un amigo mío… En fin, que me he enterado. Eso es lo que me han dicho.

—¿Y qué más te han dicho? —preguntó Brigitte señalando otra extensible colocada junto a la suya—. ¿Qué más han dicho sobre ese transmisor de bolsillo?

—Nada más. Sólo que uno de los guardias que iba registrando el cuarto donde encontraron muerta a la chica, encontró el transmisor de bolsillo escondido en un agujero de la pared y tapado con unos trozos de ladrillo.

—Bueno —sonrió Brigitte—, parece que verdaderamente la Guardia Civil es bastante efectiva. ¿De verdad no quieres tomar nada?

—No, no, gracias. ¿Y su amigo, aquel rubio de cara simpática?

—Está dentro de la casa —rió la divina espía—. ¿Quieres que lo llame?

—No, no. Es que como antes vi que eran ustedes tres y ahora sólo son dos… ¿De verdad no son artistas de cine?

—No precisamente —volvió a reír Brigitte—. ¿Te molestaría si

te diese una propina?

—A mí no. Pero mi padre se enfadaría mucho si se enterase de que la había admitido. De todos modos, creo que no se enfadará si se entera de que la he invertido en una obra benéfica.

—Eso me parece también muy bien a mí —asintió Brigitte—. Por favor, Uno.

Uno asintió, sacó unos cuantos billetes del bolsillo y tendió tres billetes de mil pesetas a Elena. La muchacha los tomó y se quedó mirando estupefacta de uno a otro espía. Por fin, sin hacer más comentarios, se los guardó en un bolsillo de sus viejos vaqueros, y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Gracias —dijo—. Espero que los volveré a ver montando a caballo.

—Es posible —dijo Brigitte—. Una pregunta más, Elena: ¿tú sabes de algún sitio aquí donde pueda comprarme algo de ropa?

—¡Claro que sí! Tenemos de todo en Bagur. Bueno, yo no soy de aquí, pero hace muchos años que vengo, y me gusta tanto que ya es como si fuese de Bagur. Si quiere comprar ropa puede hacerlo en la plaza, en Helga y Sol, o en la *boutique* 1701. Yo le diría que la comprase en el 1701.

—¿Por qué allí?

—Porque la *boutique* 1701 está delante mismo de mi casa. Si quiere, la acompaño. Y le diré a Nieves que es usted amiga mía.

—¿Quién es Nieves?

—La dueña del 1701.

—Bueno —se puso en pie Brigitte—. Vamos para allá. ¿Vienes, mi amor?

—Si no te importa, preferiría esperarte aquí —se disculpó Uno.

—¡Claro que no me importa! Volveré enseguida.

Enseguida fue casi tres cuartos de hora más tarde. Número Uno estaba sentado en la extensible, fumando, cuando vio a Brigitte. Inmediatamente, se puso en pie y fue a abrir.

—¿Todavía está Simón esperando noticias en la radio? —se interesó Brigitte.

—Así es. ¿Has comprado algo que te guste? Brigitte se echó a reír.

—Pues te diré, mi amor... Todo lo que hay en la *boutique* 1701 son modelitos que quizá ya no resulten muy adecuados para mí.

Pero tienen cierto estilo y gracia, y a fin de cuentas no olvidemos que lo único que pretendo con estos vestidos es hacer una incursión en un lugar en el que más adelante no deseo ser recordada. Y, por supuesto, con estos vestidos lo conseguiré.

—¿Y si es precisamente esta noche cuando Europa viene a verte aquí, a Bagur?

—Si el señor Europa quiere ver a la agente Baby tendrá que esperar que la agente Baby quiera ver al señor Europa —replicó Brigitte Baby Montfort.

Capítulo IV

Al parecer no existían planos del interior del hotel Cap Sa Sal, pero Simón-Bagur solucionó lo mejor posible el problema confeccionando él mismo unos cuantos dibujos fieles a sus conocimientos del interior del famoso hotel, y que, según sus afirmaciones, serían suficientes para la incursión que pensaban realizar Baby y Número Uno.

Y no podía caber la menor duda de que la fidelidad de los planos era absoluta. Podían ser, quizás, unos dibujos toscos y ciertamente nada artísticos, pero considerando que aquellos dibujos debían servir nada menos que para una mayor soltura y sobre todo una mayor seguridad para la agente Baby, no cabía pensar que el agente de la CIA corriese el menor riesgo al respecto.

Así pues, con unos cuantos bocetos por toda orientación respecto al interior del hotel, los dos espías partieron hacia el Cap Sa Sal en el coche de Richard Ingram.

Desde la casa de éste subieron la levemente inclinada carretera hacia la izquierda, y pasaron por delante del hotel Bagur.

Brigitte, que iba sentada junto a Número Uno, señaló hacia la izquierda.

—Mira, en esa callecita está la *boutique* 1701.

Angelo Tomasini volvió un instante la cabeza y, en efecto, vio un pequeño escaparate donde, con una iluminación de agradable ambiente se veían unos cuantos ropajes y brillos de lo que le parecieron abalorios. Fue una visión fugacísima, pues la carretera-calle era estrecha, y tuvo que centrar toda su atención en la marcha del coche.

Poco después descendían por la carretera que ya conocían de su paseo de aquella mañana, y que descendía hacia la cala Sa Tuna, pero antes de llegar a cala Sa Tuna había una desviación, que Número Uno tomó. Apenas tres minutos más tarde, vislumbraron ya

la iluminación del Cap Sa Sal.

Detuvieron el coche unos doscientos metros antes, en un gran ensanchamiento de la carretera que era utilizada como zona de estacionamiento para los clientes del hotel y para los muchos visitantes que acudían allí ya fuese a tomar unas copas, al cine, a comprar en las tiendas de sus porches, a la sala de fiestas a la cual acudían famosas figuras nacionales e internacionales del espectáculo, o, simplemente, a dar un paseo para captar aunque sólo fuese de lejos el magnífico ambiente del hotel.

Desde el estacionamiento se dirigieron a pie hacia la entrada de éste pasando bajo el pórtico sostenido por columnas. Frente a ellos había un pequeño jardín debajo del cual estaba el pequeño garaje y taller de servicios para automóvil, donde, por supuesto, no cabían todos los coches de los clientes del hotel.

En el jardín de encima, cuando pasaron por la calzada que lo rodeaba, vieron, a la luz de la discreta y bien ambientada iluminación, unos cuantos flamencos de color rosa sostenidos sobre una sola pata.

En las aguas de un diminuto lago, unos pequeños patos flotaban como si fuesen de juguete.

Frente a ellos estaba la entrada principal del hotel y hacia ella continuaron caminando con toda naturalidad. Número Uno llevaba un serio y discreto traje de verano de color tostado y Brigitte una de las indumentarias que había adquirido aquella tarde en la *boutique* 1701. Un vestido largo y suelto que cubría incluso sus pies.

Sin dejar de caminar, la espía señaló hacia la parte de la izquierda del hotel, vista desde la entrada principal de éste. Allí la construcción era más baja. Todo eran terrazas que subían escalonadas cuatro pisos. Se veían algunas plantas que recibían indirectamente las discretas luces de aquellas terrazas, debajo de las cuales se veían los iluminados escaparates de las pequeñas tiendas de diversos artículos. Desde una llamada Don Pepe, con artículos para caballeros, hasta una llamada Samantha en donde destacaban bonitos zapatos para señora. Había también una tienda de fotografía, otra de artículos deportivos, una perfumería…

—¡Mira! —se sorprendió Baby—. ¡Ahí también está la *boutique* 1701, mi amor!

—Debe de ser algo así como una sucursal —casi sonrió el espía

—. Sin ánimo de molestarte, a mí me interesan más las terrazas que estas pequeñas y encantadoras *boutiques* de precios altísimos.

—No seas exagerado —rió la espía—. Aunque de todos modos, tienes razón. Nuestro máximo interés debe concentrarse en las terrazas. Espero que no tendremos dificultades para entrar.

Número Uno la miró verdaderamente sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque veo allá un portero de una gran estatura y ataviado con un uniforme verdaderamente impresionante.

Número Uno miró hacia la entrada del hotel, y asintió con la cabeza, pero diciendo:

—Podría apostar cualquier cosa a que no se atreverá ni siquiera a moverse cuando tú pases por su lado.

—Vamos a probarlo —sonrió Brigitte.

Una Brigitte ciertamente desconocida. Lo mismo que Angelo Tomasini. No eran ahora los personajes que las jovencitas Elena y Rosmy habían visto en el pueblo, sino dos personas bien diferentes. Brigitte era ahora una pelirroja de ojos verdes y rostro llamativamente maquillado. En cuanto a Angelo Tomasini, era un apuesto caballero de cabellos entrecanos y provisto de un frondoso bigote casi completamente blanco, igual que las densas patillas que descendían casi dos dedos por debajo del lóbulo de la oreja.

Era una garantía para los dos espías de que si más adelante tenían que instalarse en el hotel, nadie podría reconocerlos como la pareja formada por el caballero maduro de porte atlético y distinguido y la joven pelirroja que podía ser una compañera de muy agradable intimidad.

Entraron en el hotel sin que el impresionante portero moviese ni siquiera una pestaña, en efecto. Dejándolo atrás, caminaron unos pasos para echar un vistazo al enorme vestíbulo circular donde, ampliamente diseminados, había confortables sofás con algunas personas ocupándolos. Hacia la izquierda estaba el servicio de recepción. Siguiendo las indicaciones de Simón-Bagur, y siempre sin que nadie pareciese dispuesto a interesarse por si eran o no eran clientes hospedados en el Cap Sa Sal, la pareja continuó hasta la zona donde debían separarse. Lo cual hicieron sin cambiar tan siquiera un comentario. Número Uno fue hacia un lado y Brigitte fue hacia otro.

Brigitte tomó un ascensor y subió hasta el piso tercero. Segundos después salía de la cabina y giraba hacia la derecha, caminando lentamente, como distraída por el amplio y en aquellos momentos solitario pasillo.

La puerta 303 no representó grandes dificultades para la espía de lujo de la CIA. Cierto que la cerradura era de lo que se podía definir como considerable seguridad, pero no una seguridad a prueba de Baby.

Así pues, con unos quince o veinte segundos de suave y hábil forcejeo, Brigitte abrió con la ganzúa la cerradura de la puerta de la habitación 303.

Entró en ésta, cerró tras ella, y quedó inmóvil apoyándose de espaldas en la madera. Por las cristaleras que daban a la terraza entraba la suficiente luz para que Brigitte no necesitase encender ninguna de la habitación para encontrar el cuarto de baño. No obstante, lo primero que hizo fue acercarse a las cristaleras y echar un vistazo a la terraza y al pequeño jardín circular de la explanada que se extendía ante el hotel.

Más allá se veía la zona de pinos que descendía sobre las mismísimas rocas hacia el mar, y donde había servicios de bar y la iluminación de la gran piscina excavada en la roca.

No perdió mucho tiempo en estas contemplaciones. Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y encendió su pequeña linterna-bolígrafo que siempre llevaba en el maletín rojo con florecillas azules estampadas. Dejando el maletín colocado junto a la puerta en el suelo, la espía se dedicó a examinar con su habitual método, orden y eficiencia todo el cuarto de baño, milímetro a milímetro, por decirlo de una manera que expresa sobradamente su meticulosidad y detenimiento.

No sirvió de nada.

A menos que hubiese en aquel cuarto de baño algún compartimiento secreto, cosa que parecía realmente de gran ficción, allí no había ninguna película, ningún pequeño o gran objeto más o menos camuflado que hubiese podido pasar por alto el examen de la espía más preparada del mundo.

No obstante este convencimiento, Brigitte Baby Montfort efectuó todavía una segunda ronda, aunque invirtiendo menos tiempo, puesto que algunos sitios ya estaban definitivamente desechados

tras la primera.

El resultado fue el mismo. Un resultado que hizo pensar a Brigitte en la buena idea que habían tenido Número Uno y ella al repartirse aquel trabajo. Pues mientras ella estaba registrando allí, Número Uno, salvo que ello representase dificultades invencibles, debía de estar registrando el cuarto de baño del espía soviético Cirilo Gavrilovich.

Convencida ya de que ella no iba a encontrar nada, Brigitte apagó su linternita, recogió el maletín, salió al dormitorio propiamente dicho, guardó la linternita, cerró el maletín, y, resignada, se dispuso abandonar su objetivo en el que no había obtenido resultado alguno.

Abrió la puerta de la habitación 303, dio un paso hacia el exterior, esto es, hacia el recoleto pasillo, y se encontró con la punta de aquella pistola justo delante de los ojos.

El hombre que empuñaba la pistola sonreía con amenazador cinismo.

Y dijo:

—Me pregunto si eres una ratita de hotel o una gatita amiga de la otra gatita.

Brigitte abrió mucho los ojos, con expresión convincentemente asustada.

—No… no comprendo, señor… ¿Qué significa…?

Estaba captando perfectamente la presencia de otra persona tras ella, así que mientras hablaba volvió un poco la cabeza y, en efecto, vio al otro hombre. Su aspecto era tan peligroso y solapadamente agresivo como el del que empuñaba la pistola. Y este segundo hombre, tras darle una palmadita atrás, señaló hacia el principio del pasillo.

—Vamos a dejarnos de tonterías y traslademonos a un lugar más acorde para una conversación digna de las circunstancias. Camina, gatita.

—O ratita —recordó el otro—. A lo mejor nos estamos equivocando, Roger.

—Cabe en lo posible —asintió el llamado Roger—. Pero no hagamos elucubraciones. Pronto lo sabremos.

Insistieron en sus señas y Brigitte decidió no prolongar una situación que realmente sería absurda. Al principio, su temor había

sido de que el hombre que empuñaba la pistola pudiera ser de la policía española. Pero inmediatamente de comprender que no era así, se tranquilizó. Prefería vérselas con personajes internacionales de más o menos rango, que con la policía local del país que visitaba. Siempre era más fácil resolver las cuestiones de un modo u otro sin que esa solución perjudicase las buenas relaciones entre el espionaje americano y los sistemas de seguridad del país visitado.

Utilizaron el ascensor para bajar. Una vez en la planta baja, y siguiendo las indicaciones de los dos hombres que ahora, naturalmente, no mostraban ningún arma, se dirigieron más hacia el fondo del hotel.

Llegaron a un lugar donde el pasillo se ensanchaba y daba a una gran doble puerta en la que se veía una cadena considerablemente gruesa sujeta con un candado. Candado que no resistió gran cosa la rápida manipulación del amigo de Roger, el cual elogió:

—Buen trabajo, Manfred.

—Eres muy amable —sonrió Manfred.

—¿Qué significa esto? —Inquirió Brigitte—. ¿Adónde pretenden llevarme ustedes?

—No «pretendemos», gatita: lo estamos haciendo sin la menor posibilidad de discusión. Continúa caminando.

Para continuar caminando tuvieron que empujar una de las hojas de la puerta. Entraron en una especie de cámara a cuyo fondo había todavía otra puerta igualmente cerrada, pero que con su ya demostrada habilidad Manfred no tuvo la menor dificultad en abrir. A los lados las paredes rezumaban visiblemente humedad.

Cruzada esta otra puerta, Brigitte oyó con toda claridad el rugir del mar, y vio recortada irregularmente la salida de lo que era un pasillo excavado en la roca.

—Si fueses una empleada del hotel esto significaría un gran privilegio para ti —dijo Roger—. Este lugar lo llaman Rocas Negras, y está destinado a que el personal de servicio del hotel pueda tomar un bañito discretamente durante sus ratos de descanso.

El otro, el llamado Manfred, empujó a Brigitte por un hombro, y continuaron caminando hacia la salida.

La negrura de la noche se recortaba muy cerca, y a los pocos pasos ya comenzó a ver un cierto tono de blancura de las olas que se estrellaban contra las rocas.

Por encima de ellos había una iluminación proveniente de las ventanas del hotel en su parte posterior. Una iluminación indirecta, pero suficiente para que Brigitte pudiese captar lo inquietante de aquel lugar en el que, ciertamente, sólo se veían rocas y espuma de mar. Las rocas en realidad podían o no ser negras, pero cuando menos en aquellos momentos lo parecían.

A decir verdad, era un lugar que cuando menos de noche resultaba en verdad inquietante.

—Cuidado donde pones los pies —dijo Roger—. Si resbalases te podrías mojar el… vestido.

Manfred soltó una ahogada carcajada y volvió a dar un manotazo en la parte posterior del cuerpo de Brigitte, que caminaba como amedrentada, encogida, tan aparentemente asustada que no podía inspirar el menor recelo a aquellos dos hombres.

Afuera hacía fresco, y el agua, al chocar contra las rocas, lanzaba una pulverizada lluvia fría que podía resultar agradabilísima durante las horas de sol, pero no en aquellos momentos… y en aquella situación.

—Está bien —dijo Manfred, agarrando a Brigitte por la cabellera, que milagrosamente resistió sin desplazarse en la cabeza de la espía—. Vamos a pararnos aquí unos minutos y conversaremos sin llamar la atención de nadie. No creo yo que los clientes del hotel se dediquen a mirar por estas ventanas una parte tan poco atractiva como ésta teniendo dentro del hotel todo cuanto les pueda apetecer.

—Qué bien hablas —sonrió Roger—. Vamos a ver si la gatita… o la ratita, sabe hablar y explicarse tan bien como tú. Dinos, preciosa: ¿eres una amiguita de la chica que se llamaba Dorothy Griffin?

—¿Qué debo decir para que ustedes no me perjudiquen a mí también? —preguntó Brigitte—. La verdad es que no me gustaría sufrir ningún percance. Y pienso que hablando todas las personas pueden llegar a entenderse.

—Eso sucede casi siempre —admitió Roger—. Pero en este caso no es posible. Y creo, preciosa, que has hablado demasiado.

—No comprendo —murmuró Baby.

—Te lo voy a explicar en muy pocas palabras. Con tu respuesta hemos comprendido mi compañero y yo que estás enterada de lo sucedido a Dorothy Griffin, y que, por supuesto, eres una

compañera de ella enviada posiblemente para intentar averiguar quién la mató. Y como eso lo hicimos nosotros, y no queremos de ninguna manera que pudiera llegar a divulgarse, me parece que tú vas a correr la misma suerte que tu amiga.

—¿Quiere decir que también van a matarme a mí?

—La idea no es mala —dijo Manfred, tras ella—, pero el lugar resulta bastante incómodo.

—Por lo que —terminó Roger— a ti vamos a estrangularte, y asunto terminado.

—¿Y luego me dejarán aquí tendida sobre estas rocas bien a la vista, para que mi cadáver sea encontrado?

—Eres una chica muy respondona —dijo Roger—. Pero no, esta vez no lo vamos a hacer así, porque en el hotel no queremos ninguna complicación. Lo que vamos a hacer esta vez es dejarte metida entre unas rocas, y luego unos compañeros nuestros vendrán a buscarte desde un yate, a fin de llevarte mar adentro y hacerte desaparecer para siempre bajo las aguas. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Por supuesto —dijo Brigitte—. Pero insisto en que quizá podríamos llegar a un acuerdo que demostrase que todos somos un poco más inteligentes que eso.

—Lo que yo estoy pensando —intervino amablemente Manfred en la conversación— es que quizás al jefe le gustaría más que se la llevásemos viva.

—No —negó Roger—. Si el jefe ve a una mujer como ésta se le saltaría el peluquín de puro pasmo. Así que vamos a terminar con este asunto y volver donde se supone que debemos estar. Y si estamos donde debemos estar nadie nos relacionará con la desaparición de esta gatita.

—Está bien —suspiró Manfred—. Aunque la verdad es que me gustaría hacer con ésta lo mismo que con la otra, porque gozaríamos de lo lindo si la viol…

Manfred no terminó la frase, sino que lanzó un sordo rugido de dolor cuando el codo derecho de Baby, disparado con increíble potencia, se hundió justamente en el centro de su estómago. El asesino retrocedió un par de pasos, pese a que se encogía hacia adelante. Así, tropezando, con las manos en el estómago, llegó al borde de aquella parte rocosa y cayó hacia atrás.

Delante de Brigitte, y justo en el momento en que la cabeza de Manfred sonaba como una gran fruta madura reventada, Roger lanzó una exclamación de sobresalto y furia, y quiso sacar nuevamente la pistola. Estaba haciéndolo cuando ahora entró en funciones el pie derecho de Brigitte. La pierna se alzó hasta quedar paralela al suelo, encogida, y rápidamente, como dando un latigazo, se distendió de modo que el pie fue a hundirse entre las ingles de Roger. Éste lanzó un bramido, se encogió, pero al mismo tiempo terminó de sacar la pistola, con la que apuntó rápidamente a Brigitte, y disparó.

¡Plop!, chascó el arma.

¡Boíiinnggg…!, se oyó el vibrante tañido del proyectil al rebotar contra una roca y elevarse hacia el estrellado cielo.

Habría acertado a Baby si ésta hubiese permanecido en el sitio que quedara tras soltar el tremendo *atemi* en un punto tan vulnerable.

Pero, por supuesto, la espía no permaneció en el mismo sitio, sino que se desplazó rápidamente, y acto seguido volvió a golpear, esta vez con su pierna izquierda. La punta de su zapato dio en la muñeca de Roger por la parte inferior, haciendo crujir el hueso y proyectando la pistola muy alta por encima de las cabezas de ambos, Roger lanzó otro rugido de dolor, pero la furia, mejor dicho, la rabia que estaba experimentando ante la dificultad que representaba eliminar a la ratita, le dio un mayor ímpetu de acción que a su compañero Manfred. Conteniendo su intenso dolor de la parte baja del vientre, e ignorando al de la muñeca, se abalanzó contra la espía internacional. Fue un choque fortísimo, en el que ambos perdieron el equilibrio y, tras parecer que fuesen a caer al agua, lo hicieron hacia la parte relativamente seca de la rocosa cala.

Debido a la dirección del ataque de Roger, pareció que éste fuese a caer encima, con lo que, cuando menos en teoría, llevaría la mejor parte en la prosecución de la lucha. Pero ni cayó él encima ni llevó la mejor parte. Inverosímilmente, cayendo ambos, agarrándose el uno al otro sin contemplación alguna, Brigitte giró en el aire de tal modo que quien fue a dar duramente de espaldas contra la roca en la que se hallaban, fue Roger. Una vez más éste lanzó un bramido de dolor…, que se cortó rápidamente cuando la mano derecha de Baby cayó recta y rígida en un tremendo *shuto*

sobre el tabique nasal de Roger, que de nuevo rugió, mientras un borbotón de sangre aparecía por la nariz e invadía su boca.

El aturdimiento del asesino era tan considerable como el terror que comenzaba a invadirlo ante las inesperadas posibilidades de lucha que estaba poniendo de manifiesto la «ratita» que habían cazado en el tercer piso del hotel.

Una ratita de asombrosa fuerza, que se puso en pie rápidamente y ayudó a Roger a hacer lo mismo, tirando de sus ropas. Sin darle tiempo ni siquiera a llevarse las manos a la rota nariz, le hizo dar la vuelta y lo empujó hacia la derecha, de modo que fue a dar de vientre y pecho contra una de las rocas.

—¡Quieto ahí! —jadeó Baby tras él, sujetándole por los cabellos de modo que la cara quedaba también pegada a la roca—… No se mueva o le partiré la nuca de un golpe. ¿Lo entiende?

Roger no podía contestar de ninguna manera.

Su boca se había llenado de sangre que apenas podía echar por un lado.

Y por si había que dificultar más su respuesta, la presión contra la roca era hermética y dolorosa.

Tuvo que hacer un esfuerzo para conseguir escupir la sangre y farfullar unas palabras que Brigitte no entendió, pero que aceptó como expresión de sumisión.

—Está bien —todavía jadeaba considerablemente—. Ahora va a ser usted quien vendrá a donde yo le diga y contestará a mis preguntas. Quédese tal como está, o le aseguro que tendrá motivos para lamentarlo.

La astuta Baby hizo un gesto con la mano izquierda, simulando que en efecto iba a soltar inmediatamente a Roger, y, tal como ella preveía, el asesino intentó en el acto revolverse para continuar la pelea. Pero la mano que sujetaba sus cabellos se cerró de nuevo, y su cara volvió a golpear contra la roca.

Simultáneamente, la mano derecha de Brigitte, ahora cerrada en forma de durísimo puño, se hundía en un impacto corto y terrible en el costado izquierdo de Roger, justo bajo las costillas flotantes, ocasionándole tal dolor que quedó inmóvil, crispado sobre la roca.

—Usted tampoco me parece demasiado listo —dijo la espía—. Podemos seguir jugando todo el tiempo que quiera.

Durante unos segundos, solamente se oyó allí el rumor de las

olas contra las rocas. Y muy lejano, por supuesto proveniente de alguno de los salones del hotel, una música moderna y animada. Brigitte estuvo en esta postura veinte o veinticinco segundos, hasta que se convenció de que, al parecer, Roger aceptaba la situación con un mínimo de cordura.

Lo soltó, se apartó un paso, y, en efecto, Roger no se movió. Sin perderlo de vista la espía se desplazó de costado hacia donde había caído Manfred.

Éste continuaba allí, metido entre dos rocas a las que llegaba a las que llegaba por entre los huecos de otras varías, la blanca espuma marina. Parecía como doblado por la mitad, encajado allí por una poderosa fuerza. Brigitte sólo tuvo que tocarle un lado del cuello para saber que uno de los asesinos de Dorothy Griffin había pagado ya el precio que siempre exigía la agente Baby a quienes asesinaban a uno de sus compañeros de espionaje. Manfred se había roto la cabeza contra la roca.

Dirigiendo frecuentes y rapidísimas miradas a Roger, Brigitte introdujo la mano izquierda en busca de la pistola que lógicamente debía de llevar el llamado Manfred en su sobaco izquierdo, a fin de poder controlar adecuadamente a Roger para llevárselo de allí. Su sorpresa y breve desconcierto al no encontrar arma alguna en el sobaco izquierdo de Manfred fue… estúpidamente aprovechada por Roger, que mientras la espía cesaba brevemente en su vigilancia para registrar mejor a Manfred se volvió y dio un paso rápido que iniciaba el salto que le llevaría sobre Baby.

Pero ésta había encontrado ya la pistola en el sobaco derecho de Manfred, que, obviamente, era zurdo. Al mismo tiempo que comenzaba a sacar la pistola, oía el crujir de los zapatos de Roger sobre la roca, y se volvió a toda prisa empuñando el arma y apuntando con fino y veterano instinto por encima de ella.

En efecto, Roger estaba ya en el aire y a punto de caer con fuerte impulso sobre la espía internacional.

¡Plop!, chascó la pistola de Manfred en la manita de Baby Montfort.

Encima de ella, como a un metro, Roger profirió un atragantado gemido, perdió la potencia de su vuelo, y tras parecer por un instante que fuese a caer sobre Brigitte, lo hizo sobre su propio compañero cuando la espía se apartó rápidamente, cediéndole el

camino.

De este modo, dos de los asesinos de Dorothy Griffin, agente de la CIA, quedaron muertos uno sobre otro. Sosteniéndose difícilmente en el sitio al que había saltado para esquivar el impacto del cuerpo de Roger, Brigitte permaneció inmóvil unos segundos, contemplando a los dos asesinos. Por fin, movió la cabeza con un gesto de disgusto y se incorporó. Se acercó a la entrada a la ancha galería que comunicaba con el interior del hotel, y se quitó el largo y suelto vestido de estampados castaños y rojos que tan graciosamente le sentaba. Cubierta ahora solamente con los pantaloncitos y los sujetadores, tras dejar la pistola sobre el maletín y su ropa, y los zapatos junto a ésta, Brigitte regresó a donde yacían los dos cadáveres. Lo difícil fue manejarlos hasta cargárselos en los hombros. Pero una vez conseguido esto con cada uno, Brigitte no tuvo la menor dificultad en transportar el peso de un hombre muerto sobre sus hombros hasta el rincón más profundo de la caleta llena de rocas oscuras.

Cuando hubo llevado uno tras otro a los dos hombres todavía invirtió unos minutos en registrarlos rápida y expertamente, retirando sus billeteras y todo lo que tenían en sus bolsillos, lo cual fue colocado en los pañuelos de los propietarios respectivos. Luego, cubrió aceptablemente con rocas sueltas los dos cadáveres, aprovechando que ya los había colocado en un lugar que permitía realizar esto con facilidad, y regresó a donde había dejado su ropa. Se vistió, se puso los zapatos, y abrió su maletín, dentro del cual colocó la pistola y los objetos que había requisado de los bolsillos de Manfred y Roger.

Luego, tranquilamente y después de asegurarse de que la rubia peluca no había sufrido alteraciones que pudiesen causar la extrañeza de nadie, la espía internacional regresó por el pasillo amplio y húmedo que llevaba hacia el interior del hotel Cap Sa Sal en su parte más retirada de la puerta principal.

Poco después, aparecía en el pasillo destinado a habitaciones de los huéspedes, lo recorría tranquilamente, pasaba por delante de conserjería, y salía del hotel.

Ante ella el iluminado jardín con su estanque central, en el que ahora una leve brisa hacía mover las largas ramas de unos sauces que casi tocaban la superficie del agua.

Descendió la ancha escalinata, desviándose ya hacia la derecha, a fin de caminar por debajo de los porches donde estaban las pequeñas y agradables tiendas dentro del recinto exterior del hotel, y poco después pasaba por debajo del portalón que indicaba que salía de éste.

Apenas había dado cinco o seis pasos ya fuera del hotel, cuando se detuvo en seco. Vaciló un instante, y acto seguido se desvió a la derecha, se detuvo junto a un coche, colocó el maletín sobre el capó, y lo abrió. Del interior del maletín sacó la pequeña radio, cuya vibración de llamada le había parecido percibir a través del asa.

Apretó el botoncito de admisión, y susurró:

—¿Has llamado, Uno?

—Sí —oyó la voz de él en tono bajo—. Hace unos minutos que estoy esperándote dentro del coche. Desde aquí te he visto acercarte.

—¿Qué es lo que ocurre? —Se inquietó Brigitte.

—Por al momento, nada. He estado en la habitación de Cirilo Gavrilovich y no he encontrado nada digno de interés en el cuarto de baño. Lo interesante ha sido luego, cuando he abandonado la habitación… Me han seguido dos hombres. En estos momentos están en otro coche, vigilándome. Naturalmente, esperan que yo me aleje para seguirme y… En fin, ¿qué voy a decirte que tú no puedas adivinar?

—Entiendo —murmuró Brigitte—. Ponte en marcha diez minutos después de que yo haya pasado por delante de ti. ¿De acuerdo?

—Está bien.

Brigitte cerró la radio, la guardó en el maletín, cerró de nuevo éste, y continuó caminando alejándose del hotel.

Había allí muchos coches estacionados y un continuo ir y venir de otros con las luces encendidas, de modo que no había problema de iluminación durante no menos de doscientos o trescientos metros. Pero salvados éstos, la carretera mostraba su natural oscuridad matizada solamente por la luz de las estrellas. Con bastante frecuencia, de todos modos, coches en una u otra dirección lanzaban sus ramalazos de luz hacia la oscuridad.

Después de caminar siete u ocho minutos, Brigitte se salió de la

carretera, fue a colocarse entre unos pinos en el lugar que le pareció idóneo para sus intenciones, y una vez más recurrió a su maletín, del cual sacó el trípode de patas de aluminio.

Un minuto más tarde las tres secciones del trípode, junto con lo que a simple vista era un secador de cabello a pilas, formaban el tubo-fusil que en tantas ocasiones había utilizado la agente Baby para resolver situaciones de gran peligro. Colocó en el tubo-fusil, por el extremo de disparo, una pequeña cápsula, y entonces tomó la pequeña radio y apretó el botón.

—Sí —oyó la voz de Número Uno.

—Creo que están terminando los diez minutos, mi amor.

—Acaban de cumplirse —dijo Número Uno—. Salgo ya hacia Bagur.

—Está bien. Mantén la radio abierta, y cuando yo te lo diga frena bruscamente y luego da marcha atrás. Yo veré el coche cuando pases aunque no hagas señal alguna, así que no te preocupes.

—No me preocupo en absoluto —gruñó Número Uno—. Salgo ya.

—De acuerdo, mi amor.

Brigitte se quedó acuclillada en la oscuridad, sosteniendo en la mano izquierda la pequeña radio abierta, y en la derecha el tubo-fusil. A los pocos segundos vio aparecer un coche, y detrás, bastante cerca, otro. Por supuesto, identificó la forma del coche de Simón-Bagur, y al volante, recortado como una sombra debido a las luces del coche de atrás, la silueta de Número Uno, que jamás podría confundir ella con la de ningún otro hombre.

Esperó a que Número Uno pasase por delante de ella y la rebasase unos veinte metros y entonces dijo, acercando la radio a su boca:

—Frena y marcha atrás.

El coche que conducía Número Uno frenó en seco, esparciendo hacia el otro coche el rojo resplandor de las luces de frenado. Inmediatamente, se encendió una luz amarilla atrás, indicando que aquel coche iba a retroceder.

El otro coche había frenado también bruscamente, y en ese mismo instante Brigitte apuntó rápidamente, utilizando un solo brazo, hacia la ventanilla delantera derecha. Apretó el disparador

del tubo-fusil, y cuando todavía el coche de Número Uno no había llegado a contactar con el de sus seguidores, exclamó acercando de nuevo la radio a su boca:

—¡Frena!

El coche frenó como si a sus mandos hubiese, más que un ser a humano, unos mandos controlados por una infalible computadora. Con lo que Número Uno pudo demostrar que sus reflejos seguían funcionando magníficamente.

—Mi amor —habló de nuevo Brigitte ante la pequeña radio—, ¿serías tan amable de ayudarme a colocar en el asiento de atrás al conductor de ese coche?

Apenas había terminado de hablar vio salir del coche a Número Uno. Éste fue tan rápido que cuando Brigitte llegó allá, con el maletín en una mano y el tubo-fusil en la otra, el asiento ante el volante estaba ya vacío. En el contiguo, un hombre yacía de lado, casi cayendo hacia delante, profundamente dormido debido al gas que había contenido la ampolla disparada por la espía internacional. En el asiento de atrás, de cualquier manera, yacía otro hombre dormido con la misma profundidad.

—¿Crees que hay más? —preguntó Brigitte.

—No —aseguró Uno—, pero de todos modos podremos comprobarlo mientras vamos regresando hacia Bagur.

—Y supongo —sonrió ella— que ahora vas a decirme que pase yo delante de ti.

—Naturalmente —refunfuñó el espía—. Y date prisa porque en esta carretera no paran de pasar coches en una y otra dirección. Ya es buena suerte que hayas podido actuar precisamente en un momento de ausencia de vehículos.

—Ya sabes que yo siempre tengo suerte. Hasta ahora, mi amor.

Brigitte se puso al volante del coche requisado por su habilidad, y lo desvió hacia el centro de la carretera, pasó junto al de Simón-Bagur, y continuó por la carretera en dirección al pueblo. Detrás de ella, Angelo Tomasini, Número Uno, asegurándose de que no llevaban detrás nada que pudiese significar peligro para ellos.

Capítulo V

Aunque un poco apretados, los dos coches cupieron en el pequeño jardín de la casa alquilada por Simón, el cual se apresuró a cerrar la doble puerta de hierro tras ellos. Todavía un tanto inquieto, echó un vistazo arriba y abajo de la calle por entre el enrejado, antes de reunirse con Brigitte y Número Uno, que se habían apeado de los respectivos vehículos.

—¿Qué pasa? —exclamó Simón—. ¿De dónde ha salido este otro coche?

—Ya se lo explicaremos —dijo Brigitte—. De momento busque alguna ropa, preferiblemente negra, o algo adecuado para vendarles los ojos a dos hombres que hay dentro de este coche. Y algo también para atarles de pies y manos de modo que no tengamos que estar preocupados por ellos, Simón.

Éste, que había echado un rápido vistazo al interior del coche, volvió a mirar de nuevo a Brigitte, con los ojos muy abiertos.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Pero es más que posible que lleven encima alguna documentación. Vamos a llevarlos dentro de la casa, y nos ocuparemos de eso. También echaremos un vistazo a la documentación de los dos hombres que quisieron matarme en el Cap Sa Sal.

Simón lanzó un fortísimo respingo, y hasta el siempre inalterable Número Uno se irguió vivamente y su mirada pareció saltar a hacia Brigitte, como atravesándola.

—No te preocupes, mi amor —se apresuró a decir ella, sonriendo—. Como puedes comprobar, estoy perfectamente.

—No sabía que te hubiese ocurrido nada dentro del hotel —murmuró él, con voz notablemente tensa.

—Y nada me ha ocurrido. Les ocurrió a dos hombres que me llevaron a la parte de atrás, a un lugar llamado Rocas Negras y que

parece evidente que querían hacer conmigo lo mismo que hicieron con Dorothy Griffin.

—¿Quieres decir que son los que violaron y estrangularon a la muchacha? —preguntó Uno.

—Bueno, por lo menos son dos de ellos. Se jactaban bastante de esa hazaña. En el maletín tengo sus cosas. Vamos adentro a examinarlas junto con las de esos dos hombres del coche. Regístrelos usted mismo, Simón, y reúnase con nosotros adentro para…

—El señor Europa está dentro de la casa —pudo reaccionar por fin Richard Ingram.

Brigitte dirigió una rápida mirada de reojo a Número Uno, que, simplemente, adelantó un poco la barbilla. Esa fue toda su reacción. Por lo demás, las viriles facciones del mejor espía masculino de todos los tiempos permanecieron de nuevo impasibles.

—Está bien —asintió Brigitte—. Hablaremos con el señor Europa, aunque no entiendo muy bien qué es lo que ese caballero tiene que hablar conmigo. ¿Prefieres quedarte aquí, en el jardín, mi amor?

—No.

La respuesta de Número Uno fue seca y breve, pero Brigitte Montfort sabía muy bien a qué atenerse con el hombre que amaba. Le tomó de la mano, y caminaron ambos hacia la pequeña puertecita que comunicaba directamente el jardín con el interior de la casa. Recorrieron un corto pasillo, y giraron luego a la izquierda, desembocando así en un pequeño saloncito agradablemente decorado y con un gran ventanal que daba a la calle José Antonio, es decir, a la carretera que cruzaba el pueblo. Pero la persiana de madera enrollable que cubría aquel ventanal estaba completamente echada, de modo que el aislamiento era total allí.

En el saloncito había tres hombres. Dos de ellos eran de la edad aproximada de Richard Ingram, y en cierto modo parecidos a él. Brigitte los miró y les dirigió una cariñosa sonrisa que fue alegremente correspondida por los dos Simones, los cuales rápidamente miraron al hombre que acompañaba a su adorada Baby.

Y mientras tanto ésta miraba al tercer hombre.

De mediana estatura, ya un poco grueso, con calvicie algo

adelantada, facciones pálidas e inexpresivas, casi se diría que frías, el señor Europa la estaba mirando a ella con sus claros ojos.

Pero de pronto, los desvió hacia Número Uno. Y por un instante, Brigitte tuvo la impresión de que Europa palidecía aún más.

—Buenas noches —saludó Baby Montfort.

Europa se puso en pie, y se acercó a ella tendiendo su diestra.

—Hace bastante tiempo que no nos vemos, Baby.

—Es un placer del que fácilmente puedo prescindir —murmuró Brigitte, aceptando sin embargo la mano del jefe del espionaje norteamericano en Europa—… Supongo que conoce usted a mi acompañante.

Europa, efectivamente, palideció aún más. Volvió a mirar a Número Uno, que le contemplaba como si fuese una simple piedra carente de todo interés, y murmuró:

—Sí… Sabía que llegaba usted acompañada de Número Uno. Y precisamente era con él con quien quería hablar, no con usted.

—¡Fantástico! —se sorprendió Brigitte—. ¿Y para hablar con Número Uno tenía que esperar usted a que estuviésemos los dos juntos y nada menos que… aquí en España, de vacaciones? No me diga que no sabe usted muy bien dónde reside Número Uno desde hace algunos años.

—Lo sé perfectamente —asintió Europa—. Pero… la verdad es que nunca me pareció encontrar momento adecuado para visitarlo.

—Ya. Lo que ocurre es que usted considera que la entrevista entre ustedes dos puede ser más fácil en mi presencia. ¿No es así?

Europa hizo un gesto de resignación, encogiendo ligeramente los hombros.

—Ya me temía que no conseguiría engañarla a usted. Desde luego, esperaba que su presencia suavizara la entrevista.

—Bueno. Supongo que la está suavizando —dijo Brigitte—. ¿Qué es lo que tiene usted que hablar con Número Uno?

Europa permaneció en silencio unos segundos antes de volver a mirar a Uno, que permanecía inescrutable de pie junto a Brigitte.

—La verdad es —musitó Europa— que solamente quería saber si Uno ya me ha perdonado.

Durante unos segundos, en la estancia reinó un silencio tenso, muy de acorde con la actitud de las cinco personas allí reunidas.

Y así estaban todos cuando entró Simón-Bagur, llevando en las

manos todo lo que había encontrado en los bolsillos de los dos hombres dormidos en el coche.

—Esto es todo lo… ¿Qué ocurre?

—No se preocupe, Simón —volvió Brigitte la cabeza hacia él—; no está ocurriendo nada que deba preocuparnos demasiado. Deje eso por ahí, y cuando el señor Europa termine de hablar nos dedicaremos al trabajo.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —murmuró Europa.

—A mí no me parece lo suficiente —replicó vivamente la divina espía—. Usted quiere saber si Número Uno le ha perdonado. Pero no pide usted perdón por lo que hizo. Pregunta si ha sido perdonado, pero no dice: ¿me perdona usted, Uno?

—Nunca he pedido perdón a nadie —gruñó Europa—. Por otra parte, todos los que estamos aquí sabemos que lo que ocurrió no fue preparado por mí, sino por la Central de la CIA.

—Efectivamente —asintió Brigitte—. De otro modo, señor Europa, usted haría años que estaría muerto. Y eso lo sabe perfectamente. ¿Por qué remover viejas porquerías que todos quisiéramos, más que perdonar, olvidar?

—No sé qué es lo que piensan ustedes de mí —dijo Europa—. Pero les aseguro que todavía hay noches que me despierto pensando en aquel plan que se me ordenó llevar a cabo… ¿Qué otra cosa podía hacer yo sino obedecer?[1]

—Negarse a hacerlo —replicó rápidamente Brigitte—. Si lo hubiese hecho, seguramente habría usted podido dormir tranquilamente durante estos años.

—Yo no soy la agente Baby —dijo secamente Europa—. Por lo tanto, todas las órdenes que se me dan debo obedecerlas.

—Quizás había llegado el momento en que usted se retirase del espionaje, en ese caso.

—¿Quiere decir que debí retirarme antes de aceptar aquella orden?

—Yo creo que eso es lo que debió hacer.

—Escuche, Baby, usted no puede…

—No discutan más —dijo Número Uno—, en lo que a mí respecta el señor Europa hace años que dejó de interesarme. Ni siquiera existe para mí. Te sugiero, mi amor, que nos dediquemos al trabajo. Las conversaciones como ésta, que a fin de cuentas son sólo

una discusión, no conducen a nada.

Brigitte estuvo unos segundos mirando a Número Uno. De pronto, se alzó sobre las puntas de los pies y lo besó en un lado de la boca.

—Como siempre, tienes razón, mi amor. Vamos a ponernos a trabajar ahora mismo. Y puesto que el señor Europa está aquí, quizá pueda sernos de alguna utilidad.

Europa había palidecido de nuevo, y se mordió los labios en un gesto de clarísima mortificación, que fue captada por todos. Luego, volvió a dejarse caer en el sillón y se quedó con la cabeza caída sobre el pecho. Mientras tanto, Brigitte y Uno colocaron sobre una mesita lo que ella había requisado a los dos hombres del Cap Sa Sal y lo que Simón había reunido procedente de los bolsillos de los dos hombres que yacían dormidos por el gas narcótico en el coche.

Había documentaciones para establecer los nombres de aquellos hombres. Cuando menos los nombres que estaban utilizando durante su estancia en España, ya que respecto a los verdaderos nombres de cada uno se podían hacer mil cábalas.

Los nombres eran los siguientes: los hombres que había matado Baby en el Cap Sa Sal se llamaban Roger Arly y Manfred Boll; los nombres de los dos hombres que yacían dormidos afuera en el jardín eran André Fast y Georges Piret. La diferencia entre los dos primeros y los dos segundos era que éstos no llevaban encima arma alguna, y los otros dos, ciertamente, habían ido provistos de pistolas con las que habían pretendido matar a Brigitte.

De todas las demás cosas reunidas tras extraerlas de las billeteras, solamente una mereció un cierto interés por parte de Brigitte. Era una nota que había estado en la billetera de Roger Arly, y en la que constaban tres nombres.

Estos tres nombres eran: Willman, Borgman y Boll.

Junto a cada nombre había varias anotaciones de cantidades y el signo del dólar.

Simón-Bagur que también miraba con curiosidad la nota, sugirió:

—Parece como si estos tres tipos le debiesen dinero a este otro. Yo diría que es uno de esos papeles que usan para ir haciendo anotaciones durante una partida de *poker*, o de algún otro juego, y en el que se van haciendo las anotaciones de lo que nos deben en

varias partidas.

—Sí —asintió Brigitte—. Podría ser perfectamente eso. Pero sea lo que sea, es una nota muy interesante, porque conocemos otros dos nombres; Willman y Borgman. Esperemos que nos sirva de algo.

—Quizá no —dijo Europa alzando la cabeza—. Si usted ha matado a dos hombres que, evidentemente, formaban cuarteto con estos otros nuevos llamados Willman y Borgman, es lógico que la ausencia de los primeros alarme a los otros. Y la alarma es el sistema más seguro para que la gente desaparezca de los lugares peligrosos.

—Bueno —replicó un tanto mordazmente Brigitte—, tenía que elegir entre dejarme matar y que todos continuasen por estos lugares, o matarlos yo y aceptar las consecuencias.

—No tiene por qué mostrarse desagradable conmigo —refunfuñó Europa, poniéndose en pie—. Me gustaría echarles un vistazo a los dos hombres que hay ahí fuera. Quizá mis hombres y yo podamos identificarlos.

Ésta sí fue una feliz iniciativa del señor Europa. En efecto, cuando los dos hombres que yacían dormidos en el interior del coche fueron llevados al interior de la casa, Europa los identifico enseguida.

—Son Otrepiev y Dubrovsky, de la MVD.

—Está usted seguro, naturalmente.

—Naturalmente —dijo Europa—. Y si Otrepiev y Dubrovsky han venido a España, no ha sido de vacaciones, sino a realizar un trabajo.

—¿Se le ocurre qué clase de trabajo? —pregunto Brigitte.

—No. Pero es más que posible que esté relacionado con el viaje que desde Paris hizo nuestro viejo conocido Cirilo Gavrilovich. Recordemos que, antes de desaparecer, Gavrilovich se había instalado en el Cap Sa Sal utilizando el nombre, también francés, de Jacques Dubonnier.

—Entonces —murmuró Brigitte— pueden haber ocurrido dos cosas. Una, que Jacques Dubonnier, o sea Gavrilovich, viniese primero, y Otrepiev y Dubrovsky viniesen después, para realizar alguna misión. Dos, que primero marchase de París Cirilo Gavrilovich y después partiesen en su seguimiento Otrepiev y Dubrovsky.

—Puede ser cualquiera de las dos cosas —asintió Europa—. Y sin ánimo de molestarla, le diré que pueden ser mil cosas más.

—Así es —aceptó Brigitte—. Bien, creo que no podremos saberlo hasta dentro de una hora y media aproximadamente, que es cuando despertarán nuestros colegas Otrepiev y Dubrovsky. Para entonces, sería mejor tenerlos en las condiciones que le he indicado antes, Simón.

Simón-Bagur asintió rápidamente.

—Los ataremos ahora mismo y se los dejaremos bien empaquetados y con los ojos vendados. No se preocupe, Baby.

—No estoy preocupada —aseguró Brigitte—. Dígame una cosa, Simón: ¿hay en este pueblo alguna fiesta o algo que merezca música?

—¿Qué quiere decir?

—Cuando pasábamos por delante de la *boutique* 1701 hemos visto la callecita estrecha y corta que baja hacia la plaza, y por allí me ha parecido oír música.

—¡Ah, sí! —exclamó el espía sonriendo—. Son las sardanas. Las sardanas es un baile, mejor dicho, una danza de esta región española, Cataluña, que se baila cogiéndose de las manos unos a otros y formando unos grandes corros. Por estos lugares gustan mucho. Y aquí en Bagur, todos los sábados por la noche, durante el verano, tocan sardanas en la plaza Mayor.

—Debe de ser agradable —dijo Brigitte sonriendo—. Tan agradable que Uno y yo vamos a dar una vuelta por ahí. Después de cambiarnos de indumentaria, naturalmente.

Europa se quedó mirándola como quien ha escuchado la mayor fantasía del mundo.

—¿En una situación como ésta se va usted a ir de aquí? ¿Quiere decir que se va ahora a la plaza del pueblo a ver cómo los nativos bailan sardanas?

—Los nativos y los forasteros —intervino Richard Ingram—. Casi todos los turistas que veranean en Bagur o están de paso aprenden a bailar sardanas, y les gusta mucho.

Europa le dirigió una furibunda mirada.

—Escuche, Ingram, no estamos aquí para bailar sardanas, sino para…

—Estamos aquí —corto Brigitte Montfort— para hacer lo que yo

diga, señor Europa. Y yo digo que Uno y yo vamos a bailar sardanas. Naturalmente, usted puede hacer lo que guste.

—Escuche —enrojeció Europa—, sólo porque hace unos cuantos años hice algo que…

—No se trata de eso —movió la cabeza Brigitte—. Se trata de que tenemos que esperar forzosamente hora y media a que despierten nuestros colegas Otrepiev y Dubrovsky. Y si he de serle sincera, prefiero pasar esa hora y media viendo bailar sardanas y tomando un refresco en la plaza que contemplándole a usted.

Capítulo VI

De nuevo con el aspecto habitual en ellos, es decir, como Brigitte Montfort y Angelo Tomasini, éstos salieron de la casa y caminaron calle arriba. Brigitte tiró del brazo de Número Uno cuando éste iba a girar hacia la izquierda, donde se oía ya claramente la música más allá de un cercado habilitado como estacionamiento. Todo estaba lleno de coches por todas partes, y, efectivamente, la música se oía ahora con mayor claridad. Debían de ser cerca de las once de la noche.

—Vamos más para arriba —dijo Brigitte—. Quiero que veas una cosa que esta tarde me ha hecho mucha gracia.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás.

Subieron la suave pendiente que los llevó justo delante mismo de la *boutique* 1701. El escaparate estaba iluminado, y Brigitte estuvo contemplando algunos vestidos y joyas de alegre fantasía que había allí. Luego señaló hacia la izquierda. Una calle de apenas tres metros de anchura en total, con una calzada de dos metros y una acera de medio metro a cada lado.

—Esta calle se llama Comas y Ros, pero… ¿sabes cómo la llaman Elena y sus amiguitas?

—No tengo ni idea —refunfuñó Número Uno.

—Pues la llaman la Quinta Avenida —rió Brigitte—. Y ello porque en setenta metros escasos desde aquí hasta la otra punta de la calle que da a la plaza, dicen que hay absolutamente de todo. Vamos a caminar por ella… Mira, aquí mismo, en el once, es donde vive Elena. Y como ves, en la planta baja hay una galería de arte. Lo que no me gusta es el nombre… Galería Wynn. Creo que debieron ponerle un nombre más español. ¿No estás de acuerdo, mi amor?

—No me cuesta nada estar de acuerdo contigo en estas cosas —la miró casi sonriente Número Uno.

—Parece que estás contento —alzó las cejas Brigitte.

—Digamos que me siento satisfecho del modo en que has enfocado el asunto entre Europa y yo. Por un lado ya he comprendido que no querías que la conversación se alargase en absoluto, y por otro me has parecido una gatita defendiendo rabiosamente a su gatito. Aunque a mí no me hace mucha gracia que se me trate como a un gatito indefenso.

—Si hubieses hablado tú —dijo ella— la conversación habría terminado antes y posiblemente con mucha más dureza. Yo creo que lo mejor que podemos hacer los dos, efectivamente, es no recordar jamás lo sucedido, y, por supuesto, olvidar al señor Europa. Como te iba diciendo —volvió a sonreír de pronto—, en esta callecita que Elena y sus amigas Rosmy y otras llaman la Quinta Avenida, hay de todo. Vamos a ir caminando despacito por ella y mirando lo que valga la pena de ser mirado mientras escuchamos la música.

Ciertamente, la calle Comas y Ros de Bagur no era la Quinta Avenida neoyorquina. Pero sí había allí prácticamente de todo. Desde la *boutique* 1701 a una farmacia…, es decir, la única farmacia del pueblo. También había carnicería, una fonda, una tienda de electrodomésticos, otra de objetos para regalo, tiendas de ropas para niños, una pequeña tienda de comestibles, otra de artículos fotográficos y deportivos, un salón de juegos recreativos para muchachos, y por cuya ventana vieron a cuatro de ellos en un partido doble de *ping-pong*. Recorridos aquellos sesenta metros, la calle se ensanchaba de pronto y desembocaba en la plaza que estaba sencillamente atestada de gente. La música seguía sonando, y, en efecto, muchas personas tomadas de las manos bailaban al son de una música aguda y fácil de seguir.

Cerca de Brigitte y Número Uno algunas personas los estaban contemplando con auténtica estupefacción. Destacaban allí de tal modo que era imposible no verlos y, acto seguido, pasmarse.

La música terminó de pronto, y la gente dejó de bailar. La multitud pareció dispersarse, desparramarse hacia todos lados. Ahora se hablaba, se gritaba, los chiquillos corrían… Causando siempre un auténtico pasmo, Brigitte y Número Uno se introdujeron entre aquella gran masa de gente, cruzando la plaza hacia el otro lado. A la izquierda de ellos, sentados en una tarima hecha con

gruesos tablones, alzada unos tres metros del suelo y adosada a uno de los muros de la iglesia, la banda de músicos descansaba de su reciente interpretación.

—Tengo un hambre atroz —dijo Brigitte—. Y si no recuerdo mal, Elena me habló de que a veces ellos iban a comer a un restaurante que hay por ahí, llamado El Farolillo.

En efecto, había un restaurante diminuto llamado El Farolillo. Pero a aquellas horas, el servicio de restaurante, que se hallaba situado al fondo, estaba cerrado. La entrada estaba destinada a servicio de bar. A la derecha había unos toneles de vino, y encima de ellos, colgando de una viga, un farolillo que sin duda daba nombre al local. Enfrente, el mostrador tras el cual un hombre en mangas de camisa y con lentes contemplaba tan estupefacto como sus clientes a la bella pareja de seres humanos que acababa de entrar. A la izquierda había otro pequeño local anexo en el que se oían los golpetazos de fichas de dominó y de puños tirando cartas sobre verdes tapetes.

Brigitte y Número Uno se acercaron al pequeño mostrador, y Uno, mirando al boquiabierto propietario del local preguntó:

—¿Podríamos comer algo ahora?

El hombre consiguió salir de su pasmo:

—No señor El restaurante ya está cerrado. Si quieren comer algunos bocadillos pueden ir allí delante, al otro lado de la plaza, donde les servirán unos bocadillos de salchichas de Frankfurt o lomo de cerdo o algo así. Aquí sólo tenemos servicio de bar con tapas.

—¿Con qué? —preguntó Brigitte.

—Con tapas. Son cosas que se sirven con las bebidas, como aceitunas, anchoas, calamares…

—Bueno —dijo alegremente la divina—. Creo que podemos tomar una cerveza con algunas de esas cosas.

—Se han terminado —movió la cabeza el hombre—. Los sábados por la noche se termina todo. Pero puedo servirles cerveza si lo desean.

Número Uno frunció el ceño, y tan sólo con el inicio de su gesto Brigitte comprendió que se disponía a dar media vuelta. Pero puso una mano sobre el brazo de él, y sonrió.

—Tomaremos unas cervezas. Luego supongo que podremos

tomar lo mismo y algún bocadillo en ese otro establecimiento.

—Sí, sí, seguro —asintió el hombre del mostrador—. Se llama El Toc, y está ahí enfrente mismo.

—Muchas gracias. ¿Nos sirve la cerveza, por favor?

El dueño del local se apresuró a servir cerveza en dos jarras que colocó delante de los dos espías en el pequeño mostrador. Brigitte tomó su jarra, bebió un sorbo, y se volvió para mirar hacia la plaza. Alrededor de ellos los clientes de El Farolillo todavía estaban estupefactos contemplando la belleza de aquella mujer, que les parecía, a juzgar por sus expresiones, un ser de otro planeta. Brigitte se volvió de nuevo hacia el mostrador, dejó su jarra a medio vaciar, y miró sonriente al hombre de los lentes.

—¿Cuánto debemos, señor Sisco?

—Veinticuatro pes… ¿Cómo saben que me llamo Sisco?

—Nos lo ha dicho una jovencita que creo que es clienta de usted. Según me dijo esta tarde viene a comer aquí con sus padres y su hermana con cierta frecuencia. Se llama Elena.

—¡Ah, sí! Ya sé a quiénes se refiere, sí.

—¿No ha visto a Elena por aquí esta noche?

—No. Pero seguramente estará en la plaza bailando sardanas. Lo que pasa es que con tanta gente no les va a ser fácil encontrarla.

—Lo intentaremos. Muchas gracias, señor Sisco.

—De nada —casi tartamudeó el propietario de El Farolillo.

Número Uno sí terminó su jarra de cerveza, depositó una moneda sobre el mostrador, y miró interrogante a Brigitte, que asintió. Se dirigieron los dos hacia la puerta, y apenas habían puesto los pies en la calle cuando vieron pasar a una jovencita que caminaba apresuradamente hacia una de las calles que se alejaban de la plaza en dirección a un local llamado Tothora, y del cual brotaba fuertemente una música realmente movida.

—¡Rosmy! —llamó Brigitte—. ¿Adónde vas tan deprisa?

—¡Voy a buscar a mis hermanos! —exclamó la muchacha—. ¡Elena está convidando a todo el mundo en El Pinar!

—¿En El Pinar? ¿Qué es eso?

—Un bar que hay en esa calle que sube hacia el castillo.

—¿Quieres decir que a estas horas de la noche unos cuantos jovencitos os vais a reunir en un bar?

—¡Oh, los sábados por la noche todos corremos por aquí hasta

que se terminan las sardanas, a eso de las doce y media! Voy corriendo a buscar a mis hermanos.

Rosmy continuó alejándose apresuradamente, y Brigitte miró a Número Uno y encogió los hombros. Se introdujeron entre la multitud que abarrotaba la plaza, y Brigitte señaló hacia la izquierda y Número Uno vio una gran fachada con amplios escaparates y el nombre del local: Helga y Sol. Delante mismo de este establecimiento había gran cantidad de mesas y sillas ocupadas por personas que preferían tomar unos tragos al fresco mientras contemplaban cómo otros se dedicaban a bailar las sardanas… En aquel momento, precisamente, comenzaba otra sardana, y la gente comenzó a agruparse por corros tomándose de las manos para comenzar la danza.

Siguiendo hacia la calle señalada por Rosmy, Número Uno y Brigitte llegaron precisamente delante del *snack* llamado El Toc, que estaba lleno de muchachos jóvenes que reían alegremente y tomaban cerveza y coca cola.

Un poco más arriba de la calle, un letrero luminoso señalaba el emplazamiento del bar llamado El Pinar.

Y en efecto, Elena estaba allí, rodeada de muchachos jóvenes. Al verlos aparecer se acercó rápidamente a ellos, sonriendo:

—¡Hola! —exclamó—. No me diga, señorita Montfort, que van a bailar ustedes sardanas.

—Nos gustaría mucho —asintió amablemente Brigitte—. Pero me temo, querida, que no conocemos esa danza. He visto a Rosmy que iba en busca de sus hermanos. Al parecer, te dispones a dar una pequeña fiesta.

—Sí —rió la muchacha—, ésta es la obra benéfica de que le hablé a usted. Invitar a mis amigos a una cuchipanda esta noche aquí, en El Pinar.

—Bueno —rió Brigitte—, no deja de ser beneficioso para los amigos tener una amiga como tú, que sabe gastarse su dinero. Te estaba buscando.

—¿A mí? —se sorprendió Elena—. ¿Para qué?

—Para que me invites a tomar parte de tu fiesta —rió Brigitte.

—¡Claro que sí! Pueden pedir todo lo que quieran de lo que haya en el mostrador. Yo convido.

—Estupendo. ¿Puedes dedicarnos un par de minutos a solas?

Se colocaron delante del largo mostrador en el que había bandejas con tapas; calamares, gambas, langostinos, pinchos morunos, caracoles, riñones salteados…

—Tiene todo muy buen aspecto —pareció sorprenderse Número Uno.

—Y está muy bueno —asintió Elena—. Mis padres muchas noches, en lugar de hacer cena vienen a cenar aquí. Toman un par de cervezas y algunas tapas, y luego se van con algunos amigos a tomar un *cremat.*

—¿Qué es un *cremat*? —se interesó Brigitte.

—Bueno, es una especie de cóctel caliente —vaciló Elena—. Ponen una botella de coñac, una botella de ron, azúcar, un poco de canela y a veces unas cuantas tazas de café. Luego le prenden fuego.

—¡Caramba! —exclamó Brigitte.

—Sí —rió Elena—. Dejan que se queme un buen rato, y luego, cuando ya se ha evaporado bastante alcohol, se lo beben. Es una bebida que inventaron unos pescadores de por aquí. Se perdieron en el mar en una noche de tormenta, y fueron a dar a una cala solitaria. Como se les había estropeado la barca y tenían mucho frío, para calentarse pusieron a quemar botellas de licor que llevaban en la barca. Y aprovecharon el calor del licor al quemarse para calentarse. Luego, claro, se bebieron lo que quedaba del licor.

—A eso le llamo yo saber aprovechar las cosas —rió de nuevo Brigitte Montfort—. Me parece que vamos a tomar una cerveza con algunas tapas. Es que no hemos cenado.

—Bueno, pues aún están a tiempo de hacerlo. ¿Qué les parece Bagur?

—Pintoresco —dijo rápidamente Número Uno—… Verdaderamente pintoresco.

—Sí —rió Elena—… Eso es lo que dicen todos los extranjeros que vienen aquí. Pero se pasa muy bien en todo momento. ¿Qué quería usted preguntarme, señorita Montfort?

—Pues… respecto a la casa de Carmen Amaya… ¿tú sabes si hay allí cuarto de baño?

Quedó bastante más sorprendido por aquella pregunta Número Uno que la muchacha a la que iba dirigida. Ésta no vaciló ni un instante.

—¡Claro que hay cuarto de baño! Incluso me acuerdo que hace

tres o cuatro años, al principio de quedar la casa abandonada, llegué a ver la bañera.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que luego se la llevaron. Alguien pasó por allí, vio la bañera colocada donde se iba a instalar el cuarto de baño, y como todo se estaba estropeando y nadie hacia caso de nada, se la debieron de llevar. Pero todavía se puede ver que allí se iba a instalar un cuarto de baño.

—Ya —musitó Brigitte—. Bueno, ¿qué nos aconsejas que pidamos?

—¡Huy, cualquier cosa! Todo es muy bueno aquí.

—¡Estupendo! Gracias por invitarnos.

—No faltaría más —rió la muchacha—. ¡Esta tarde me hicieron ustedes rica!

—Nos alegra que lo estés pasando tan bien. Bueno, ve a atender a tus amigos, como corresponde a una anfitriona. Ya nos seguiremos viendo, Elena.

—Claro que sí. ¿Van a quedarse mucho tiempo todavía en Bagur?

—Unos cuantos días.

La muchacha sonrió, y se alejó. Número Uno miró al hombre que había tras el mostrador, un sujeto delgado y de cara oscura y cabellos azabache, y que les contemplaba estupefacto, naturalmente. Tan estupefacto como la mujer regordita y con lentes que estaba a su lado mirándoles expectante. Los dos resultaban simpáticos al primer golpe de vista.

Número Uno pidió de nuevo cerveza y unos cuantos platitos de lo que estaban viendo en el mostrador, y se dedicaron a degustarlo cambiando comentarios que nada tenían que ver con lo que ambos sabían que estaba pensando el otro. Estaban ya terminando cuando regresó Rosmy, acompañada de un montón de niñas y niños que invadieron El Pinar gritando y empujándose unos a otros. Detrás de ellos, una muchacha morena de largos cabellos castaños, acompañada de un muchacho que miraba el grupo de chiquillos como temiendo que lo arrollasen.

Elena salió al encuentro de éstos, y cuando iban hacia el interior se acercó a Brigitte, y señalando a la otra muchacha, más alta que ella, esbelta, de grandes ojos oscuros, dijo:

—Ésa es mi hermana Isabel María. Está tonteando con ese chico que la acompaña.

—¿Qué quiere decir tonteando? —se interesó Brigitte.

—¡Huy, bueno! Esas cosas, ya sabe usted. Se miran, se gustan, y luego andan por ahí tonteando.

—A decir verdad —rió una vez más Brigitte— creo que toda la gente debería dedicarse a tontear, Elena.

—Se lo voy a decir a mi hermana.

De nuevo quedaron apartados en el mostrador del reducido local Angelo Tomasini y Brigitte Montfort. Se volvieron los dos hacia Elena, que estaba rodeada de muchachos y niños ocupando dos mesas del rincón, y se despidieron con un gesto. Ya en la calle, y escuchando ahora la música de la sardana, Número Uno dijo:

—Tengo que admitir que no se me había ocurrido. Pero está bien claro. Si en la casa de Carmen Amaya estaba escondida la radio de Dorothy Griffin, quiere decir que fue desde allí desde donde llamó por última vez a Simón. Después de llamarlo, escondió la radio, del mismo modo que había escondido también la película que le dijo que había tomado.

—Eso es lo que se me ocurrió a mí hace un rato —asintió Brigitte—. ¿Te parece posible?

—Claro que sí —asintió Uno—. Debiste decírmelo antes.

—La verdad es que no quería parecerte una tonta… Y habría parecido una tonta si en la casa de Carmen Amaya no se hubiese comenzado a instalar un cuarto de baño… del que fue robada la bañera.

—Deberíamos ir allá cuanto antes —dijo Uno—. Si la Guardia Civil ha encontrado el transmisor de Dorothy Griffin, acabarán por encontrar la película que ella tomó.

—Sí, y… Bueno, la verdad es que he pensado en un modo de conseguir entrar en la casa pese a la vigilancia de la Guardia Civil.

—Lo que me sorprendería sería que no se te hubiese ocurrido nada al respecto —refunfuñó Uno—. ¿Cuál es la idea?

—Tenemos que volver a casa a buscar mi pequeña cámara fotográfica de periodista —dijo Brigitte—. Y luego necesitaremos también el coche de Simón. Creo que sería una gran vergüenza para Número Uno y Baby si con mi sencillísimo plan no consiguiésemos esta noche la película que la desafortunada Dorothy tomó antes de

que la asesinasen.

* * *

—Pues yo —dijo el guardia civil Crespo— ya daría un buen escarmiento si encontrase a los tipos que hicieron eso, Gutiérrez.

El compañero que formaba pareja con él en aquel turno de vigilancia de la casa de Carmen Amaya asintió con un gesto.

—Tienes razón, Crespo. Esa gente merecería recibir una buena lección que sirviera de ejemplo a otros que intentasen cosas parecidas.

—Pero a mí, si quieres que te diga la verdad —continuó Crespo —, en este asunto hay algo que me huele a chamusquina.

—¿Por qué?

—Por eso del pequeño transmisor que hemos encontrado escondido en la casa.

—Quizá no tenga nada que ver con el asunto —rechazó Gutiérrez—. A lo mejor ese aparato estaba ahí hace mucho tiempo.

—Podría ser —admitió Crespo de mala gana—, pero eso de que… Viene un coche.

La pareja de guardias civiles que vigilaba la casa de Carmen Amaya se quedaron contemplando en silencio las luces de un coche que, efectivamente, se iba acercado por el camino. Pocos segundos después, el coche se detenía, y los dos hombres vieron apearse a una mujer. Su silueta, naturalmente, era inconfundible.

Apartándose del campo de luz de los dos faros que iban directos hacia la casa, los dos guardias civiles se acercaron a la mujer que acababa de apearse del coche.

—Buenas noches —saludó Crespo llevándose la mano derecha al tricornio—… ¿Podemos servirla en algo, señorita?

—¡Oh, sí! —exclamó la recién llegada—. Bueno, en realidad sólo venía a tomar unas fotografías de la casa.

—¿Unas fotografías? —se sorprendió Gutiérrez.

—¿No puedo hacerlo? —se decepcionó la mujer.

Los tres podían verse perfectamente los rostros debido al resplandor de las luces del coche, que seguían iluminando la casa.

Los dos guardias civiles cambiaron una mirada de desconcierto. Luego, Crespo inquirió:

—¿No le parece que de noche es más difícil que de día? Durante el día han estado por aquí muchas personas tomando fotografías y, naturalmente, a nadie se le ha prohibido hacerlo.

—Sí, lo sé. Yo estuve paseando por aquí a caballo… La verdad es que me gustaría tomar las fotografías precisamente de noche.

—¿Por qué? —se sorprendió Gutiérrez.

—Soy periodista. Supongo que la historia de lo que sucedió y las fotografías tomadas de día aparecerán en muchos periódicos y revistas. Yo quisiera hacer un reportaje un poco diferente a los demás. Por eso me gustaría ofrecer a mis lectores del periódico unas fotografías diferentes, una historia más documentada, con algunas cosas de esta casa y de la propietaria, la bailarina fallecida hace años.

Durante unos segundos los dos guardias civiles estuvieron contemplando a la mujer que a cada instante veían mejor y, por lo tanto, se iban dando cuenta de lo bellísima que era y de la grandiosidad de sus hermosos ojos.

—¿Nos permitiría usted ver su documentación? —preguntó de pronto Crespo, al parecer un tanto tímido pero con indiscutible firmeza.

—Sí, naturalmente. La tengo en mi maletín… Perdonen un momento.

La muchacha abrió una puerta del coche, sacó el maletín rojo adornado con florecillas azules, y lo colocó sobre el capó. Lo abrió y sacó un pasaporte que tendió a Crespo. Éste separó las páginas, contempló la fotografía, el nombre, y lo pasó a su compañero, quien a su vez se dedicó a examinar el pasaporte.

—Si usted es norteamericana debe de trabajar para un periódico de allí, ¿no es así? —preguntó Crespo.

—Sí. Para el *Morning News*… Espere, me parece que llevo alguna credencial en ese sentido también.

En efecto, la señorita Brigitte Montfort llevaba también una credencial en ese sentido. Una vieja tarjeta de un periódico de Nueva York llamado *Morning News*. Todo fue examinado calmosamente por los dos guardias civiles, que, finalmente, lo devolvieron.

—¿Qué clase de historia piensa usted escribir?

—Pues… más que la del asesinato de esa pobre muchacha en sí,

me gustaría escribir una historia bastante romántica sobre la bailarina Carmen Amaya y el lugar donde según entiendo pensaba construir su verdadero hogar al que retirarse en los períodos de descanso. Quisiera captar el ambiente de este lugar en una noche como ésta, tan clara, y hasta con su poquito de luna —terminó sonriendo.

Los dos guardias civiles volvieron a mirarse, y, finalmente, ambos sonrieron a la vez, Gutiérrez estirando mucho el tremendo bigotazo de agresivas guías, que parecían enroscarse.

—Bueno, no creo que haya ningún impedimento para que tomen fotografías de noche. ¿Está usted alojada en Bagur, señorita Montfort?

—Sí. He sido invitada por un amigo mío que alquiló hace unos días una casa en la calle José Antonio número cinco bis. Está casi a la entrada del pueblo.

—Ya sabemos dónde dice usted. Es la casa de una señora ya mayor que vive ahí en invierno y en verano se va a vivir con su nuera a otra casa, y alquila la suya para hacer algo de dinero. Se llama doña Leonor.

—Bien… Pues allí estoy yo con mi amigo americano.

—Muy bien. ¿Podemos nosotros ayudarla en algo en esto de las fotografías?

—Pues no… No creo. He traído el *flash* y espero que simplemente podré conseguir unas buenas fotos. Si no fuese así, supongo que quien esté de guardia aquí mañana por la noche será tan amable como ustedes.

—Naturalmente que sí —asintió Crespo.

La señorita Montfort, la simpática periodista norteamericana, llevaba en efecto una pequeña cámara que sacó también de su maletín y unas cargas de *flash* que fue utilizando para tomar las fotografías después de apagar los faros del coche. Durante cuatro o cinco minutos, siempre escoltada amablemente por los dos guardias civiles, se dedicó a esta labor desde diferentes ángulos. Luego, tras agradecer la amabilidad con que había sido tratada, la señorita Montfort recogió sus cosas, guardó el maletín, subió al coche, y se alejó de la casa de Carmen Amaya.

Unos cuarenta minutos más tarde, los guardias Crespo y Gutiérrez vieron acercarse otro coche. Es decir, no era otro coche,

sino el mismo. Cuando vieron apearse la persona que conducía, la reconocieron al instante. No era posible que hubiera en todo el mundo dos figuras como aquélla.

Sonriendo, Crespo y Gutiérrez se acercaron a Brigitte Montfort, que acudía también a su encuentro.

—¿Qué ocurre, señorita? —preguntó Crespo.

—He perdido la llave de la casa —dijo con tono huraño Brigitte Montfort—. Y mi amigo no está allí. Supongo que estará bailando sardanas en la plaza, pero no consigo localizarlo… ¡Soy una tonta!

—Bueno, si ha perdido la llave deberá usted esperar a que terminen las sardanas, simplemente —dijo Gutiérrez—, y eso no creo que tarde ya mucho.

—No, pero he pensado que quizá se me cayeron por aquí cuando antes abrí el maletín para sacar la cámara y las demás cosas. ¿Lo recuerdan?

—¡Ah, sí! Bueno, no se pierde nada echando un vistazo. Yo tengo aquí una linterna que va a servirnos para el caso. Vamos a ver. Creo que usted detuvo el coche antes un poco más allá…

Las llaves aparecieron, desde luego.

Estaban en el suelo, bien a la vista, y Gutiérrez fue el primero en verlas.

Se inclinó a recogerlas, las sacudió y sopló el polvo, y sonriendo mostrando sus blancos dientes bajo el estupendo bigotazo, las tendió a Brigitte.

—¡Aquí están! Tenía usted razón, señorita.

—Muchas gracias —exclamó ella—. ¡No saben cuánto se lo agradezco! De verdad que han sido ustedes muy amables.

—No tiene tanta importancia —dijo Crespo—. ¿Podemos servirla en algo más?

—¿Más aún? ¡Claro que no! —exclamó Brigitte—. Gracias por todo y buenas noches.

La señorita Montfort volvió a ocupar su puesto ante el volante, y segundos después emprendía una vez más el regreso hacia Bagur.

Los dos guardias civiles estuvieron contemplando el coche hasta que dejaron de ver las luces de posición, rojas, y entonces se miraron uno a otro, y Gutiérrez exclamó:

—¡Vaya tía buena, tú!

—Está como un tren, desde luego —asintió Crespo—. Pero en

cuanto volvamos al cuartelillo se lo diremos al sargento… Y mañana nos aseguraremos de que, efectivamente, una señorita norteamericana llamada Montfort está viviendo en la casa de doña Leonor.

Capítulo VII

Mientras tanto, la señorita Montfort había conducido su coche esta vez enfilando la gran pendiente que se dirigía hacia el centro del pueblo. Pero no se dirigió hacia allí. En primer lugar porque desde la pequeña plazoleta, la calle que llevaba hacia el centro del pueblo había sido cerrada a fin de que los vehículos no molestasen a la gente que se divertía en la plaza.

En segundo lugar, porque ella y Uno habían quedado en reunirse precisamente allí, en el Mirador de San Ramón. El Mirador de San Ramón era una pequeña explanada en la que había una pequeña ermita erigida al santo de este nombre. A un lado, una calle siempre empinada subía hacia el camino que llevaba al castillo y hacia otra calle que rodeaba la montaña por aquel lado. Luego a la izquierda de la ermita, estaba la gran bajada hacia la carretera de circunvalación, al otro lado de la cual estaba la casa de Carmen Amaya. Y a la izquierda, un banco hecho con piedras y con respaldo de reja de hierro, desde el cual, en los días claros se veían grandes distancias. De noche se veían algunas luces en el mar y de poblaciones cercanas y otras más distantes en la gran bahía de L'Estartit.

En la noche clara, estrellada y con luna creciente, normalmente Brigitte Montfort se habría apeado para contemplar el paisaje y la luna reflejada en el mar. Pero la situación no era normal.

Número Uno se reunió con ella unos quince minutos más tarde. O sea, el tiempo que había tardado en llegar allí dando un rodeo después de salir de la casa de Carmen Amaya mientras Brigitte entretenía por segunda vez a los guardias civiles.

El espía se sentó junto a la espía, y tendió la mano derecha con la palma hacia arriba, mostrando en ella un pequeño objeto.

—De modo que hemos acertado —susurró Brigitte.

—Así es. No fue demasiado difícil encontrarlo.

—Bien… Vamos a ver si podemos obtener algún beneficio de la visita del señor Europa.

Brigitte maniobró, y descendió de nuevo por la gran bajada que conducía hacia la carretera de circunvalación. Circulando por ésta, llegó a la entrada de Bagur procedente de Regencós, y enfiló la calle José Antonio.

Poco después el coche estaba en el jardín de la casa alquilada por Richard Ingram y éste, una vez más, cerraba para reunirse inmediatamente con los dos espías.

—¿Lo han conseguido? —exclamó.

—Así es. De modo que va a haber bastante actividad a partir de ahora, supongo. Vamos a ver al señor Europa.

El señor Europa, que continuaba dentro de la casa, sumido en un silencio sombrío, se puso en pie cuando aparecieron los tres, y alargó la mano cuando Brigitte le tendió el pequeño estuche negro. Se quedó mirándolo, miró luego a Brigitte, y movió la cabeza con un gesto entre desconcertado y admirativo.

—De acuerdo —dijo—. Podemos tener estas fotos reveladas y ampliadas dentro de… tres o cuatro horas. Uno de mis hombres partirá inmediatamente hacia Gerona, hará el trabajo, y regresará.

—Está bien. Que salga ahora.

Europa tendió el estuche a uno de sus hombres, que asintió con un gesto, y sin más palabras, acompañado de Simón, salió del salón. Simón-Bagur regresó segundos después, cuando Europa tras reflexionar unos instantes, se dirigía de nuevo a Brigitte.

—Quizá convendría que aprovechásemos el tiempo interrogando a los dos rusos que tenemos encerrados en ese cuarto.

—No —movió negativamente la cabeza Brigitte Montfort—. Puesto que ahora tenemos esas fotografías, yo prefiero verlas antes de hablar con los rusos.

—Supongo que, como siempre, su idea es la buena —farfulló Europa—. Así pues, esperaremos.

* * *

El agente de la CIA que había ido a Gerona para revelar y ampliar las fotografías, regresó casi a las cuatro de la madrugada. Simón-Bagur estaba en ese momento tendido en la cama de su habitación,

y lo mismo hacían Brigitte y Número Uno, todos todavía vestidos, pues no se sabía lo que podía convenir hacer después de contemplar las fotografías. En el salón, Europa y el otro agente de la CIA que habían estado dormitando uno en el sofá y otro en el sillón, también se reavivaron cuando sonó la llamada a la puerta.

Finalmente, reunidos todos de nuevo en el saloncito, el agente de la CIA, tras vacilar, tendió el sobre conteniendo las fotografías a Europa quien a su vez, comprendiendo por qué había vacilado el espía, lo entregó a Brigitte Montfort, que sonrió a ambos. Número Uno, que tras salir del dormitorio se había sentado en un sillón, se dedicaba a encender un cigarrillo con una total indiferencia, al menos aparente, hacia lo que le rodeaba.

Así pues, en solitario, la agente Baby se dedicó a examinar las fotografías obtenidas por Dorothy Griffin antes de morir. Luego, sin decir palabra, las puso en manos de Número Uno y se sentó en el brazo del sillón ocupado por éste.

Número Uno pasó de nuevo las fotografías. En todas ellas, de un modo u otro, se veía al agente soviético Cirilo Gavrilovich. En unas, simplemente, en el hotel Cap Sa Sal. En otras, paseando por la carretera bordeada de espesos pinares. En otra, se le veía tomando tranquilamente algo en el bar del embarcadero del hotel Cap Sa Sal. También se le veía en uno de los comedores del hotel. Se le veía paseando por el vestíbulo y luego se le veía subiendo a un coche. A partir de aquí, como en una secuencia, las fotografías iban tomando más interés. Se veía el coche de Cirilo Gavrilovich tomado desde atrás de modo que se captaba perfectamente su matrícula. Luego se veía a Cirilo Gavrilovich plantado de pie cerca de una playa, vuelto de espaldas y mirando hacia unas altas antenas de dos colores que por ser la película en blanco y negro no se podía saber cuáles eran, aunque sí que uno de ellos debía de ser blanco. Luego, Cirilo Gavrilovich entraba en un bar llamado Mar y Sol. Después, se le volvía a ver subiendo a su coche. De nuevo otra fotografía tomando desde atrás el coche de Cirilo Gavrilovich. Una vez más Cirilo Gavrilovich apeándose de su coche, relativamente cerca de la casa de Carmen Amaya. Otra vez más todavía, Cirilo Gavrilovich caminando solitario, alejándose de la casa de Carmen Amaya en dirección contraria al camino de llegada. Y, cómo no, de nuevo Cirilo Gavrilovich ahora conversando con un hombre al que apenas

se podía ver…

Las cuatro últimas fotografías eran un auténtico prodigio de labor de espionaje efectuado por Dorothy Griffin y no menos prodigioso trabajo de laboratorio fotográfico realizado por las instalaciones de la CIA en Gerona. El rostro del hombre que hablaba con Cirilo Gavrilovich se veía en sus tres cuartas partes en una de las fotografías. Pues bien, esas tres cuartas partes habían sido ampliadas con tal habilidad y a tal tamaño que prácticamente era como disponer de una fotografía completa y nítida del rostro de ese hombre.

Esta última fotografía fue la que, finalmente, circuló de mano en mano de todos los espías allí reunidos. Y cada uno de ellos fue moviendo negativamente la cabeza.

No. Nadie conocía allí al hombre que estaba hablando cerca de la casa de Carmen Amaya con el agente soviético Cirilo Gavrilovich.

—Ahora sí —dijo Brigitte Baby Montfort—. Ahora sí ha llegado el momento en que esos dos colegas rusos nos expliquen qué es lo que está pasando en estos lugares.

Capítulo VIII

Los rusos estaban despiertos. Cada uno de ellos había sido acomodado en un viejo sillón de aquel pequeño cuarto que no tenía comunicación alguna con el exterior. Además, ambos tenían una venda de tejido negro sobre los ojos. Y, por supuesto, sus manos y sus pies estaban sólidamente amarrados.

Brigitte vio cómo sus cuellos se tensaban cuando ella abrió cuidadosamente la puerta, y comprendió que estaban despiertos y alerta. Mejor.

Se colocó frente a ambos, equidistante de uno y otro.

—No vamos a perder el tiempo en tonterías —dijo con tono tranquilo y firme—. Lo primero que quiero que sepan es que están en poder de Baby, de la CIA. Yo espero que esta información les marque su línea de conducta, pero si no es así, será peor para todos…, especialmente, para ustedes. ¿Están enterados del asesinato de una agente de la CIA llamada Dorothy Griffin?

—No —replicó en el acto el ruso de la derecha.

—Pues toda la acción está girando en torno a este asesinato, colega Otrepiev.

El soviético respingó; pero, enseguida, se relajó, y preguntó:

—¿Cómo sabe quién soy?

—Vamos, no sea infantil, Otrepiev. ¿Qué importa cómo lo haya sabido? Lo sé, y basta. Y no me gusta que me mientan cuando me estoy comportando amistosamente.

—No sabemos nada del asesinato de esa mujer… Es decir, sí hemos leído noticias al respecto en la prensa, pero ni siquiera sabíamos que era de la CIA.

—Y ahora —dijo secamente Brigitte— van a decirme que tampoco saben quién es o era Cirilo Gavrilovich.

—Eso sí.

—Formidable. ¿A qué vino Gavrilovich a la Costa Brava?

—No lo sabemos. Precisamente, fuimos enviados para averiguarlo.

—¿Fueron enviados…? ¿Quiere decir que Gavrilovich vino a España sin estar obedeciendo órdenes concretas de la MVD?

—Así es. Simplemente, él, por su cuenta y riesgo, tomó un pasaporte francés, y se vino a España. Su marcha nos desconcertó. Luego, fue localizado inmediatamente por nuestros servicios de control, y recibimos la orden de venir aquí a vigilarlo, a ver qué hacía, con quién se entrevistaba… Bueno, todas esas cosas, usted ya sabe.

—Sí, ya sé. ¿Y qué pasó?

—Pasó que cuando nosotros llegamos aquí, Gavrilovich ya había desaparecido. De modo que nos dedicamos a vigilar su habitación en el Cap Sa Sal. Y eso es todo.

—Ustedes vieron a un hombre entrar y salir de la habitación de Gavrilovich, y se dispusieron a seguirlo. Fue cuando yo les disparé una cápsula de gas, dejándoles dormidos.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Quién más entró o salió de la habitación de Cirilo Gavrilovich, o se interesó por él en algún sentido?

—Nadie más. Todo lo que ha ocurrido digno de mención desde que nosotros llegamos al hotel, ha sido esto. No sabemos nada más, así que nada podremos decirles, aunque nos arranquen la piel a tiras.

Brigitte se volvió a mirar a Número Uno, que iba mirando de uno a otro ruso, impasible. Hubo una especie de asentimiento en la expresión de Número Uno, y Brigitte estuvo de acuerdo con él: Cirilo Gavrilovich, en efecto, se había trasladado a España por su cuenta y riesgo; la CIA, que debía de tenerlo rutinariamente vigilado, se sorprendió, y envió inmediatamente a Dorothy Griffin tras él.

Los rusos, aún más sorprendidos, fueron más lentos, y cuando llegaron ya todo había sucedido.

Es decir, que los dos hombres que Baby había matado en Rocas Negras, en la parte trasera del Cap Sa Sal, y los otros dos, llamados, al parecer, Willman y Borgman, no tenían nada que ver con los rusos. Lo cual confirmaba la opinión inicial de Baby respecto a que lo que le habían hecho a Dorothy Griffin no era propio de agentes

secretos auténticos dedicados a determinada labor concreta e importante.

¿O no estaba sucediendo nada importante, a fin de cuentas?

—Les vamos a retirar la venda de los ojos para que contemplen unas fotografías —musitó Brigitte—… Solamente díganos si conocen a no a las personas o lugares que verán en las fotos. ¿Están de acuerdo?

—Sí.

La luz del pequeño cuarto fue apagada. Apareció la de una linterna, en manos de Simón, que se colocó detrás de Otrepiev. También Número Uno lo hizo así, pasando sus brazos de modo que las fotografías quedaron delante del rostro del ruso. Cuando éste quedó libre de la venda, retirada por Brigitte, no podía ver más que lo que los americanos querían: unas fotografías que eran iluminadas desde atrás, y nada más.

Ningún rostro, ningún detalle.

—No se dé prisa —dijo Brigitte—… Si la luz le molesta al principio, vaya acomodando a ella sus pupilas.

—¿Qué harán con nosotros? —preguntó Dubrovsky, en el otro sillón.

—Si juegan limpio y colaboran, los dejaremos marchar en el momento oportuno —dijo Brigitte—. Usted sabe eso perfectamente, colega Dubrovsky.

—Sí… Lo sé. Si usted es realmente Baby, lo sé.

—Creo que ya puedo ver bien —dijo Otrepiev.

—Magnífico. Le iremos pasando las fotografías. Cuando las haya visto todas, díganos lo que tenga que decir.

Número Uno fue pasando las fotografías, manteniendo cada una le ellas algunos segundos ante los ojos del espía ruso. Cuando terminó, se fue hacia donde estaba Dubrovsky, mientras Otrepiev era vendado nuevamente por Brigitte. Dubrovsky fue liberado de la venda, y la operación se repitió. Luego, la venda le fue colocada de nuevo a Dubrovsky, fue encendida la luz normal del cuarto, y la linterna apagada.

—Bien… ¿Qué tienen que decirme sobre esas fotografías?

—¿Cuál de los dos habla? —preguntó Otrepiev.

—Usted mismo.

—Pues, yo no tengo nada que decirle sobre esas fotografías,

excepto que he visto a Cirilo Gavrilovich, algunos lugares desconocidos, y las antenas de Radio Líberty. Eso es todo.

—¿Y usted, Dubrovsky? —Brigitte volvió la mirada hacia éste.

—Lo mismo.

—Hay una fotografía mostrando muy ampliado el rostro de un hombre, que se ve en sus tres cuartas partes. Suficiente para que cualquiera de nosotros pueda identificar a una persona… ¿Conocen a ese hombre?

—No.

—No.

—Es decir, que no pueden ayudarme ustedes en nada.

—Le hemos dicho todo lo que sabemos —aseguró Otrepiev.

—Está bien. ¿Qué pasará cuando en su delegación de París comprueben la desaparición de ustedes?

—Supongo que la investigarán, del mismo modo que nos han enviado a nosotros a investigar a Gavrilovich.

—Se diría que las cosas se están complicando, ¿no es así?

—Sí —admitió Otrepiev—… Eso parece.

—Me está viniendo a la memoria —murmuró Dubrovsky—… Sí, me parece recordar el rostro de ese hombre. El de la fotografía ampliada. No recuerdo dónde, ni en qué circunstancias, pero me parece haberlo visto antes. Y no hace mucho. Quiero decir que ha tenido que ser aquí, en España, estos días.

—¿En el hotel, quizás?

—De verdad: no lo sé, no consigo recordarlo… Y no estoy completamente seguro.

—¿Ha sido usted entrenado en Kichino? —se interesó Brigitte.

—Sí… Sí.[2]

—Está bien. Les agradezco su colaboración. No sé el tiempo que nos veremos obligados a tenerlos aquí, pero salvo que ustedes decidan complicar las cosas, serán bien tratados.

—Gracias —murmuró Dubrovsky.

Europa estaba mirando con cierta incredulidad a Baby. Cuando estuvieron todos de regreso en el saloncito, preguntó:

—¿De verdad cree usted que esos rusos están… colaborando con la CIA?

—Con la CIA, no —lo miró directamente Brigitte—: ellos están colaborando con la agente Baby nada más.

—Ni nada menos —dijo Simón.

Europa miró a Ingram, que enrojeció levemente… Volvió a mirar a Brigitte.

—Supongo que éstos son los métodos que le han valido a usted la posición que ocupa en el espionaje internacional. Está bien: ¿qué hacemos ahora?

—¿Disponemos de hombres y de material?

—Podemos disponer de todo en cuestión de horas —gruñó el jefe de la CIA en Europa.

—Bien. Le agradecería a usted que obtuviese copias de la ampliación del rostro de ese hombre que aparece con Gavrilovich junto a la casa de Carmen Amaya, y que las repartiese entre personal adecuado, para que lo busquen en el Cap Sa Sal y sus inmediaciones. Puedo darle una pista importante al respecto: hay un yate de por medio. Lo sé porque lo mencionaron los dos hombres que me atacaron. Y es muy posible que ese yate esté anclado cerca del Cap Sa Sal.

—Lo tendremos en cuenta. Buscaremos a ese hombre… ¿Y si lo encontramos?

—A partir de las diez de la mañana. Uno y yo, o uno de los dos, iremos llamando por la radio, para tener noticias. Cuando éstas se produzcan, tomaremos decisiones.

—¿Qué va a pasar hasta las diez de la mañana?

—Nosotros vamos a dormir unas horas. Luego, iremos trabajando por nuestro lado y a nuestro modo. Creo que esto es todo por ahora.

Capítulo IX

A las ocho y media de la mañana, Brigitte detuvo el coche de Simón-Bagur cerca de la playa de Pals, y se volvió a mirar a Número Uno, que estaba a su derecha.

—Buena suerte, mi amor —sonrió.

—Ten cuidado —murmuró él.

Ella amplió su sonrisa, se inclinó hacia él, y lo besó en un lado de la boca. Uno volvió la cabeza, la besó en los labios, y, sin más, salió del coche. Brigitte se despidió con un gesto de la mano, y partió. Tres minutos más tarde, estaba delante mismo de la entrada principal a las instalaciones de Radio Liberty. Lo que más destacaba eran las altísimas antenas, pintadas a franjas rojas, y blancas. Destacaban en un cielo azul, límpido, sin una sola nube. A la derecha, el mar, tranquilo, silencioso… Y frente a ella, las alambradas de Radio Liberty, y la garita con aspecto de amable oficina desde la que se hacían funcionar los mandos que abrirían la valla que cerraba la entrada. A la derecha, sobre una pared de piedra, se leía:

MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO
Radio Liberty

A través de los cristales de la garita-oficina, un hombre la estaba mirando atentamente.

De pronto, decidió salir de allí, y Brigitte vio la pistola que llevaba a la cintura, en funda completamente cerrada. Llevaba un uniforme ligero, de tono azulgris, y una gorra tipo *policeman*. Brigitte se apeó, y se acercó al hombre. Subió los escalones que mantenían a un nivel más alto la garita-oficina. El hombre la

miraba amablemente, pero con gran atención.

—Buenos días —sonrió la divina.

—Buenos días —sonrió el hombre.

Pues no: no era norteamericano. Era español… Español del Sur. Brigitte recordaba haber oído aquel acento peculiar durante su estancia en Cádiz hacía apenas un año[3]. Claro que con sólo oír dos palabras no era suficiente para estar segura, pero…

—Soy periodista —dijo, sin dejar de sonreír—. Estoy de vacaciones en Bagur, y se me ha ocurrido aprovecharlas para escribir unos artículos sobre Radio Liberty. ¿Están autorizadas las visitas?

El vigilante parpadeó.

—Lo consultaré. Espere aquí, por favor.

—Gracias.

El hombre regresó a la garita-oficina. El ventanal era amplio, así que Brigitte podía verlo perfectamente, hablando por teléfono. La espía desvió la mirada, hacia la tupida extensión de pinos, con pequeños claros donde se veían pequeños chalés de rojos tejados.

Prácticamente pegada a Radio Liberty había una urbanización residencial, con jardines, piscinas… Al otro lado, tierra adentro, había un hermoso campo de golf, magníficamente cuidado, salpicado de pinos y alcornoques. A la derecha, la larga y amplia playa…

El vigilante salió de la cabina.

—Sea tan amable de esperar un momento.

—Sí, sí, gracias.

Quedaron silenciosos los dos. Brigitte miraba a todos lados, especialmente las antenas. A la derecha, por entre la alambrada, había una auténtica garita de vigilancia, pequeña, de cemento o ladrillos…

—Un día hermoso, ¿eh? —dijo el vigilante.

—Sí… Muy hermoso. Un clima muy agradable.

—Tendría que ver esto en invierno, cuando sopla la tramontana —bufó el hombre—… ¿Sabe lo que es la tramontana?

—Creo que es aire, ¿no?

—¡Aire…! ¡Es todo un huracán! Un viento fuerte y frío, que es capaz de hacer volar una vaca. Al poco de estar trabajando aquí, me pilló una tramontana en descampado, y tuve que echarme al suelo,

o todavía estaría volando. Usted fíjese en los pinos que vea inclinados, y se dará cuenta de que todos lo están hacia el Sur.

—Lo que significa que la tramontana sopla del norte —sonrió Brigitte.

—Exacto. Y que es capaz de doblar los pinos como si fuesen palillos. Pero el verano es estupendo… ¿Le gusta a usted el mar?

Brigitte sonrió de nuevo. ¿Que si le gustaba el mar? Bueno, era una pregunta que siempre la divertía… ¿Acaso podía haber en el mundo algo mejor que el mar? Cuando iba a contestar vio aparecer el coche, acercándose a prudente marcha, desde las edificaciones centrales. El vigilante captó su gesto, y volvió la cabeza.

—Ya vienen a por usted.

Segundos después, el coche se detenía al otro lado de la valla.

Un hombre se apeó, fue hacia la puerta lateral de la alambrada, y salió a la pequeña plataforma de escalones de piedra donde estaban el vigilante y Brigitte.

—Buenos días —saludó amablemente—… ¿Quería usted visitar las instalaciones?

—Sí es posible, sí. Soy periodista, y he pensado que podría escribir algunos artículos interesantes.

El hombre se quedó mirándola con cierta expresión especulativa. Debía de tener unos cincuenta años, era de mediana estatura, delgado, atlético, de rostro tostado, endurecido. Sus oscuros ojos, que normalmente habrían expresado la lógica admiración ante la belleza de Brigitte, expresaban simplemente una cierta reflexión, quizá duda.

—¿Me permite usted ver su documentación? —pidió.

Brigitte sacó su pasaporte del maletín. El auténtico, a nombre de Brigitte Montfort, ciudadana norteamericana. Exhibió también su vieja tarjeta del *Morning News*. El hombre le devolvió ambas cosas, asintiendo.

—Me llamo Orozco —se presentó—, y soy el subjefe del servicio de seguridad de Radio Liberty. Nuestro jefe no está estos días aquí, de modo que deberá conformarse conmigo.

—Estoy segura de que quedaré satisfecha —sonrió Brigitte.

—Gracias. Tendrá que anotar su visita. Entre, por favor.

La verja metálica fue franqueada. Dentro de la garita-oficina, Brigitte tuvo que anotar en unas hojas destinadas a tal fin, su

nombre completo, número de pasaporte, domicilio habitual… El vigilante anotó luego la hora en que era admitida en las instalaciones de Radio Liberty. Luego la valla horizontal fue alzada, Brigitte se puso al volante de su coche, y siguió a Orozco, que iba en el suyo, guiándola. Velocidad máxima, veinte kilómetros por hora.

A derecha e izquierda de la carretera, césped y pinos. Y enormes bloques de hormigón que habían sido hundidos en el suelo, y que habían servido luego para empotrar en ellos vigas de hierro donde se sujetaban los cables que mantenían tirantes las altísimas antenas. A la izquierda, pudo ver parte del campo de golf. A la derecha, matojos, y más allá, la línea del mar en su horizonte.

El silencio era increíble, la paz, sorprendente.

Debía de haber menos de un kilómetro desde la entrada a los edificios. Rodearon éstos, y detuvieron los coches en el estacionamiento. Un poco más adelante había unos talleres. A la izquierda, un pequeño edificio, en el que Brigitte supuso que había generadores.

Orozco se reunió con ella.

—¿Qué quiere saber, exactamente?

Brigitte no vaciló en su respuesta.

—Me gustaría saber qué es exactamente Radio Liberty, de quién depende, y cuál es su cometido.

—Radio Liberty es una emisora de programas de radio, que depende del Ministerio de Información y Turismo de España, con financiación del Congreso de Estados Unidos en buena parte. Su cometido es emitir programas de toda clase, como cualquier otra emisora de radio de cualquier otra parte del mundo.

—Gracias. ¿Qué clase de programas, por ejemplo?

—Normales. Música, deportes, información general, religión, literatura… De todo. Ya le digo que es una emisora de radio normal y corriente.

—¿Cuál es el campo de recepción de los programas?

—Dentro de unos minutos, podrá verlo usted misma, en un mapa. Sígame, por favor… Supongo que le interesan las instalaciones técnicas.

—Sí, por supuesto.

Se inició un recorrido por el interior del edificio. Parecía que

casi no había nadie allí, pero, evidentemente, todo funcionaba. Sosegadamente, calmosamente, pero funcionaba…

—Transmitimos en onda corta, con una potencia que oscila entre los seis mil y los quince mil kilociclos —decía Orozco—, de acuerdo a las autorizaciones de la International Frecuency Registration Board. Como usted sabe, es el organismo central en Europa que asigna las frecuencias de onda.

—Sí —murmuró Brigitte.

Estaban en un pasillo amplísimo, quizá de unos cinco metros, y de unos sesenta de largo. A derecha e izquierda, aparatos cuya complejidad escapaba a los conocimientos técnicos de la espía internacional. Al principio del pasillo, había una maqueta, mostrando todas las instalaciones de Radio Liberty.

—Luego volveremos aquí —sonrió Orozco—… Vea ahora el mapa que indica la zona europea donde son recibidos nuestros programas.

Efectivamente, allí estaba claramente indicado. Desde la Costa Brava, concretamente desde la playa de Pals, es decir, desde las instalaciones de Radio Liberty, partía un cono que iba abarcando Europa.

Pero, al parecer, la primera sección del cono no interesaba, puesto que, al llegar a Rusia, la zona estaba mejor delimitada. Una raya más intensa señalaba un arco que iba desde el golfo de Finlandia hasta, aproximadamente, Istanbul, pasando por Varsovia, Debrecen y Craiova, aproximadamente.

—Según yo entiendo —murmuró Brigitte—, ustedes emiten exclusivamente para Rusia.

—Nosotros emitimos para la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —dijo Orozco—. Ése es nuestro público. Hacemos emisiones en ruso, bielorruso y ucraniano, entre otros idiomas o dialectos.

—Es decir, que ustedes envían información occidental al otro lado del Telón de Acero.

—Nosotros emitimos programas de radio para un determinado público. Como ya le he dicho, desde oficios religiosos hasta… las Olimpiadas, por ejemplo. Nosotros estamos informando a nuestro público de la marcha de los acontecimientos deportivos en Montreal. Lógicamente, también le informamos de otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, música moderna. ¿Sabe usted que a los soviéticos les gusta mucho la másica moderna?

—No se me ocurre por qué los jóvenes soviéticos tendrían que ser diferentes a los jóvenes de otros países.

—Ésa es nuestra idea. Venga, le iré explicando cómo funciona Radio Liberty. Empezaremos, lógicamente, por la Sala Ampex-2, o centro de programas…

Fueron a la Sala Ampex-2. Allá, había un teléfono rojo cuya utilidad era recibir directamente las noticias desde Munich, donde estaba instalada la emisora central, es decir, el verdadero punto donde se producía la noticia, y era enviada a Radio Liberty desde la emisora de Munich-Lampertheim, el cuartel general, el centro de programas. Tal como llegaba desde aquí, la noticia era difundida por Radio Liberty a su público soviético, y, al mismo tiempo, quedaba grabada en cintas magnéticas y archivada durante seis meses, antes de ser destruidas las cintas…

—O sea, que no envían cintas grabadas desde Munich, sino la noticia directamente, por vía telefónica —comprendió Brigitte.

—Así es.

—Pero… puede haber una avería telefónica, ¿no es así?

—Puede haberla, en efecto —sonrió Orozco—. Pero está previsto: tenemos un receptor de radio instalado en un pueblo cercano, llamado San Clemente de Peralta, por si el teléfono falla. No hay problema. Le aseguro que todo está previsto.

—¿Incluso un ataque a Radio Liberty?

—¿Por qué habrían de atacarnos? —sonrió Orozco.

—Es evidente que Moscú no debe de ver con buenos ojos una instalación como ésta, que transmite para la Unión Soviética programas que quizá… no sean siempre inofensivos.

—Los programas son inofensivos siempre, señorita Montfort. Pero, no sería culpa de Radio Liberty si transmitíamos noticias que Moscú preferiría que fuesen ignoradas por el pueblo soviético.

—De todos modos, eso no debe de gustar nada en Moscú.

—Bueno… Mire, nosotros no inventamos las noticias: simplemente, las radiamos, por medio de nuestra emisora. Sería diferente si Radio Liberty emitiese informaciones falsas, ¿comprende?, pero ése no es el caso. Radio Liberty emite solamente

noticias auténticas, noticias que se pueden escuchar en otros países por medio de sus respectivas emisoras nacionales o locales. No inventamos nada: simplemente, estamos en contacto con nuestro público, al que mantenemos informado de la marcha del mundo en todos sus aspectos. Munich es el centro productor de la noticia, nos la envía, nosotros la lanzamos al aire, y eso es todo.

—Si usted no ha de molestarse, yo diría que esto os parte de la llamada Guerra de las Ondas, señor Orozco.

—Si enfocamos las cosas desde este punto de vista, señorita Montfort, quisiera recordarle que Rusia tiene también algunas emisoras que difunden noticias en otros países… Por ejemplo, en Estados Unidos. Digamos, para ser claros, que Rusia no se priva de determinadas injerencias, ya sea en Estados Unidos o en otros países.

—Considerando que esas emisiones en diferentes países pueden informar a los respectivos ciudadanos de noticias que quizá sus gobiernos preferirían que ignorasen, yo diría que esto, sin duda alguna, es la guerra de las ondas, señor Orozco.

Orozco sonrió, de pronto.

—Es usted un poco terca, ¿verdad?

—Digamos —sonrió la divina— que no me gusta que si estoy viendo un elefante me digan que estoy viendo un gatito. ¿Sabe usted, señor Orozco, que se dice que en la playa de Pals, delante mismo de esta emisora, hay una base norteamericana de submarinos nucleares?

—¡Dios bendito! —rió Orozco—. ¡Claro que lo sé! Y seguramente, usted ha oído decir también que Radio Liberty es algo así como una… sucursal de la CIA en España.

—En efecto: lo he oído decir.

—Pues no. Me permito insistir en que esto es una emisora normal y corriente. Ahora bien, el simple hecho de transmitir para público soviético, parece convertirnos en personajes siniestros, en espías…

—Perdone: ¿a usted le parece que los espías son personajes… siniestros?

—No sabría decirlo, ya que jamás he conocido a un espía. Mire, señorita Montfort, aquí tenemos grandes técnicos en radio, ingenieros…, gente así: profesionales de la radio. Y trabajamos en

ese sentido, nada más. Ahora bien, si nuestros programas no son del agrado de Moscú, es cosa de ellos. La noticia existe, no mentimos nunca, jamás falseamos dicha noticia: simplemente, la emitimos. Ellos hacen lo mismo. ¿Guerra de las Ondas? Está bien, así la llaman, en efecto. Pero ahí termina todo. ¿Una base de submarinos nucleares aquí, delante de Radio Liberty…? ¿Conoce usted el fondo marino de estos lugares, señorita Montfort?

—Pues no… No.

—Arena. La costa es rocosa, desde luego, en su mayor parte. Por eso la llaman Costa Brava. Hay verdaderos acantilados, enormes formaciones rocosas que caen como cortadas a pico sobre el mar. Es una costa bravía, fuerte, impresionante en muchos puntos. Pero el fondo, señorita Montfort, es pura arena… ¿Cree que podría construirse una base para submarinos en un fondo arenoso?

—No lo sé. Soy periodista, no ingeniero.

—Yo tampoco soy ingeniero, pero sé que esa construcción es prácticamente imposible. Eso, en cuanto a la posibilidad físicamente en sí misma. Pero, además… ¿alguien ha visto alguna actividad en ese sentido? ¿Alguien ha visto cómo se construía «algo» frente a Radio Liberty? ¡Y no me diga que una base de submarinos puede construirse sin que nadie se dé cuenta en un lugar como éste!

Brigitte mostró clara sorpresa:

—¿Por qué no?

—Porque es imposible. Alguien lo vería. En verano, todas las pequeñas calas de la Costa Brava, están llenas de gente. También hay algunas grandes playas, como, por ejemplo, esta de Pals. Ahí también hay gente siempre, en Pals. Y en primavera, y en otoño. ¿El invierno? Bien: ¿sabía usted que toda esta parte de la costa española está llena de flotas de pesca? Le aseguro que sería imposible hacer una cosa así sin que alguien viese algo. Esto, por un lado; por otro, aquí, en Radio Liberty, no hay ningún espía.

—¿Cuántas personas trabajan aquí?

—En estos momentos, ciento cincuenta y una. La mayoría son gente de la comarca, que viven en Pals, en Bagur, en Palamós, en Torroella, en Palafrugell… Uno es carpintero, otro es chófer, otro es jardinero, otro es administrativo… Hay técnicos de radio de cierta importancia, naturalmente: españoles que han venido de Madrid, de Barcelona, de Bilbao… La mayoría están casados, tienen hijos,

preocupaciones estrictamente personales… ¿Y quiere que le diga otra cosa, señorita Montfort?: los empleados de Radio Liberty estamos ya bastante irritados con todas esas habladurías.

—Me parece, que le he hecho enfadar, señor Orozco.

—Mmm… No. No, no… Perdone. ¿Quiere que sigamos, por favor?

—Sí, gracias.

Había más aparatos.

Uno, llamado Master, y finalmente, el emisor, un XTR de 250 kilowatios, de la General Electric. Y muchos otros aparatos, cuyo funcionamiento fue explicando Orozco, ya más calmado. Una gran sala contenía material de un aspecto impresionante, sólido. Todo funcionando siempre con las máximas garantías de seguridad y eficiencia. Todo estaba limpio ordenadísimo, perfecto. Salieron del edificio principal, y fueron a otro donde había varios motores Diesel, que podían producir energía en caso de avería de la red normal. Las medidas de seguridad eran absolutas. Más allá, tras pasear bajo el sol por pasillos de tierra bordeados siempre de césped, flores o pinos, o todo a la vez, había otro pequeño edificio, donde había otro enorme generador, capaz de hacer funcionar toda la emisora en caso de avería de la red eléctrica. Era todo impresionante en verdad.

—¿Y las alambradas metálicas? —murmuró Brigitte—. He visto que tienen acotada una parte de la playa, a la que el público no puede entrar. ¿Por qué esa prohibición, si nada hay que ocultar aquí?

—Eso es una norma de seguridad para el público, simplemente —explicó Orozco—. Usted ha visto todo lo que tenemos aquí… ¿Se imagina usted a unos niños que entrasen a «jugar» en esta zona, y que tocasen cualquier cable o base de sustentación?

Brigitte se estremeció.

—¿Y los vigilantes armados? —murmuró.

—Bueno…, también nosotros tenemos derecho a estar seguros, a salvo de cualquier contratiempo, ¿no le parece?

—¿Qué clase de contratiempo?

—Cualquier contratiempo.

—¿Cuántos vigilantes hay? —Brigitte le miró sonriente.

—Tenemos seis garitas, contando la de la entrada.

—Seis hombres. ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Cree que seis hombres serían suficientes para… detener un posible ataque a Radio Liberty?

—Al otro lado del campo de golf hay un destacamento de la Guardia Civil, bien armados todos, que acudirían a la señal de alarma.

—¿Y si las señales de alarma fuesen… averiadas?

—No sé cómo.

—Podrían ser cortados los cables que proveen de fuerza eléctrica a Radio Liberty.

—Tenemos los motores Diesel. Y nuestro propio generador —Orozco señaló el pequeño edificio.

—También podría ser estropeado. ¿O no? Por otra parte, quizá cuando fuesen a hacer funcionar el generador, ya todo estaría perdido.

—El generador funciona automáticamente después de las averías que tanto la preocupan a usted —sonrió Orozco—. Radio Liberty solamente estaría sin energía durante un período comprendido entre seis y doce segundos. Luego, todo volvería a funcionar: las emisiones, la alarma, las instalaciones de seguridad en su totalidad…

—No he visto instalaciones de seguridad —frunció el ceño la espía.

—Bueno —sonrió de nuevo Orozco—: pero están, existen.

—Parece que ustedes han puesto verdaderamente difícil un… hipotético asalto a Radio Liberty, señor Orozco.

—Debe de ser bastante difícil, cuando nunca se ha atrevido nadie a llevarlo a cabo. Y nos consta que hace unos años, cuando el asunto de Checoslovaquia, alguien dijo, en Moscú, que Radio Liberty debería ser… silenciada.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Nosotros, como es natural, emitimos siempre la verdad. Usted sabe que Rusia invadió Checoslovaquia. Sin embargo, la radio rusa decía al pueblo soviético que si las fuerzas de la Unión Soviética marchaban hacia Checoslovaquia era porque este país así lo había pedido, para resolver cuestiones internas. Evidentemente, el pueblo soviético estaba siendo engañado. Nosotros les dijimos la verdad…,

y eso no gustó en Moscú.

—Bueno —sonrió Brigitte—… Cuando menos, parece que la Guerra de las Ondas no produce víctimas.

—Solamente rabietas.

—¿Puedo publicar todo lo que usted me ha dicho?

—Si no se pudiese publicar, no se lo habría dicho.

—Claro.

—No es usted el primer periodista que ha venido aquí. Los hemos recibido a todos…, y siempre hemos recibido muy mal pago.

—¿Qué quiere decir?

—Que todos han terminado por decir que esto es un centro de espionaje dependiente de la CIA. Naturalmente, usted hará lo mismo.

—No pienso hacer semejante cosa, señor Orozco.

—Sé que lo hará. Pero no importa: ya estamos acostumbrados.

—Después que mis artículos se publican en el periódico para el que trabajo son distribuidos por una Agencia en todo el mundo prácticamente. Tendré mucho gusto en enviarle las traducciones al español, para que vea lo que habré escrito.

—Puede hacerlo en inglés. Pero ya sé lo que escribirá. Al menos, si habla de mí, descríbame como un sujeto guapo, alto, inteligente, elegante y mundano. Algo así como los espías magníficos que salen en las películas.

—Si realmente lo desea, puedo hacerlo —rió Brigitte.

—Usted es simpática, al menos —admitió Orozco, con hosca sonrisa.

—Y usted también…, a pesar de todo —volvió a reír Brigitte—. Muchas gracias por todo, señor Orozco. Supongo que me acompañará usted en su coche hasta la salida.

—Voy a confiar en usted —bromeó Orozco—: la dejaré ir sola en su coche hacia allá. Pero, por favor, ¡no se lleve ninguna antena!

Se separaron riendo, cerca del estacionamiento. Brigitte subió a su coche precisamente en el momento en que, por los altavoces, era requerida la presencia del señor Orozco en dirección. Desde lo alto del tramo de peldaños, Orozco se volvió, y saludó con la mano. Brigitte correspondió del mismo modo, maniobró, y emprendió el regreso hacia la entrada principal. Todo silencio, todo paz, todo sol, pinos, flores, césped… Una bandada de gaviotas dejó pasmada a

Brigitte un instante: había por lo menos cuarenta o cincuenta, y volaban desde el mar hacia el interior. El cielo no podía estar más azul.

Cuando detuvo el coche ante la valla, el vigilante se acercó, sonriente.

—¡Hola! ¿La han atendido bien?

—Sí, sí, desde luego.

—Pues me alegro. Veamos —el vigilante miró la hora en su reloj de pulsera—… Las diez y cuarenta minutos. Es para apuntar su hora de salida, ¿sabe?

—Sí, comprendo.

El vigilante hizo un gesto de despedida, entró en la garita-oficina, e hizo funcionar los mandos que alzaban la valla. Saludando con una mano, la señorita Montfort abandonó Radio Liberty al volante del coche de Simón-Bagur.

Todo sencillo, todo tranquilo, todo normal.

Capítulo X

—¿Qué opinas? —preguntó Brigitte, después de explicar todo a Número Uno.

Éste metió el cigarrillo en el cenicero del coche, y movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Opino que es muy posible que algo ocurra relacionado con esa emisora. En cuanto a su participación en la guerra de las ondas, no debe cabernos duda alguna al respecto, supongo. Respecto a si Radio Liberty sirve intereses de la CIA concretamente, tú debes de saberlo mejor que yo.

—La verdad es que el espionaje ideológico nunca me ha interesado lo suficiente…, siempre y cuando no vaya a causar daños mayores. Así que, mi amor, no puedo decirte si Radio Liberty sirve o no directamente los intereses de la CIA.

—Europa sí debe de saberlo.

—Pero ni tú ni yo vamos a preguntárselo, ¿verdad? —sonrió Brigitte—. Bien, dime qué has podido averiguar tú.

—Gavrilovich estuvo en la playa de Pals; concretamente, en un bar llamado Mar y Sol. Estuvo solo, esperando, durante unos diez minutos. Luego, lo llamaron por teléfono, bajo el nombre de *Monsieur* Dubonnier —Número Uno casi sonrió—… O, como me ha dicho el propietario del bar, *Mesié Dibonié*. Después de conversar unos minutos, se fue. Y al poco, entró Dorothy Griffin.

—¿Eso es seguro?

Uno le dirigió una mirada ceñuda.

—Todavía sé describir a una persona, creo —gruñó.

—Me encanta de verdad tu mal genio —lo besó Brigitte—… ¿Qué hizo Dorothy Griffin?

—Dijo que había quedado citada allí con un hombre, dando la descripción de Gavrilovich. El dueño del bar le dijo que acababa de marcharse, y ella se fue tras él, evidentemente.

—Luego, lo siguió hasta Bagur, hasta la casa de Carmen Amaya. Allá, tomó las fotografías del ruso en su entrevista con el hombre que nos están buscando… Ella debía de estar dentro de la casa. Entonces, oyó a los tres hombres. Llamó a Simón, tuvo que cortar enseguida, e intentó esconderse… Pero antes y por lo que pudiera ocurrir, escondió la radio de bolsillo…, y ya le había dicho a Simón que había escondido la película en el cuarto de baño. Es evidente que Dorothy Griffin no se explicó lo suficientemente bien, de modo que Simón creyó que ella estaba en su cuarto del hotel, y que habían escondido las fotografías en el cuarto de baño de su habitación en el Cap Sa Sal.

—Parece que así ocurrieron las cosas.

—Y acto seguido, mientras Simón no podía hacer nada, los tres hombres violaron y estrangularon a Dorothy.

—Ya la has vengado en dos terceras partes.

—Queda una tercera parte. Aunque supongo que tú ya has pensado en una cosa: el hombre que estaba hablando con Gavrilovich quizá no fue uno de los tres asesinos. Es decir, que en el asunto relacionado con Gavrilovich intervenían cuatro hombres.

—Dos de los cuales pueden estar todavía en un yate frente al Cap Sa Sal —asintió Uno—… Puedes tener la seguridad de que si los acontecimientos no los han asustado y se han marchado de estos lugares, Europa los encontrará.

—Lo sé. ¿Qué te parece que hagamos hasta entonces?

—Marcharnos rápidamente de aquí. El dueño del bar Mar y Sol tiene que saber que la muchacha por la que le he preguntado es la que apareció asesinada en la casa de Carmen Amaya. No me sorprendería que ya hubiese dado mi descripción a la policía, o a la Guardia Civil.

—En ese caso, convendría que cambiásemos de aspecto, que… desapareciésemos. ¿No te parece?

—Sí.

—Les daremos todavía un poco de tiempo… Yo tuve anoche contacto con la Guardia Civil, y si hoy van a preguntar por mí en Bagur, quiero que les digan que existo, que estoy en una casa del pueblo, y todo eso. Normal. A ti tardarán más tiempo en localizarte, puesto que no le has dicho al hombre del Mar y Sol, dónde estás ni quién eres.

—Esperemos que todo suceda así. Me parece que tienes una idea agradable, ¿o no?

—Me gustaría ir a tomar el sol a Sa Riera —sonrió la divina—… He visto esa cala desde la carretera dos veces, y cada vez me ha gustado más. ¿Te parece bien?

—Supongamos que digo que no.

—Entonces, no iremos a Sa Riera —murmuró Brigitte.

* * *

Se estaba magníficamente allí, en Sa Riera, tomando el sol y dándose un bañito de cuando en cuando. Había patines a pedales, pequeños veleros, lanchas veloces…

Y gente.

Una increíble cantidad de gente, cuyo pasmo ante la presencia de aquel par de ejemplares humanos todavía no había cedido.

Número Uno y Brigitte ni siquiera tenían parasol. Simplemente, sobre unas toallas que habían comprado allí mismo, en una tienda llena de artículos playeros, se habían tendido sobre la arena. Estaban acostumbrados al sol, durante todo el año. El cuerpo de Brigitte parecía de seda y de oro; el de Número Uno, de barro cocido, o quizá de roca.

—Mira —señaló Brigitte—, ¡otra gaviota!

El mar apenas se movía. Las aguas eran transparentes, la arena, gruesa, muy cómoda de sacudírsela de encima. La cala describía un arco de unos ciento cincuenta metros. A la derecha, otra cala más pequeña; a la izquierda, otra cala más, separada por un grupo de rocas de la central. Detrás, hacia el fondo de la playa, había un grupo de jóvenes jugando al voleibol, contemplados por toda una horda de chicos y chicas que tomaban ferviente partido por uno u otro equipo. Mas allá, el estacionamiento, donde un hombre menudo, muy quemado por el sol, y con cara de buena persona, cobraba cinco pesetas por cada coche estacionado. La orilla del mar estaba llena de niños jugando, gritando, echándose agua unos a otros…

—Estás triste, ¿no es cierto? —murmuró Uno.

Brigitte asintió con la cabeza. Estaba en un sitio donde la vida podía eternizarse, donde había sol, mar y risas de niños. Y gaviotas.

Pero, muy cerca de aquel sitio, sucedían cosas que no tenían sentido en la vida: una muchacha era violada y estrangulada; dos hombres querían matar a otra que iba al cuarto de la primera, y como consecuencia, morían; agentes rusos, agentes norteamericanos; asesinos desconocidos; una emisora que intervenía en la mundial guerra de las ondas, un sistema como otro cualquiera de seguir fastidiándose unos a otros… Todo esto la entristecía, y, como siempre, Número Uno había percibido claramente su estado de ánimo.

—Nunca dejarás de estar triste mientras sigas trabajando en esto —dijo él—. ¿Por qué no lo dejas ya, mi amor? Eres posiblemente la periodista más famosa del mundo, con Oriana Fallacci… Dedícate por entero al periodismo, escribe libros, mejora tu técnica del violín, dedica más tiempo a tus saltos con paracaídas, a montar a caballo, al judo… La vida no es sólo espionaje.

—Sé cuánto me amas, y que lo dices por mi bien —murmuró Brigitte—… Pero si algo se está preparando en Radio Liberty, me gustaría saber qué es, y evitarlo, si así conviene.

—Está bien. En ese caso, te recuerdo que ya son las cinco de la tarde. ¿Voy yo o vas tú?

—También esta vez iré yo. Prefiero evitarte incluso las conversaciones por radio con Europa.

Brigitte se puso en pie, y comenzó a caminar hacia el estacionamiento, sobre la arena gruesa y tibia. Por la mañana, había estado tan caliente que se hacía prácticamente imposible caminar por ella sin calzado. Ahora, era soportable… Habían almorzado en un restaurante de Sa Riera, llamado Port d'Espí. Una comida ligera y sencilla. Había allí, sobre unas rocas, un bonito hotel, llamado precisamente Hotel Sa Riera, pero habían preferido mantenerse en un plano discreto. Aunque eso no era tan fácil: cuando Brigitte se puso en pie, docenas de miradas de hombres cayeron sobre ella, atónitas, maravilladas. Ciertamente, había mujeres hermosas en la playa, pero, comparadas con la espía internacional, parecían… seres de otro planeta.

Brigitte llegó al coche, se metió dentro, y, ajena al calor de horno que había en el interior del vehículo, sacó de la guantera la pequeña radio que había estado usando para sus contactos con Europa cada hora durante aquel día.

—¿Sí? —Sonó la voz a su llamada.

—Baby.

—Europa. Tenemos al hombre.

—¡Lo han encontrado! ¡Bien! ¿Dónde está, cómo se llama?

—Sabemos dónde está, pero no cómo se llama, porque no está alojado en el hotel. Está en un yate, anclado frente al Cap Sa Sal, llamado *Firenze*. Seguimos realizando discretas investigaciones para saber quién es el propietario del yate. Él sí está alojado en el hotel, según parece. No es seguro.

—Bien… Un millonario que no se priva de nada. ¿Algo más de interés, señor Europa?

—Por el momento, no. Siga llamando cada hora.

—Es posible que me salte la próxima llamada. Uno y yo vamos a prepararnos para instalarnos en el Cap Sa Sal. ¿Puede proporcionarme un coche?

—Sí. ¿Dónde lo quiere?

—Póngase en contacto con Simón-Bagur, al cual vamos a pasar a recoger ahora Uno y yo, y él le dirá el sitio discreto donde procederemos al cambio de personalidad.

—Está bien.

Brigitte cerró la radio, y fue a reunirse en la playa con Número Uno.

—Lo han encontrado —dijo—. Está en un yate llamado *Firenze*, anclado frente al Cap Sa Sal.

Uno asintió con la cabeza.

—Supongo que ha llegado el momento en que el señor y la señora Coleman se instalen en el Cap Sa Sal.

—Sí.

Se pusieron en pie, y se alejaron de la playa.

De nuevo junto al coche, Brigitte dirigió una última mirada al mar, a la tibia arena, al mar azul lleno de sol. Algunas rocas sumergidas creaban oscuras sombras en las aguas. Cuando se volvió, Número Uno la estaba mirando fijamente.

—No te preocupes —murmuró ella—: estoy bien. Creo…

—¡Hola! —Oyeron el saludo—. ¿Se van o llegan?

Se volvieron los dos. Brigitte sonrió al ver a Elena y Rosmy, a las que acompañaban tres muchachos. Uno de ellos, si no recordaba mal Brigitte, era el tal Pepe. Diminuto para la edad que evidenciaba

su rostro, pero provisto de un reloj de pulsera enorme, que lucía muy orgulloso.

—Nos vamos —contestó Brigitte—. ¿Vosotras llegáis ahora?

—Sí. Hemos bajado en autoestop… ¡Si ve a mi padre no se lo diga!

—No podría, porque no conozco a tu padre.

—Ah, es verdad… Bueno, no se pierde gran cosa: tiene muy mal genio. ¿Le guardo el perrito o no?

—Es muy bonito —apoyó Rosmy—. Yo me lo quedaría, pero ya tengo uno, que se llama *Bony*. ¡Es más listo…!

—Pero siempre persigue a los gatos —aclaró Elena—… ¡Es un bruto! Bueno, ¿le guardo el hijo de *Dalia* o no, señorita Montfort?

—Resérvamelo —asintió Brigitte—. Veremos si puedo llevármelo. ¿Vais a bañaros?

—No. Vamos a ver el partido de voleibol… ¡Hay cada chico más guapo ahí…!

Brigitte se despidió con un gesto de la mano, riendo, y se metió en el coche. Volvió la cabeza, y se quedó mirando las largas y rubias cabelleras de las dos jovencitas, ondeando al aire.

—Parecen pequeñas reinas con su corte de pajes —comentó número Uno—. No todo es malo en la vida, a fin de cuentas, ¿verdad?

—¿Por qué has de adivinar siempre mis pensamientos?

—Por la misma razón que tú adivinas siempre los míos: porque entre nosotros sobran las palabras.

* * *

No hubo muchas palabras en aquella reunión celebrada junto a una carretera alejada de Bagur unos quince kilómetros. Entre unos pinos, Brigitte y Número Uno procedieron al cambio. El cambio que los convertía en Clark Coleman y Nora Tisdale, señora de Coleman. Ella era ahora rubia, con los ojos azules, las facciones ligeramente cambiadas por los rellenos en mejillas y en las fosas nasales. Él apenas tuvo que cambiar nada. El coche al que trasladaron sus cosas era un moderno Seat 132 de color perla, por supuesto, alquilado…

—¿No volveremos a vernos? —murmuró Simón-Bagur.

—No lo sé, Simón —replicó Brigitte—. Pero no olvide, a todos los efectos, que Uno y yo henos tenido que ir unos días a Barcelona a resolver unos asuntos. De modo que, oficialmente, usted sí espera que volvamos a Bagur. Ah, es posible que Elena le entregue a usted un cachorro de perro: consérvelo hasta que yo me ponga en contacto con usted.

—Está bien… Buena suerte.

Europa, que había asistido sombríamente silencioso a toda la operación de metamorfosis, se acercó a ellos.

—No lo olviden: han comenzado a aparecer algunos agentes rusos por las inmediaciones del Cap Sa Sal, lo que significa que yo tendré que ir con mucho cuidado.

—Se lo recomiendo —dijo Brigitte.

—Lo que trato de decir es que quizás, en un momento de apuro, no podré ayudarles como sería necesario.

Baby le dirigió una mirada casi divertida.

—El señor Coleman y yo procuraremos arreglárnoslas sin su ayuda. Vamos, mi amor.

Número Uno, al volante, puso el motor en marcha. Sacó el coche de entre los pinos, y segundos después salía a la carretera emprendiendo el regreso en dirección a Bagur, para, desde allí, dirigirse al hotel Cap Sa Sal.

Capítulo XI

El señor y la señora Coleman, en efecto, tenían una habitación reservada en el Cap Sa Sal: la 316, en el tercer piso. Fueron acompañados allí por un jovencísimo botones, delgado y pálido en contraste con los clientes del hotel, todos tostados por sol. La propina de mil pesetas dada personalmente por Brigitte, dejó al muchacho verdaderamente aturdido. Tardó un par de segundos en poder murmurar un «gracias», antes de salir de la habitación.

—Es idéntica a la de Dorothy Griffin —dijo Brigitte, tras recorrerla en unos segundos.

Dormitorio, baño, y salida a una terraza aceptable, adornada con plantas y flores. A derecha e izquierda, terrazas idénticas. Debajo, escalonadas, las de los pisos inferiores, todas dando frente al mar. Debajo mismo, el jardín con estanque, flamencos rosas y patos. Un leve viento movía las ramas colgantes de un par de sauces.

—Esperemos que no sea tramontana —dijo Brigitte.

Número Uno le entregó los pequeños gemelos de teatro de ella, con los que había estado mirando hacia el mar.

—Ahí lo tienes —murmuró.

Era casi de noche, pero Brigitte no tuvo la menor dificultad en ver el yate *Firenze*. Grande, flamante, hermoso. Bandera italiana. Había dos hombres en la cubierta en aquel momento, pero ninguno era el que había conversado con Cirilo Gavrilovich.

—¿Crees que lo habrán matado también? —preguntó de pronto Brigitte. Uno no necesitó preguntar a quién se refería ella.

—Lógicamente, no debería ser así, a juzgar por la actitud de él con el hombre que hemos localizado. Cabe la posibilidad de que Gavrilovich esté tramando algo por su cuenta, pero también es posible que sea alguna jugada especial de Moscú.

Brigitte asintió. Entró en el cuarto, descolgó el teléfono, y pidió que le enviasen al botones. Apenas un minuto más tarde, el

muchacho llamaba a la puerta. Fue Brigitte quien le abrió, y le sonrió amablemente.

—Hola. Pasa, por favor… ¿Cómo te llamas?

—Antonio, señora.

—Muy bien, Antonio. Se me ha terminado el gel para el baño… ¿Te molestaría ir a una de las tiendas de abajo a comprarme un frasco, por favor?

—Claro que no, señora. ¿Qué marca desea?

Brigitte le tendió otro billete de mil pesetas.

—Lo dejo a tu elección. El cambio, para ti.

—Muchas gracias, señora. ¡Enseguida se lo subo!

El muchacho salió. Número Uno había abierto su maleta, y estaba colocando las ropas en el armario. Brigitte le imitó, en silencio. Los dos eran igualmente cuidadosos, metódicos. Todo quedó en su sitio, ordenado, perfecto.

—Al parecer, aún no han encontrado los cadáveres de Manfred Boll y Roger Arly —comentó Brigitte.

—Al parecer. De todos modos, no serenos nosotros quienes vayamos a comprobarlo, ¿verdad?

Brigitte iba a contestar cuando sonó la llamada a la puerta. Era el botones, que entregó un paquete a la espía.

—Es el mejor que había, señora.

—Muchas gracias, Antonio. Oh, pasa, por favor… Quizá tú puedas informarme. Es una tontería, pero me gustaría saber de quién es ese yate que hay anclado delante del hotel. Bueno, el más grande… Ven a la terraza.

El muchacho pasó con gesto tímido frente al impresionante Número Uno, que salió tras él a la terraza. Brigitte estaba señalando hacia el yate.

—Me refiero a aquél. Hemos estado mirando antes con los prismáticos por todas partes, y al ver ese yate hemos quedado encantados. Se llama *Firenze*. ¿Tú sabes quién es el propietario?

—No… No señora, no. Lo siento.

—Bueno, no te preocupes. Quizá ni siquiera esté alojado en el hotel. Gracias de todos modos… ¿De qué parte de España eres tú?

—De un pueblo llamado Campanario, en la provincia de Badajoz, señora.

—Ah. Nosotros estamos haciendo turismo por España, de modo

que es posible que pasemos algún día por allí… Gracias por todo, Antonio.

—Usted me manda, señora.

De nuevo quedaron solos los dos espías. Brigitte estuvo unos segundos pensativa. De pronto, sonrió, y mostró en alto el paquete que le había entregado el botones.

—Me parece que deberemos consumir esto. ¿No te apetece un baño, mi amor?

—Creo que debería dedicarme a revisar el equipo que nos ha entregado Europa con vistas a un posible acercamiento al *Firenze*.

—Oh, vamos… Europa no se atrevería a entregarme a mí un equipo de escucha y de grabación que estuviese defectuoso. Lo sabes muy bien… ¿Es que no quieres bañarte conmigo?

—Oleré a mujer —refunfuñó Uno.

—¿Lo dices por el gel? Es cierto. Pero, de todos modos —Brigitte se acercó, y abrazó a Uno—, tú vas a estar oliendo siempre a mí, de modo que lo mismo da que sea debido al gel que utilizo o al contacto con mi piel.

—Prefiero el contacto con tu piel —susurró Uno, deslizando su boca por un lado del cuello de Brigitte.

La espía internacional cerró los ojos, y su boca se entreabrió, como una flor al nacer el día…

* * *

Eran casi las nueve y media de la noche cuando los señores Coleman bajaron al vestíbulo del hotel. Él, de esmoquin, sencillamente impresionante. Ella, con vestido de noche, elegante, maravillosa, increíblemente bellísima. En un hotel como el Cap Sa Sal, las mujeres de altas esferas son vistas con la suficiente frecuencia para que no asombren: todas tienen elegancia, clase, cierto encanto. O casi todas. Pero si, además de elegancia, clase, y encanto, tienen la belleza de la señora Coleman, la cosa ya no resulta tan corriente. Posiblemente, quien más pasmado había quedado era el botones llamado Antonio, que estaba cerca del mostrador de recepción, frente al cual forzosamente debían pasar los señores Coleman…

—Me parece que el muchacho te está esperando —susurró Uno

—. Pero ha quedado tan impresionado que parece a punto de desmayarse.

—La culpa es tuya —susurró también Brigitte—: si no me amases tanto, yo no sería tan hermosa, y entonces no impresionaría tanto a los bobalicones que me miran.

—Las mujeres rubias siempre gustan mucho a los hombres.

—¡Pero yo no soy rubia…! Oh, ahora sí, claro…

—Ahí viene el muchacho.

En efecto, el botones, tras recuperarse, se acercaba a ellos, tímidamente. Tan tímidamente que ni siquiera llegó a menos de cinco o seis metros. Brigitte le sonrió, y le hizo una seña. Entonces, sí, el botones se acercó decididamente.

—Hola, Antonio… ¿Quizá quieres decirme algo?

—Sí señora… El propietario del yate *Firenze* se llama Sergio Montellini. Es un italiano que tiene muchísimo dinero y que todas las noches cena en plan de fiesta con unos amigos en el Babylonian.

—¡Ah! Bueno, te agradezco mucho la información. Supongo que has sido discreto al hacer preguntas: no me gusta que piensen que soy una curiosa.

Antonio contemplaba fascinado a Brigitte. El muchacho estaba, ciertamente, al borde del desmayo por admiración.

—Sí… Digo no… No, señora, no… Qui-quiero decir que… que he sido discreto, sí…

—Magnífico. Es la primera vez que mi marido y yo venimos al Cap Sa Sal… ¿Te molestaría guiarnos al comedor Babylonian?

—¡Lo haré con mucho gusto! —exclamó el muchacho.

El Babylonian estaba en la planta B del hotel, para llegar a la cual tuvieron que descender unas escaleras. En un ángulo de éstas, había una gran jaula, con periquitos. El ambiente era sosegado, discreto…, por el momento. Luego, conservaría la misma elegancia, pero con menos empaque, cuando los clientes del Cap Sa Sal decidiesen acudir a una de las salas de fiestas, o al «tablao flamenco»…

—Hay varios comedores —decía el botones—, como el Garby, el Mistral, el Neptuno, que es más corriente… Y también está el Orion, que es para niños. Y hasta tenemos un *snack*. Pero, claro, ustedes tienen que ir al Babylonian, que es el de gala…

—Eres muy amable —casi rió Brigitte.

Su «casi risa» fue como el trino de un pájaro, que atrajo las miradas de todas las personas que había cerca. Cuando aparecieron en la entrada al comedor, hubo un instante de silencio. Sólo un instante, y no de silencio completo, pues en una de las mesas grandes se oían risas, que no cesaron.

Mientras esperaban que el *maître* se acercase para llevarlos a una mesa, ya los dos solos. Número Uno y Brigitte miraron precisamente hacia aquella mesa, donde se reía…

Y en el acto, un rostro destacó entre todas las cosas y caras, a sus ojos: el rostro del hombre que aparecía en las fotografías conversando con el espía ruso Cirilo Gavrilovich. Estaba sentado en el extremo de la mesa, con expresión que indicaba claramente que no participaba en la conversación de los demás comensales, ni en las risas… En el otro extremo, había otro hombre, de cabellos muy rubios, rostro pecoso, también vestido de esmoquin, y que, como el de la fotografía, parecía más pendiente de lo que ocurría alrededor de la mesa que de la mesa misma.

Número Uno se inclinó ligeramente hacia Brigitte.

—¿Te has fijado en esos dos? —murmuró.

—Parecen guardaespaldas, ¿verdad? —murmuró también ella.

—Sí. Vulgares sicarios. Los importantes tienen que ser los otros personajes que están sentados a esa mesa.

—¿Conoces a alguno?

—No. Pero se me ocurre que los dos guardaespaldas deben de ser Borgman y Willman, los que estaban en la lista que tenía uno de tus «amigos» en la billetera.

—Fs decir, los dos que faltan del grupo que asesinó a Dorothy Griffin. El de la fotografía no intervino directamente; por lo tanto, el tercero es el del otro extremo, el rubio de las pecas.

—Así sería todo sí dos y dos siempre sumasen cuatro.

—Eso es lo que siempre digo yo —sonrió Brigitte.

—Pues esta vez lo he dicho yo. ¿Qué opinas de los demás personajes de esa mesa?

Había ocho personas más en la mesa: cuatro hombres y cuatro mujeres.

No hacía falta ser el espía más listo del mundo para calibrar rápidamente la situación, partiendo de la juventud y belleza de las cuatro mujeres, y de la edad de los hombres, todos ellos en la

cincuentena.

La situación era tan clara que Brigitte y Uno ni siquiera se molestaron en aclarársela el uno al otro: el propietario del yate, el tal Sergio Montellini, había invitado a unos cuantos amigos a un crucero de placer en su yate, en el cual no faltaba absolutamente ningún detalle de confort… Ni siquiera la compañía femenina, evidentemente alquilada, aunque fuese en algún ambiente privado elegante… ¿Cuál sería Sergio Montellini? Lo seguro era que no se trataba del árabe. Un árabe vestido correctísimamente a la europea, de modales impecables, rostro un tanto flácido y grandes ojos oscuros que parecían fotografiar a todas las mujeres del comedor. Y que, por supuesto, habían captado ya la presencia de Brigitte, dejando escapar un destello relampagueante…

—Buenas noches —llegó el *maître* ante ellos, hablando en inglés —… ¿Mesa para dos?

—Sí, por favor —asintió Uno, en español.

El *maître* no se inmutó. Continuó la conversación en español, eso fue todo. Los llevó a través del comedor, adornado con toldos con volantes que le recordaron a Brigitte los de las tiendas árabes de grandes califas… Fueron acomodados en una mesa no muy lejana a la del propietario del *Firenze*, y quedaron al cuidado de un camarero que se dedicó exclusivamente a ellos.

Cuando les entregaron una carta a cada uno, Brigitte miró sonriente al *maître*, devolviendo la suya.

—Vamos a dejarlo a su elección, en la seguridad de que quedaremos complacidos. Pero —alzó un dedito graciosamente— nos agradaría que el champaña fuese Dom Perignon. ¿Es posible?

—Naturalmente, señora.

—Del 55, y con unas guindas.

—Sí señora.

Al piano, un ritmo moderno y suave. A solas por unos segundos en la mesa, Brigitte y Número Uno se miraron. Ella pasó una mano por encima, y él aceptó el contacto.

—No pienses más en ello —murmuró la divina—: quizá podamos hacerlo cuando seamos viejecitos.

—¿A qué te refieres?

—A lo que estás pensando: que sería maravilloso que estuviésemos aquí simplemente porque sí, no persiguiendo a unos

asesinos, o unos espías, o lo que sean esa gente.

—¿Tú crees que llegaremos a viejos? —Gruñó él.

—¿Por qué razón no habríamos de llegar?

—Por la misma razón por la que no ha llegado Dorothy Griffin, ni tantos y tantos Simones como te han matado en estos años.

—¿Te has propuesto amargarme la noche?

—Todo lo contrario —se sorprendió Uno—: me gustaría que ésta fuese precisamente una de las noches que recordases con más agrado.

—Te lo agradezco. Pero no creo que ninguna noche fuera de Villa Tartaruga pueda ser mejor que las que pasamos allí.

—Entonces, puesto que estamos aquí, los dos somos tontos.

Brigitte se echó a reír, apretó la mano de Uno, y luego la soltó.

Estaba notando en su nuca, con toda sensibilidad, una mirada intensa.

Miró interrogante a Uno, que tras un breve vistazo de disimulo impecable, murmuró:

—Es el árabe. Le has gustado de manera especial.

—Oh. Bueno… Quizá sería conveniente facilitarle el acercamiento.

Número Uno frunció el ceño.

—¿Qué estás tramando?

—Te lo diré mañana por la mañana, cuando ya esta noche sea un recuerdo. Un bello recuerdo, espero…

* * *

Desde la terraza de la habitación, la señora Coleman despidió agitando una mano al señor Coleman, que acababa de salir del hotel, y, seguido de un botones que llevaba su maleta, se dirigía hacia donde tenía estacionado su coche, en la rotonda del hotel. La señora Coleman esperó a que su marido rodease el jardincito con flamencos rosas y patos, y estuvo mirando el coche hasta que se perdió de vista.

Luego permaneció allí un par de minutos, en bata, con los ojos cerrados, recibiendo de lleno en el rostro el sol de la mañana, mientras los pensamientos cruzaban su mente con la velocidad de las estrellas.

Sí.

Tenía un bello recuerdo de la noche pasada. Tan bello que nunca lo olvidaría.

Nunca.

Pero, había que dedicarse ahora a la realidad presente, no a lo que ya había sucedido y nunca volvería…

La señora Coleman suspiró, alzó los párpados, se llenó los ojos de belleza de mar y de pinos, y volvió al interior de su habitación, donde, sobre una mesita, estaba el servicio del desayuno que habían consumido ella y el señor Coleman.

Y mientras elegía uno de sus bikinis, la señora Coleman insistía en convencerse, en tranquilizarse a sí misma:

«No le pasará nada… ¿Qué puede ocurrirle a él, a Número Uno? Todo saldrá bien… ¡Pero es todo siempre tan arriesgado!».

Capítulo XII

Debían de ser las doce de la mañana cuando, finalmente, Sergio Montellini apareció en la piscina de agua salada del hotel, situada en la parte inferior de las instalaciones. Piscina de forma irregular, con trampolín en un ángulo redondeado, rodeada de suelo de piedra con césped entremedio, y parasoles de colores. Bajo un techado de protección del sol, estaba, a un lado el Bar Tropical Mai Tai, ya concurrido.

La señora Coleman, tendida en una extensible del hotel, a pleno sol, desvió la mirada hacia la cascada que descendía por entre rocas para ir a caer en la piscina. Agua salada que caía en la piscina, merced a la técnica, como si fuese uno de esos riachuelos naturales que se encuentran en el interior de las islas de la Polinesia. Agua fresca, azul y blanca, rezumante… Limpia como el cielo lleno de sol…

Sergio Montellini no estaba solo. Le acompañaba el árabe que la noche anterior había estado con él sentado. La señora Coleman sabía ya quién era Montellini porque le había visto firmar la nota de la cena la noche anterior. Era aquel tipo alto, de cabeza calva, grueso, rozagante, lleno de vitalidad, rebosante de entusiasmo, de poder… La clase de hombre que dondequiera que esté se considera con derecho a todo y antes que nadie. Tanto Montellini como el árabe estaban en albornoz. Detrás de ellos, también en albornoz, la señora Coleman vio a los dos guardaespaldas, Borgman y Willman, y por un instante, su mirada pareció congelarse.

Sólo un instante.

Luego, se sentó en la extensible, como quien despierta sobresaltado tras haberse quedado dormido al sol. Se pasó las manos por la cara, miró alrededor, y su mirada quedó fija en el bar. Se puso en pie y fue hacia allí. Mientras caminaba, su mirada fue, casualmente, hacia la mesa que habían ocupado el árabe y

Montellini. De allí, la mirada de la señora Coleman se volvió hacia el mar, hacia donde estaba el yate *Firenze*, y de nuevo hacia Montellini, vacilante… Mientras tanto, la señora Coleman llegó a una mesa, se sentó, pidió un
«Pimm's»
y cigarrillos, y volvió a mirar hacia el mar. De pronto, miró de nuevo a Montellini, y sonrió.

—Usted es el señor Montellini, ¿verdad? —preguntó en italiano —. El propietario de aquel yate —señaló.

Sergio Montellini se puso en pie en el acto, imitado por el árabe.

—En efecto —asintió el italiano, también en este idioma—. A su disposición, señora.

—Gracias. Es un yate muy hermoso —suspiró—… Clark y yo quisiéramos tener uno así, pero no está a nuestro alcance, por el momento. En cuanto vi su yate me interesé por él…, y me permití hacer alguna pequeña indagación sobre su propietario… Tonta curiosidad de mujer, señor Montellini. Espero que eso no le moleste.

—¡Naturalmente que no! Al contrario, me halaga. Aunque, por supuesto —sonrió el italiano—, me habría halagado más que hubiese sentido interés por el propietario, no por el yate.

—Bueno —rió la señora Coleman—, ¡por algo se empieza!

—Mmm… ¿Nos permitiría acompañarla, señora… señora…?

—Coleman. Inglesa. Su amigo parece árabe.

—Lo es —se acercaron ambos—… Permítame presentarle al señor Iben Soumal, un… modesto propietario de algunos pozos petrolíferos.

La señora Coleman tendió la mano a uno y a otro. Montellini la tomó e hizo solamente el gesto de besarla, pero Iben Soumal, realmente, la besó, manteniendo sus ardientes pupilas en los azules ojos de la bellísima, escultural rubia.

—Por favor, siéntense —invitó ella—… ¡Detesto tanto estar sola!

—¿Está sola? —se sorprendió Montellini—. Bien, anoche nosotros nos fijamos en usted, y la vimos muy bien acompañada. ¿O quizá nos estamos confundiendo?

—Eso sería imposible —habló por primera vez Iben Soumal—. Y naturalmente, estoy haciendo un elogio para usted, señora Coleman.

—Es usted muy amable. No, no se confunden. Anoche estaba

con Clark, con mi marido, ciertamente. Pero ha tenido que salir esta mañana temprano hacia Barcelona, con toda urgencia, para atender un contratiempo inesperado en sus negocios… ¿Quieren creerme que estoy más que aburrida de los negocios de Clark? ¡No sé nunca cuándo lo voy a tener a mi lado o cuándo va a tener que salir en avión hacia Sudáfrica, o Japón, o cualquier sitio de lo más lejano!

—Y a todo esto —deslizó Iben Soumal—, ni siquiera puede tener usted el yate que desea.

—Oh, es posible que pronto podamos tenerlo. Señor Montellini, esos dos caballeros que nos están mirando… ¿son amigos de usted?

—Lo son, en efecto —asintió el italiano.

—Ah. Ya me parecía, puesto que si no recuerdo mal, anoche estaban en su mesa. Pero, sin son amigos… ¿por qué no vienen a sentarse con nosotros?

—Están mejor de pie —sonrió Montellini—. En realidad, son dos guardaespaldas, señora Coleman.

—¡Oh!

—Se llaman Willman y Borgman. Willman es el rubio de las pecas. Son… muchachos muy eficientes, aptos para todo.

—Bueno… No sé qué decir… Espero que no sea usted un gánster famoso, señor Montellini. Quiero decir…

—Vamos, vamos, señora Coleman —rió Montellini—: ¡no todos los italianos somos de la Mafia, ¿comprende?! Se trata, simplemente, de que soy un hombre… digamos bastante conocido en Europa, y, si no tuviese a mi servicio a muchachos como Borgman y Willman, los periodistas no me dejarían en paz, siempre tendría molestias de todas clases… ¿Lo comprende?

—Oh, sí. ¡Vaya, me había llevado un buen susto, la verdad! ¿El señor Iben Soumal también es inofensivo?

—Yo no —aseguró el árabe—. Le aseguro que soy un hombre muy peligroso. Pero sólo con las mujeres hermosas.

La señora Coleman abrió la boca, en el inicio de un gesto de gracioso susto, pero enseguida, con un gesto no menos gracioso, se echó a reír, siendo imitada por los dos hombres… En ese momento llegaba el camarero, portando el «Pimm's» para la señora, así como los cigarrillos.

—Y una nota que acaban de bajar de la conserjería para usted,

señor Montellini —dijo el camarero—: es un recado telefónico.

—Gracias —tomó Montellini el sobre—… Traiga, traiga esa nota, yo la firmaré…, si me permite usted invitarla, señora Coleman.

—¡Me encanta que me inviten! —exclamó la preciosa rubia.

—¿Aceptaría regalos más importantes que un aperitivo, quizá? —deslizó el árabe.

—Bueno, señor Iben Soumal, si usted está pensando en regalarme un yate como el del señor Montellini, le aseguro que Clark y yo lo aceptaremos con mucho gusto.

—¡Buena respuesta! —rió Montellini—… ¿Me permite?

Mostraba el sobre en alto, y, al gesto de asentimiento de la señora Coleman, lo abrió y sacó una hoja con el membrete del hotel, en el que estaba escrito el mensaje recibido por teléfono… La señora Coleman parecía no prestar atención a Montellini, y sí a las insinuaciones de Iben Soumal, pero en realidad estaba pendiente de la expresión del italiano mientras éste leía un mensaje llegado de Gerona.

Un mensaje que la señora Coleman conocía perfectamente, pues había sido confeccionado entre ella y Número Uno.

CONVENDRÍA QUE WILLMAN Y BORGMAN VINIESEN A REUNIRSE CON NOSOTROS EN GERONA. LOS ESPERAMOS A LAS CINCO DE LA TARDE EN LA DEHESA.

BOLL & ARLY

La primera expresión que pasó por los ojos de Montellini fue de alivio, y esto era fácil de comprender, pues hacía ya casi cuarenta horas que no tenía noticias de Boll y Arly.

Luego, frunció el ceño, dudó, pareció irritarse… Finalmente, hizo un gesto como de tolerancia.

—¿Me perdona unos segundos, señora Coleman? —pidió.

—Naturalmente —le miró vivamente ella; y compuso un delicioso gesto de compunción—… ¿Malas noticias?

—En absoluto. Sólo debo atender un pequeño asunto… Ya ve: no es sólo su marido quien tiene siempre ocupaciones.

—Bueno… En el caso de él está justificado, porque tiene que comprarme el yate. Pero usted ya lo tiene.

Montellini sonrió, y se puso en pie, dirigiéndose hacia donde estaban Willman y Borgman.

La atención de la señora Coleman fue atraída por la conversación de Iben Soumal.

—Lo malo de los hombres que tienen mucho dinero es que siempre conceden más importancia a los negocios que al placer. No tiene sentido, ¿verdad?

—Pues no sé… Pero de todo esto deduzco que usted, o no tiene mucho dinero y por tanto concede más importancia al placer, o bien tiene mucho dinero pero… es más listo que Clark y que el señor Montellini y prefiere conceder, de todos modos, más importancia al placer.

—Habla usted magníficamente el italiano —pareció sorprenderse el árabe—… Y además, su conversación es… ¿cómo lo diría yo?… de lo más concreta y expresiva.

—Siempre me ha gustado conversar. Considero que es uno de los grandes placeres de las personas inteligentes.

—Sin duda alguna. ¿Qué otros placeres le gustan a usted?

—Oh, Dios, mío… ¡Todos! ¡Absolutamente todos! —rió la bellísima señora Coleman—. Quizá porque siempre he tenido la firme creencia de que el ser humano está en la Tierra para gozar de la vida.

—Me alegra comprobar que compartimos la visión de la vida. ¿Cuál es su nombre, señora Coleman?

—Nora. Y si va a pedirme autorización para llamarme así, ya la tiene usted, señor Iben Soumal.

—Creo que Iben, a secas, quedaría mejor. ¿Tiene usted algún compromiso durante la ausencia de su marido?

—Solamente serle fiel —sonrió maliciosamente Nora.

—Terrible decepción —sonrió Soumal—. Esto de la fidelidad es algo bastante elástico, de todos modos. Por ejemplo, si yo le regalase a usted una joya, es posible que usted no reaccionase favorablemente a mis… pérfidas intenciones, pues supongo que tiene joyas. Pero… ¿cuál sería su reacción si le ofreciese… un yate como el de Sergio, por ejemplo?

—¡Santo cielo! ¿A cambio de qué? —preguntó con deliciosa ingenuidad Nora Coleman.

—¡Es usted encantadora! —exclamó Iben Soumal, riendo—. ¿Le

gustaría dar un paseo en el yate de Sergio?

—¡Me encantaría…! Oh, bueno, quiero que entienda…

—Por favor, Nora… Mi invitación es puramente de simpatía. Soy un viejo… jugador de la vida. Sé muy bien hasta dónde se puede llegar. O mejor dicho, sé perfectamente a qué velocidad debe uno actuar en cada momento. Si quiero ir a la piscina, sé que puedo hacerlo en cuestión de segundos, con unos cuantos pasos. Pero si quiero ir a La Meca, comprendo perfectamente que debo tomarlo con calma y con inteligencia.

—Dígame una cosa, Iben: ¿me está… comparando con La Meca?

El árabe rió de nuevo, pero sus ojos seguían lanzando llamaradas hacia el escultural cuerpo femenino, que parecía de seda, de oro, de sol mismo.

—Yo diría que está usted más lejana que La Meca. Pero ya sabe que un buen peregrino jamás teme la distancia a recorrer… Voy a permitirme completar mi invitación: la invito a almorzar en el yate, y luego a dar un paseo. ¿Acepta?

—Veamos —entornó los ojos Nora—… Anoche, en el Babylonian, le vi a usted, y al señor Montellini. Pero, también vi a dos caballeros más. Y a cuatro… preciosas damitas. En cuanto a los caballeros, pienso que posiblemente no tendrían nada que oponer a mi presencia. Pero ¿y las cuatro damitas?

—Son solamente unas amigas invitadas. Nada tienen que decir.

—Ya. ¿Y los caballeros…, quiénes son?

—Amigos de Sergio y míos. Se los presentaré, y ya verá que quedarán encantados de conocerla.

—Bien… Bueno, supongo que me dará usted tiempo de ir a vestirme…

—Bien a disgusto, pero temo que usted no aceptaría venir tal como está.

—Desde luego que no. Bien, voy a terminar el aperitivo…

—Asunto solucionado —llegó diciendo Montellini, sentándose—… ¿Se aburrían sin mí?

Nora Coleman, que ya había visto alejarse a Borgman y Willman, terminó su aperitivo, y sonrió.

—Yo nunca me aburro cuando alguien se dedica a decirme cosas agradables. Y el señor Soumal es un experto en eso… Estaré encantada de almorzar con ustedes, señor Montellini.

—¿Almorzar con…? Ah. Bueno, bien… Naturalmente, los encantados seremos nosotros, señora Coleman.

—En ese caso, voy a cambiarme ahora mismo… Tardaré menos de quince minutos. ¿Está bien?

—Por supuesto.

La señora Coleman recogió sus cigarrillos, y se alejó hacia las escaleras construidas sobre la roca que llevaban hacia arriba, hacia el hotel.

No volvió la cabeza.

No lo necesitaba para saber que, en aquellos momentos, Montellini debía de estar censurando a Iben Soumal su precipitación.

Y, en efecto, mientras ella se alejaba, el italiano refunfuñaba, evidentemente molesto:

—No has sido muy oportuno, Iben, al invitar a la señora Coleman.

—Me gusta —dijo Iben Soumal—. Y te recuerdo que si he dejado el yate esta mañana para venir aquí ha sido precisamente para conseguir esto. Quiero acostarme con esa mujer.

Montellini movió la cabeza, con disgusto.

—Deberías tener en cuenta a su marido. Un hombre como el que vimos anoche no es, precisamente, de los que corren el riesgo de ser engañados por su mujer. Quero decir que ella, la señora Coleman, tiene que estar muy enamorada de él. Más claro: estás confundiendo a la señora Coleman, sólo porque es simpática y mundana, con una de esas chicas que llevamos a bordo para dar a nuestro viaje un tono frívolo y despreocupado. Y por encima de todo, no has sido oportuno.

—¿Qué es lo que ocurre? —Gruñó Soumal.

—Boll y Arly están en Gerona. No sé qué demonios hacen allí, pero lógicamente tiene que ser importante. Si no se han comunicado conmigo hasta ahora tiene que ser por buenos motivos… Me han llamado por teléfono, y como yo no debía de estar en el hotel en ese momento, dejaron un mensaje: piden que Willman y Borgman se reúnan con ellos.

—¿Para qué?

—No lo sé. Pero ellos van a salir enseguida en coche hacia Gerona.

Hemos quedado en que me llamarán por teléfono esta tarde, después de ver a Boll y Arly en La Dehesa.

—¿La qué?

—La Dehesa. Parece que es un parque, el más importante de Gerona. Bien, después de las cinco sabremos algo.

—¿Hasta las cinco no van a llamar? Bueno —sonrió Soumal—, en ese caso tenemos tiempo de almorzar en el yate con la señora Coleman, y luego dar un paseo. La he invitado, y quisiera cumplirlo, Sergio.

—No sé quién ha sido más inoportuno, si tú, o esa mujer al ser tan simpática y sociable. Está bien —admitió de mala gana—. Pero asegúrate bien de que ella no podría oírme si tuviese que comunicarme con Ciro o con los hombres que están esperando el momento de la acción…, que posiblemente sea esta misma noche.

—No te preocupes: absorberé adecuadamente a la señora Coleman…

Capítulo XIII

La señora Coleman tenía, entre otras, una extraordinaria cualidad, verdaderamente sorprendente en una mujer: resultaba simpática incluso a otras mujeres. O cuando menos, se lo resultaba a Rita, Monika, Greta y Makaria…, Maky, como llamaban a esta última. Las cuatro hablaban inglés, mejor o peor, y como los demás ocupantes del yate también hablaban este idioma, la conversación se desarrolló en inglés.

Los otros dos invitados de Sergio Montellini eran: David Ekhard, a todas luces israelita, y Herrmann Zopp, cuyo origen alemán era igualmente evidente. En el *Firenze* había seis hombres más: el capitán; cuatro tripulantes, de los cuales dos servían también de camareros, y el cocinero. Un excelente cocinero francés que estaba fascinado y encantadísimo con la señora Coleman, única persona de a bordo que, ¡por fin!, había sabido apreciar debidamente su arte culinario, haciendo oportunísimas observaciones y adecuados elogios. Así que, empezando por el cocinero, el agradecidísimo Gastón, y terminando por Maky, la presencia de la señora Coleman no podía haber sido mejor acogida. Incluso Sergio Montellini había olvidado completamente sus reparos.

Las cuatro chicas no le preocupaban ni poco ni mucho, porque cuando todo terminase, serían asesinadas y tiradas al fondo del mar, pero la señora Coleman, inicialmente, le había preocupado.

Preocupaciones vanas, se decía en aquellos momentos Sergio Montellini. Dentro de unos minutos desembarcarían a la señora Coleman, y todo se habría reducido a unas horas muy agradables pasadas en su compañía…

Seguramente, a Sergio Montellini se le habrían puesto los pelos de punta (los pocos que le quedaban) si hubiese sabido que la señora Coleman se las había arreglado magistralmente para colocar tres «orejitas mágicas» en su yate, en los lugares convenientes. Tres

pequeños micrófonos ultrasensibles, que captarían poco después, con un receptor especial, hasta el más pequeño suspiro que se produjese en el yate.

—... Y en definitiva —decía en aquel momento la simpática señora Coleman—, yo insisto en que son ustedes unos contrabandistas.

—¿De drogas? —rió Zopp.

—Pues eso no lo sé... ¡Pero ésa es mi idea!

—¿Y por qué piensa eso, Nora? —inquirió festivamente Sergio Montellini.

—Veamos... Oh... ¿Tengo tiempo de hablar antes de que anclemos?

—Le concederemos el tiempo suficiente —dijo Iben Soumal, sentado junto a ella en el diván corrido colocado bajo el alargado ventanal que daba a la cubierta.

—Gracias, querido Iben. —Nora Coleman dio una afectuosa palmadita en una mano al árabe—. Bien, hagamos una especie de acta de navegación. Soy invitada al *Firenze*, acepto encantada, vengo aquí, y se me ofrece un almuerzo extraordinario... Gracias al genial Gastón, dondequiera que estés... Después del almuerzo, nos vamos de paseo, tomando un excelente café turco y un magnífico coñac francés... ¡Oh, el champaña! Delicioso champaña, frío, de paladar exquisito y alegre...

—¡Nora, tienes que venir más veces a visitarnos! —exclamó Monika.

—¿Por qué, querida?

—Oh, pues porque... ¡porque nos encanta oírte! ¡Cómo me gustaría ser como tú!

—A decir verdad —le guiñó un ojo Nora, causando la hilaridad de todos—, a mí me gustaría conocer algunas cosas que ignoro, y de las que, estoy segura, podrías darme lecciones. Quizá podríamos realizar un... intercambio de conocimientos: yo te enseño a hablar y tomar la copa de champaña, y tú me enseñas a mirar de ese modo cándido a los hombres.

De nuevo rieron todos.

Y las risas se oyeron ahora nítidamente, pues, de pronto, los motores del yate habían parado.

—¡Oh, estamos llegando! —Se sobresaltó Nora—. ¡No voy a

tener tiempo de…!

—¡Tonterías! —La interrumpió la griega Maky—. ¡Sigue, por favor! ¿Verdad que puede, Sergio?

—Claro —sonrió el italiano.

—Bueno, pues… Bien, sí. Un exquisito almuerzo, un paseo en un yate maravilloso… Le pido a mi buen Iben —nueva palmadita cariñosa en la mano del árabe, que crispó un instante los labios— que me enseñe el yate, y él lo hace: que si ésta es la cabina de mandos, que si esto es la cocina, que si aquí tenemos el salón el cuarto de máquinas, los baños, los camarotes… ¿Para que seguir? Mi buen Iben me lo enseña todo: Todo… menos un camarote. Un camarote cerrado con llave, y sobre el cual Iben simula no oír mis preguntas. Así que me pregunto: ¿Drogas? ¿Armas? ¿Trata de blancas? ¿Contrabando de divisas? ¡Ah, misterio!

—La respuesta es más simple que todo eso —rió Montellini—: la cerradura de ese camarote se estropeó, y como por el momento no lo necesitamos, no hemos llamado a un cerrajero de tierra para que la repare.

Nora Coleman puso tal expresión de desencanto que desencadenó la más densa oleada de risas de la jornada.

—¿Eso es todo? —Casi gimió.

—Lo siento, pero sí —se regocijó Montellini, mientras los demás continuaban riendo.

La desilusión de la señora Coleman era tremenda. Tanto, que quedó muda, sin saber qué decir. Iben Soumal, un poco tenso, deslizó su mano sobre una rodilla de ella, para tomarle una suya.

—Y créame que siento no ser un mercader de esclavas, Nora. ¡Si así fuese, nos la llevaríamos a usted!

—¿Para venderme? —Abrió mucho los ojos Nora.

—¡No! Éste sería un botín que disfrutaría personalmente.

—Oh… Bueno, Iben, realmente, es usted tan amable… Ya hemos llegado, ¿verdad?

—Sí —asintió Montellini, mirando su reloj—. Y a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De atender un pequeño negocio. La acompañaré a tierra, señora Coleman.

—Ah, sí. Gracias. ¡Espero que Clark haya regresado de Barcelona!

Todo el mundo se movió. Las chicas besaron a Nora, los caballeros estrecharon su mano… La señora Coleman recogió su bolsa playera, de paja teñida de azul, y se la colocó graciosamente en bandolera, con un gesto tan sencillamente natural y elegante que dejó deprimidas a Maky, Rita, Monika y Greta. A Montellini le habría convenido echar un vistazo al bolso de paja azul, pero no siempre sabe uno lo que le conviene…

Naturalmente, Iben Soumal decidió también acompañar a Nora Coleman al embarcadero del hotel, así que, poco después, cuando faltaban algunos minutos para las cinco, los tres saltaban a la lancha a cuyo volante esperaba uno de los tripulantes del yate. La lancha partió hacia el cercano embarcadero construido sobre roca viva, y en menos de medio minuto llegaban allá. Iben Soumal ayudó a Nora a saltar a tierra, y luego subieron por la rampa. Pasaron por delante del Bar Embarcadero, y luego por un lado de la pequeña zona destinada al juego de petanca, donde maduros caballeros se tomaban el juego con inusitada seriedad…, hasta que pasó aquella belleza rubia con un liviano jersey azul y unos pantalones blancos acampanados, con un bolso de paja azul a un costado…

—*Mon Dieu!* —se oyó un suspiro masculino.

Nora Coleman volvió la cabeza, y sonrió al hombre.

—*Bonne soir, Monsieu! Et bonne chance!* —saludó.

Dejando atrás al estupefacto grupo de jugadores de petanca, los tres continuaron hacia la piscina. Iben Soumal señaló la entrada al pasillo subterráneo que comunicaba directamente con los ascensores a los diversos pisos del Cap Sa Sal.

—Llegaría antes por aquí, Nora. ¿La acompaño?

—Oh, no. ¡Después de tanto sol, no podría soportar un túnel! Prefiero seguir a pleno sol.

Tan sólo un minuto más tarde, se arrepentía de esta decisión. Llegaron a la piscina, la rodearon, subieron los tramos de escalones, pasaron por entre la pequeña piscina de agua dulce y el bar El Galeón, subieron el último tramo de escalones, llegaron al nivel de la rotonda del hotel…, y cuando estaban a punto de entrar en éste, Nora Coleman vio a las dos muchachas, Elena y Rosmy.

«Oh, Dios, no», pensó la espía.

Las dos muchachas llegaban decididamente. Elena llevaba

acunado en un brazo un gatito de lo más deteriorado, diminuto, casi roñoso, y discutía con Rosmy:

—¡No lo iba a dejar tirado en la carretera!

—¡Pero no nos dejarán entrar en el cine con él! —protestaba Rosmy—. ¡Y si nos hemos escapado de Bagur ha sido para venir al cine!

—¡Ya lo creo que nos dejarán entrar con el gatito! Y si alguien se atreve a…

En aquel momento, Elena vio a la señora Coleman. Se quedó como petrificada, abierta la boca, mirándola con tal intensidad que Rosmy desvió también su mirada hacia ella. Las dos se quedaron estupefactas…, mientras Brigitte Baby Montfort, señora Coleman en el Cap Sa Sal, cerraba los ojos por un instante.

Las dos muchachas reaccionaron, mirándose una a la otra.

—¡Maoaooo…! —Tremoló el maullido del gatito. Elena bajó la mirada, y exclamó:

—¡Y además, tiene hambre, pobrecito! ¡Vamos a pedir algo de comer para él en el hotel!

—¡Elena, que nos van a echar…!

—¡Tú calla, que yo…!

Las voces de Elena y Rosmy se perdieron en el interior del hotel. Y la sangre fría de Nora Coleman quedó demostrada una vez más, cuando, tras dirigir una rapidísima mirada circular por la rotonda, dijo:

—No veo por aquí el coche de Clark. Me temo mucho que no ha regresado.

—Vamos a preguntar en conserjería —propuso con aplastante lógica Iben Soumal.

No. El señor Coleman no había regresado. Lo cual dio lugar a que los ojos de Iben Soumal brillaran más intensamente que de ordinario. Nora recogió su llave, mientras Montellini daba instrucciones al conserje: estaría en el bar El Galeón, adonde debían pasarle una llamada telefónica procedente de Gerona. Iben Soumal era más tenaz en sus propósitos personales.

—La acompañaré, Nora.

—No, no, gracias, Iben. Estoy un poco cansada… Voy a tenderme un rato.

—Bien. Como guste. Ya nos veremos luego.

—Oh, sí, naturalmente. Gracias por todo a los dos.

La señora Coleman se alejó por el amplio pasillo, hacia los ascensores. Subió a su habitación, y, apenas cerrar la puerta, fue al armario, lo abrió, sacó su maleta, y alzó el doble fondo. Rápidamente, sacó las diferentes piezas reducidas al máximo, que, una vez montadas, quedaron convertidas en el receptor-grabador de los *magic-ear*[4] instalados en el *Firenze*. Se colocó el diminuto auricular, sin poner en marcha el sistema de grabación, y estuvo escuchando un par de minutos.

La audición era perfecta, pero, por el momento, nada de lo que oía tenía interés. Excepto, quizás, y muy relativo, lo que decía Greta respecto a Nora Coleman y a Iben Soumal:

—Ese viejo sátiro se ha propuesto poseer a la señora Coleman, y ya veréis como lo consigue.

—Pues si yo fuese ella, ni lo miraría, teniendo el marido que tiene. ¡Qué hombre…! Ayer, cuando lo vi en el comedor, sentí como si mil hormiguitas me corriesen por la espalda. Debe de tener unos…

Nora Coleman frunció el ceño, se desprendió del auricular y encendió un cigarrillo. Luego, miró su relojito: eran las cinco menos tres minutos de la tarde.

«No —se dijo una vez más—… A él no puede pasarle nada: es Número Uno…».

* * *

A unos cincuenta kilómetros de allí, justamente en la entrada más cercana a la carretera de los jardines municipales La Dehesa, el anciano encorvado, de blancos cabellos, lentes oscuros, ropas más bien zarrapastrosas, alzaba una manga de la vieja chaqueta para mirar su reloj de pulsera: las cinco menos tres minutos de la tarde.

El calor era terrible en Gerona, un calor denso, pesado, como tangible. Ciertamente, Número Uno era estoico, pero estaba deseando terminar para quitarse la barba y la peluca postizas, poder enderezarse, y esperaba que incluso tomar un baño, o, al menos, una buena ducha fresca…

Tan sólo un minuto más tarde, apareció el coche, saliendo de la carretera, buscando estacionamiento. Cuando Willman y Borgman

se apearon de aquel coche, el «anciano» ya los había visto e identificado a través de los cristales del coche.

Borgman y Willman tenían un claro gesto de fastidio en sus rostros, y un leve sudor brillaba en sus frentes. Número Uno vio cómo se movían los labios de Willman, y «leyó» perfectamente lo que dijo:

—¡Vaya una mierda de calor! A ver si esos dos idiotas aparecen pronto y podemos volver al hotel. Allí se está mejor.

Borgman no contestó. Simplemente, señaló hacia el interior del parque, y ambos caminaron hacia allí. Despaciosamente, el anciano les salió al encuentro. Segundos después, se detenía delante de ambos, que lo miraron irritados.

—Oiga, viejo sapo… —empezó Willman, en inglés.

—No te entiende, hombre —sonrió torcidamente Borgman—. Yo le voy a decir…

—Les entiendo perfectamente —dijo Número Uno, con voz contenida, y por supuesto en claro inglés—. Y espero que ustedes me entiendan también a mí: hay cinco hombres armados que les están apuntando con pistolas automáticas. ¿Lo entienden?

Los dos guardaespaldas palidecieron, y por instinto movieron la cabeza. Cuando miraron de nuevo al anciano, éste movió la suya.

—Naturalmente, no los han visto —dijo fríamente—. Pero están ahí, esperando que, en cuanto yo tienda la mano, ustedes me entreguen sus pistolas, con discreción y sin vacilaciones. ¿Les gustaría saber cómo disparan unos cuantos agentes de la CIA contra los asesinos de una compañera llamada Dorothy Griffin?

La palidez de ambos hombres aumentó, mientras se pasaban la lengua por los labios.

Número Uno, con un gesto natural, tendió su mano izquierda hacia ellos, mientras mantenía la derecha metida en el bolsillo de la vieja chaqueta. Borgman y Willman demostraron ser juiciosos, a fin de cuentas y al menos en cuanto se refería a su propia supervivencia: sacaron cuidadosamente sus pistolas, y las entregaron al anciano, que las hizo desaparecer rápidamente bajo sus ropas.

Acto seguido, señaló hacia el coche de ellos, y los tres comenzaron a caminar, el anciano detrás.

—Yo iré en el asiento de atrás, ustedes dos, delante; les iré

indicando el camino.

Sin comentarios. Una vez acomodados los tres en el coche, Borgman al volante, Willman volvió la cabeza. El anciano tenía ahora en la diestra una de sus pistolas. Más que la pistola, Willman miró aquella mano, grande, nervuda pero fina, elegante, tan tostada por el sol que parecía de bronce. Una mano que parecía capaz de estrujar el propio bronce. Una mano en verdad desalentadora, pues no tenía ni el más insignificante detalle de debilidad.

—Vámonos.

Doce minutos más tarde, el coche se detenía delante de un edificio en cuya fachada se leía: Hostal Puigmal.

—Vamos a entrar. Nos están observando desde una ventana, pero ustedes no mirarán. No mirarán más que hacia el frente. Se quedarán a pocos pasos de mí, hacia las escaleras que hay en el vestíbulo, mientras yo pido la llave. Si intentan algo, dispararé. Y si por insólito acontecimiento y por primera vez en mi vida fallase dos blancos tan fáciles, pueden optar por correr escaleras arriba o salir a la calle… Todo depende de si quieren morir a cubierto o prefieren quedar cara al sol. Salgan.

No hubo la menor dificultad.

Para Willman y Borgman, ya estaba bien claro que, de anciano, aquel hombre sólo tenía la fachada.

Suficiente para engañar al empleado del hostal, e incluso a ellos antes de oírle hablar, pero nada más. Subieron las escaleras tranquilamente, como buenos amigos.

Un minuto más tarde, Número Uno cerraba la puerta a su espalda. Su siguiente acción fue implacable, escalofriante, y sirvió a Borgman para hacerle comprender que todas sus oportunidades de supervivencia dependían exclusivamente de la benevolencia del anciano…, el cual, simplemente, dio un paso, alzó una rodilla, y la incrustó con terrorífica potencia en los genitales de Willman, que abrió la boca sin poder emitir ni siquiera un gemido, hizo girar los ojos, y cayó hacia delante…, para recibir, en plena cabeza, el golpe de la pistola que empuñaba de nuevo Número Uno. La cabeza crujió sordamente, y Willman cayó a los pies del anciano, cuya mirada estaba ya fija en Borgman, que estaba sencillamente lívido, mientras una aterradora idea germinaba en su mente: ¿qué clase de hombre era aquel, que trataba con tal facilidad, e incluso desprecio,

a hombres como él y Killman?

—Usted va a telefonear —dijo el anciano—. Pedirá que le pongan con el hotel Cap Sa Sal, de Bagur, y pedirá luego por Sergio Montellini. Y no se preocupe, él no está en el yate, sino esperando la llamada. ¿Está claro?

—Sí —pareció graznar Borgman—… Sí, sí.

—Naturalmente, una vez al teléfono, usted puede intentar alguna jugada que quizá le parezca inteligente a fin de informar a Montellini de que algo no va bien. Le diré una cosa, Borgman: en casi veinticinco años de espionaje internacional, usted sería tan sólo el segundo hombre que conseguiría engañarme. ¿Cree que tiene muchas probabilidades de conseguirlo?

—Su-supongo… que… que no.

—Sea inteligente. Su vida vale más que la de Montellini… ¿O cree usted que no?

—Sí. Sí.

—Y no es sólo su vida… Con una mano, puedo arrancarle a usted los ojos, los testículos, y las orejas, por ejemplo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí —jadeó Borgman—… Sí, lo… lo comprendo, sí.

—Bien. Entonces, escuche atentamente lo que tiene que decirle a Sergio Montellini, y, sobre todo, cómo debe decirlo para que le entendamos él y yo, pero ninguna otra persona que pueda interferir la conversación telefónica. No improvise, no cambie nada: sólo diga con toda exactitud, y siempre en inglés, lo que yo le voy a explicar. Cuando Montellini conteste al teléfono…

Capítulo XIV

Sergio Montellini dio las gracias al camarero que acababa de avisarle que tenía una llamada, hizo un gesto de espera a Iben Soumal, y fue hacia donde estaba el teléfono… Iben Soumal desvió la mirada hacia el mar, y acto seguido hacia la piscina, que se veía a través de las vidrieras del bar. Había allí unos parasoles de paja, y, junto a uno de ellos, una muchacha de preciosos cabellos castaños estaba de pie, con un brazo en alto, evidentemente queriendo atraer la atención de alguien. Era una hermosa muchacha, pero…

Pero no tenía comparación con Nora Coleman. A cada instante que pasaba, cada vez que recordaba a Nora, y eso era en todo momento realmente, Iben Soumal sentía dentro de su cuerpo como un fuego espantoso, y le latían las sienes. Sergio le había estado haciendo recomendaciones al respecto, y, en verdad, Sergio tenía razón: no era el momento de complicarse la vida. Pero Iben deseaba a Nora Coleman como pocas veces había deseado algo en su larga vida de placeres. ¿Qué hacer? En las actuales circunstancias, sería una locura buscar complicaciones, desde luego, pero… el tiempo podía arreglarlo todo. Cuando hubiesen terminado el asunto de Radio Liberty, podía buscar a la señora Coleman, y entonces… Ah, entonces, todo sería fácil. Para él no representaría ninguna complicación hacer degollar al señor Coleman y llevarse a Nora. Así pues, sólo tenía que enterarse de dónde vivía ella habitualmente, y…

Se sobresaltó cuando Montellini se sentó de nuevo en su silla. Le miró, con cierta irritación, y enseguida comprendió que algo no iba del todo bien.

—¿Qué ocurre? —se alarmó.

—Era Borgman quien ha llamado. Él y los otros tres están en Gerona. Querían instrucciones.

—Pero… ¿qué es lo que pasa?

—Boll y Arly siguieron anteanoche a dos hombres que estuvieron en la habitación de la chica que seguía a Gavrilovich. Decidieron no perderlos de vista, y así, fueron hasta Gerona, utilizando el primer coche que vieron en la carretera frente al hotel, los muy estúpidos… Tienen acorralados a esos dos sujetos, pero parece que éstos van recibiendo visitas, y quieren saber si los cazan por fin, o qué hacen.

—¿Qué les has dicho?

—Que sigan como hasta ahora, y que yo les llamaré al hotel donde están cuando todo haya terminado.

—Eso quiere decir que no piensas utilizar a esos cuatro para lo de la emisora.

Montellini lo miró sorprendido.

—No los habría utilizado de ninguna manera. ¿Para qué te crees que hemos contratado tantos hombres para ese «commando»? Sería una estupidez utilizar a mis guardaespaldas en una acción así, pues si algo salía mal, vendrían a por mí, cuando menos a hacerme preguntas. Y tú no sabes lo pegajosos que son los policías españoles…

—Bueno, entonces… ¿qué pasa, en definitiva?

—Ya te lo he dicho: ellos se quedan allí vigilando a esos dos, y nosotros vamos a pasar a la acción.

—¿Cuándo?

—Ahora. Vamos al yate: tenemos que avisar por la radio al grupo del «comando» que debe capturar al jefe de seguridad de la emisora, y a los que están en Palafrugell, esperando instrucciones sobre su familia… Todo está en marcha, Iben. Y no podemos perder ni un minuto, porque son casi las cinco y media… El hombre que nos interesa debe de estar a punto de abandonar Radio Liberty. Siempre lo hace después de las cinco, pero no demasiado. Si ya se ha marchado, tendríamos que esperar a mañana.

—Sí, lo entiendo. Bueno… ¿qué pinto yo en el yate?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una pequeña cosa que hacer aquí. Ve tú, y envíame la lancha a recogerme luego.

—No quiero tonterías. Hemos convenido en que…

—Tranquilízate —masculló Soumal—: te aseguro que no voy a

complicar las cosas. ¿Tan estúpido me crees?

—Está bien. Yo me voy al yate a toda prisa… Hasta luego.

Iben Soumal quedó solo a la mesa. Terminó lentamente su segundo café, dejó un billete sobre la mesa, y se puso en pie.

Sí, su decisión estaba tomada.

¿Qué podía ver de malo Nora Coleman en que él quisiera saber dónde residía, a fin de enviarle sus respetos de cuando en cuando? Al contrario, se sentiría halagada; las mujeres, aunque amen mucho y de verdad a un solo hombre, están encantadas cuando ven que cautivan a otros hombres… Él se iba a mostrar como el más rendido admirador.

—Le gustará que le lleve algún pequeño obsequio —pensó Iben Soumal, saliendo del bar—… ¿Qué debe de estar haciendo ahora?

* * *

La señora Coleman, estaba fumando. Y, hasta unos segundos antes, francamente aburrida. Por lo general, aquellas tareas de escucha y control eran siempre ejercidas por personal especializado, que, al final de la jornada, facilitaban un resumen basándose en el cual la agente Baby juzgaba si había llegado el momento de entrar en acción. Pero, eso de dedicarse ella misma a escuchar, le parecía pesadísimo e improductivo… Es absurdo utilizar un violín para clavar una estaca en el suelo pudiendo utilizarlo para conseguir música…

Mas el aburrimiento había terminado hacía unos segundos. Justamente, desde que Sergio Montellini había regresado al yate, y había comenzado a dar órdenes, y luego, desde la radio camuflada en el salón del yate, con onda bien distinta a la de la zona de acuerdo a los reglamentos, había hablado con otras personas, diciendo:

—Avisen al grupo de Palafrugell para que realice su misión con la familia del sujeto. El resto del personal comience los preparativos para la acción directa. Espero la información sobre los resultados obtenidos en la primera fase. Es todo.

Acto seguido, la señora Coleman escuchó conversaciones que tenían no menos interés:

—¿Estás seguro de que ha llegado el momento, Sergio? —

reconoció la voz de Zopp.

—Completamente seguro. Tenemos a la CIA rondando estos lugares, así que hay que darse prisa. Esperemos que Boll, Arly, Willman y Borgman sepan controlar la situación en Gerona al menos durante unas horas.

—No entiendo muy bien… ¿La CIA?

—¿Para quién creéis que trabajaba aquella chica que seguía a Gavrilovich?

—Pero… esto está lleno de rusos también, que han acudido en busca de Gavrilovich… ¡Se puede armar una buena!

—¿Y eso te disgustaría?

Se oyeron las risas de los demás.

—¿Qué vamos a hacer nosotros mientras se cumple la acción? Si los rusos tuviesen la idea de buscar aquí a su camarada Cirilo Gavrilovich…

—No digas tonterías. Simplemente, se está cumpliendo el plan de concentrar rusos en esta zona. Y la presencia de la CIA en realidad no hace más que favorecer nuestros planes. Todo va a salir, de este modo, incluso mucho mejor de lo que esperábamos.

—Ojalá sea así —se oyó la voz de David Ekhard—… ¿Y Soumal?

—Iben se ha encaprichado de la señora Coleman, y algo debe de estar tramando. Pero no creo que haga tonterías. Nosotros…

* * *

¡Trilílinngggg!, sonó el teléfono de la habitación.

Nora Coleman volvió la cabeza, y se quedó mirando el aparato, que sonó por segunda vez. Estaba oyendo la conversación por el pequeño auricular, y, al mismo tiempo, oía el teléfono, que sonaba de nuevo… Se desprendió el auricular, y fue a atender el teléfono.

—¿Sí? —musitó.

— …

—Ah, sí. Muchas gracias. Sí, sí, naturalmente, póngame… Gracias. ¿Clark, querido?

—¿…?

—Sí, mi amor.

— …

—Por supuesto: en el idioma que tú quieras.

Al otro lado, a cincuenta kilómetros, Número Uno comenzó a dar explicaciones en idioma ruso, y la señora Coleman sonrió, al imaginarse el desconcierto de quienes, eventualmente, pudiesen estar escuchando la conversación. Para cuando fuesen a darse cuenta, ella habría terminado, y nadie se habría enterado de nada… Pero aún estaba hablando Uno, cuando sonó la llamada a la puerta.

—Clark —cortó la señora Coleman.

—¿…?

—Perdona un momento. Están llamando a la puerta. Por si ocurre algo… que no pueda controlar, te diré que tengo la certeza de que quien está llamando es el árabe. ¿Lo entiendes?

— …

—No te retires.

Dejó el auricular sobre la mesita de noche, y fue a abrir. Un gesto de lo más hipócrita matizó la «agradabilísima sorpresa» de la señora Coleman:

—¡Iben…!

—¿Puedo pasar? —sonrió el árabe.

—Pues… Oh, bueno, un momento, por favor… Quisiera… guardar en el armario algunas prendas que no me gusta que vean los demás.

—Aguardaré el tiempo que sea necesario.

Nora Coleman sonrió, ajustó la puerta, y fue a guardar en el armario el equipo de escucha. Cerró el armario, fue a abrir de nuevo la puerta, y se apartó, cediendo el paso a Soumal.

—Y deberá disculparme todavía un poco más, Iben, pues tengo a mi marido al teléfono. ¿Le importa?

—Claro que no. ¿Dificultades?

—Me temo que sí: parece que Clark va a retrasar su vuelta al hotel.

—Vaya, sí que lo siento.

Nora señaló una sillita al árabe, y fue a atender de nuevo el teléfono.

—¿Amor? —habló ahora en inglés.

—¿…?

—Sí, es él, en efecto. No, no, no te preocupes. Entonces, ¿no puedes volver esta noche, en que tanto te necesito?

— …

—Exactamente.

— …

—Oh, bien. Bueno, es una lástima. Llámame en cuanto estés… disponible. Yo siempre estaré esperando. Adiós… Adiós…, amor.

Colgó, y se volvió a mirar a Soumal, que sonreía inexpresivamente.

—Supongo que su marido está acostumbrado a oírse llamar «amor» por usted, señora Coleman. Pero, para quienes no escuchamos con frecuencia esa palabra, suena… como música. ¿Ocurre algo malo?

—¿Por qué pregunta eso?

—Me está usted… mirando… de una manera especial.

—Imaginaciones suyas. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Pues… Me he permitido comprarle un pequeño obsequio en una de las tiendas del hotel —Iben sacó un paquetito, que tendió a Nora Coleman—: perfume, nada más. Como ve, no pretendo llegar a La Meca demasiado deprisa.

—Muy inteligente. Y gracias por el obsequio, Iben.

—Bah… No tiene la menor importancia. Me gustaría poder enviarla un presente adecuado a mi admiración, en un momento más oportuno que éste. ¿Dónde vive usted, Nora?

Nora se llevó una mano a la frente, con un gesto fatigado, y se sentó en el borde de la cama. Soumal se puso rápidamente en pie, acercándose a ella.

Le puso una mano en un hombro…

—¿Se encuentra mal?

—No… Bueno, no sé… Me duele un poco la cabeza Quizá tomé demasiado sol durante el paseo en yate… Creo que voy a salir a dar un paseo a pie ahora, por entre los pinos…

—La acompañaré, naturalmente —se apresuró a ofrecerse Iben Soumal.

—Sí… Se lo agradezco. Es extraño, no me había ocurrido nunca…, pero… Oh, es mejor que no venga conmigo, Iben.

—¿Por qué no?

—Mire… Lo cierto es que Clark es un hombre… No es que sea celoso, ¿comprende? Pero se disgustaría si llegase a enterarse de que… me relaciono demasiado con otro hombre. Bueno, puede parecerle una tontería, claro… ¿Tiene usted coche, Iben?

—Puedo utilizar uno de los que Sergio tiene en el garaje del hotel, desde luego.

—Quizá voy a parecerle un poco… pueril, Iben. Pero preferiría… la discreción. Se me ocurre que yo podría salir sola del hotel, y caminar por la carretera. Usted me alcanza poco después, yo subo al coche, y… vamos a dar un paseo por un lugar discreto Espero… que no interprete mal mis palabras, mi… mi…

—La comprendo perfectamente. Y no hay más que hablar, Nora.

* * *

La vio caminando por el arcén izquierdo de la carretera, en efecto. Ella llevaba aquel divertido maletín rojo con florecillas azules, y aquel vestido ligero y oscuro que se había puesto delante de él, tras quedarse poco menos que desnuda ante sus ardientes ojos. Realmente, la sangre de Iben Soumal había llegado a un punto de ebullición que se hacía imposible contener.

Y ella… Sí, estaba seguro de que ella le había estado provocando, y que todo aquello, toda aquella tontería, era un ardid para poder estar con él a solas, sin que pudiese haber comentarios en el hotel. Evidentemente, la señora Coleman era una… deliciosa ninfómana caprichosa. ¡Y no sería él quien se negase a concederle aquel capricho, entre los pinos, a solas…!

Detuvo el coche junto a ella, en el lado izquierdo de la carretera. Nora miró rápidamente a todos lados, y no vio a nadie. Entró en el coche, sentándose en la parte de atrás, y se acurrucó en el asiento.

—Siga por esta carretera… Yo le iré indicando el camino.

Iben Soumal asintió, sonriendo, y continuó la marcha. Diez minutos más tarde, después de pasar rodeando Bagur, cuyo castillo era inevitable distinguir recortado en el cielo, Iben Soumal introducía el coche en una pineda, a la derecha de la carretera, por un camino de tierra. Luego, y siempre siguiendo las indicaciones de su extraña pasajera, incluso abandonó ese camino, metiendo el coche directamente entre los altos pinos, que formaban un denso techado de intenso verdor. Cuando paró el motor el silencio pareció penetrar en los oídos del árabe, como algo nuevo, desconocido.

Ardiendo ya, sofocado, Iben Soumal se apeó, y pasó a sentarse atrás, junto a Nora Coleman. Sin más contemplaciones, con un gesto

rápido, experto, seco, Soumal bajó el tirante del lado derecho del vestido de ella, y el hermoso seno, como luz de oro y de sol, apareció desnudo ante sus ojos, que lanzaban ya verdaderas lanzas de fuego.

—Voy a comerme… —jadeó el árabe.

Sólo entonces vio la pistolita. ¿O estaba soñando? Parpadeó. La pistolita seguía allí, sostenida por la manita delicada y bellísima de la señora Coleman. Una pistola diminuta, ridícula, pero cuyo negro ojo parecía mirar el cerebro de Iben Soumal.

—En líneas generales —dijo con apacible tono la señora Coleman—, no me importa que me vean desnuda. Ni siquiera me importa acostarme con un hombre cuando me conviene, porque en realidad no le doy nada, y obtengo de él lo que quiero. Pero, querido Iben, me desagradan estos gestos de mal gusto.

—¿Qué… qué significa esto…?

—Significa que ni mi marido ni yo nos inmutaríamos por el hecho de que determinadas circunstancias me obligasen a admitirle a usted en mi lecho. El acto físico, en sí mismo, no tiene significado para nosotros si no hay entrega total, como la que existe cuando Angelo y yo nos amamos. Sólo así le damos importancia. Por eso, aunque usted me poseyese, no importaría lo más mínimo, ya que lo que realmente vale de mí, jamás podría tenerlo. Sólo él lo tiene y lo tendrá…, pase lo que pase con mi cuerpo. ¿Lo entiende?

—No… No.

—Claro. Usted es sólo una bestia sexual. Me desea, y pasa a la consecución de sus deseos sin delicadeza alguna, descubriendo uno de mis senos como si yo fuese… una conquista de puerto. Estoy decepcionada. Pero, ya basta. No tengo mucho tiempo que perder, Iben. Por lo que entiendo, un grupo de hombres piensa secuestrar al jefe de seguridad de Radio Liberty. Supongo que se han referido al subjefe, el señor Orozco, ya que el jefe no está por estas fechas en la emisora. ¿Correcto, Iben?

—Usted… usted nos ha estado… tomando el pelo…

—Por supuesto. Lo he montado todo basándome, simplemente, en el modo en que usted me miró anoche. El tiburón tiene siempre hambre: ¿por qué no ofrecerme como fácil banquete? Y a decir verdad, pocas veces en mi vida me ha sido tan fácil hacer morder el anzuelo al tiburón.

—Perra maldita… ¡Te voy a destrozar con mi…!

¡Crash!, crujieron los dientes de Iben Soumal, bajo el tremendo impacto de la pistolita. La cabeza del árabe fue hacia el otro lado del asiento, golpeó con el borde de la ventanilla, y regresó hacía Nora Coleman, que lanzó otro golpe, ahora contra la mano tendida hacia ella. Iben Soumal lanzó otro alarido, escupiendo sangre de sus dientes machacados, cuando aquel segundo golpe partió tres dedos como si fuesen astillas. Aullando, se llevó aquella mano al sobaco…, y justo entonces recibía el siguiente golpe de pistolita, sobre la nariz, que reventó como un tomate con un petardo dentro. Ante los ojos de Soumal, todo era como una mancha negra que se iba espesando, y que estaba en el centro de aquel oscuro mundo que giraba, giraba, giraba…

El siguiente golpe le acertó en el pómulo izquierdo, cuya carne se abrió como simple papel mojado.

Ahora, como si estuviese sobre una lejana nube, Soumal veía a la señora Coleman, todavía con el seno descubierto, impávida, inalterable. El árabe sentía como si, de pronto, todos sus nervios, todas sus facultades físicas, hubiesen desaparecido.

—Sólo estamos empezando, querido Iben —le llegó la voz de la «encantadora» señora Coleman—. Para ser sincera con usted, tengo muchísima prisa, pues quisiera impedir ese secuestro, pero si usted lo desea, podemos perder todo el tiempo que quiera. ¿Dónde van a secuestrar al subjefe de seguridad de Radio Liberty, o, si ya lo han hecho en estos momentos… adónde lo han llevado?

—No… se lo diré… —jadeó Iben Soumal, escupiendo de nuevo sangre.

—¿No me lo dirá? Vamos, no sea ingenuo. Puedo hacerle tantas cosas que ni cien hombres podrían soportarlo. ¿Quiere que le arranque los genitales, por ejemplo? Puedo…

—¡No! ¡Eso no…!

—Puedo hacerlo, de veras. Vamos, no sea cretino. Olvide a la simpática señora Coleman y hágase cargo de su verdadera situación. No soy una persona difícil de tratar, si no me hacen enfadar. ¿Prefiere que lo entierre vivo, envuelto en una piel de cerdo, y empapado en vino español?

—No… ¡No!

—Pues a mí me encanta el vino español… Iben, no quiero

desperdiciar ni un solo segundo más. ¿Va a contestar a mi pregunta, o no? ¿Me dice dónde piensan secuestrar a Orozco, o dónde piensan llevarlo…?

Capítulo XV

—Frene.

Ricardo Orozco obedeció. Desde hacía media hora sólo eso podía hacer: obedecer. Durante el trayecto se había estado reprochando amargamente su ingenuidad, pero, realmente, ¿qué otra cosa podía haber hecho? Cuando apenas hacía cinco minutos que había abandonado Radio Liberty, de regreso a su domicilio en Palafrugell, había visto el coche detenido a un lado de la carretera, con el capó alzado; un hombre examinaba el motor, y otro se había colocado en el centro de la carretera haciéndole desesperadas señas para que se detuviese. No entendía demasiado de motores, pero en ocasiones, una simple mirada de una persona ve más que las muy interesadas de otras.

Así pues, Ricardo Orozco se había detenido.

Un segundo más tarde, veía la pistola que le apuntaba al centro de la frente.

Y otros dos segundos más tarde, el hombre de la pistola estaba en el asiento de atrás de su coche, ordenándole que prosiguiese la marcha, pero, en la dirección que él le iría diciendo. Cuando comenzó a obedecer, Orozco vio que el hombre que había estado «examinando» el motor, bajaba el capó y se ponía al volante del coche. Y cuando se le ocurrió mirar por el retrovisor, vio al otro coche, detenido más atrás… El mismo coche que había estado rodando tras él, pero al que no había concedido importancia.

Ahora, Ricardo Orozco ya no tenía la menor posibilidad de intentar nada razonable. Frenó, se apeó obedeciendo la siguiente orden, y se quedó mirando los otros dos coches, que llegaron tras el suyo. El total de hombres que había movilizado el secuestro de Orozco, era de seis. Estos seis hombres y él entraron en el pequeño chalé frente al cual se habían detenido. Pasaron a la salita, y Orozco, obedeciendo ahora una seña, se sentó en un sillón. Miró a

aquellos seis hombres. Dos de ellos le dieron la impresión de gente dura, peligrosa: eran los de la jugarreta de la avería del coche. Los otros cuatro, muy serios, de modales más reposados, tenían todo el aspecto de intelectuales, de gente que utilizaba primordialmente la cabeza.

El que habló fue el que había viajado con él.

—Señor Orozco, nosotros no estamos bromeando, y quisiéramos que lo entendiese desde el primer momento. Usted tiene esposa y dos hijos, un niño y una niña, ¿no es así?

Ricardo Orozco palideció.

—Sí… Sí, así es.

—Bien. ¿Le gustaría hablar con su familia?

—Sí… Claro. Pero no comprendo…

El hombre había sacado un transmisor de bolsillo, que Orozco identificó al instante; pulsó el botón de llamada, y en el acto del aparato brotó una voz, diciendo algo en un idioma que el subjefe de seguridad de Radio Liberty no entendía.

Pero sí sabía, o estaba casi seguro, de que era ruso. La conversación entre su interlocutor y el otro fue breve. Enseguida, la radio fue colocada en manos de Orozco.

—Su esposa está al habla. Pueden decirse lo que quieran. Orozco tragó saliva.

—¿Pilar? —musitó.

—¡Ricardo! —Oyó el gemido de su mujer—. ¿Qué es lo que pasa? ¡Hay en casa dos hombres, con pistolas, y nos están amenazando a mí y a los niños! ¡Ricardo, estos hombres…!

—Tranquilízate —jadeó Orozco—… Por Dios, Pilar, cálmate.

—¡Pero tienen pistolas, y dicen…!

—Por favor, cálmate. No hagáis nada, sólo obedeced todo lo que os digan.

—¡Tengo miedo! Y los niños están llorando, y…

La comunicación se cortó. Orozco se quedó mirando con expresión alucinada la pequeña radio de bolsillo. El hombre se la quitó, la cerró, y la guardó.

—Espero que haya comprendido usted la situación —dijo.

—¿Qué quieren ustedes? —musitó Orozco.

—Primero, voy a decirle lo que va a pasar si no tenemos lo que queremos… Evidentemente, su esposa y sus hijos serían asesinados.

Pero no de cualquier manera. Lo haríamos de modo que usted, aquí, iría recibiendo pruebas de ello. Tengo entendido que su hija, de siete años, es una preciosa niña rubita… ¿Le gustaría que, en primer lugar, nos trajesen en un recipiente las manos de esa niña, señor Orozco? ¿O quizá… un seno de su esposa? ¿O…?

—¡Basta! —aulló Orozco, poniéndose en pie de un salto—. ¡Por el amor de Dios, basta!

—De acuerdo. Sólo voy a insistir una vez más en que no estamos bromeando. Y ahora, señor Orozco, usted va a explicarnos con todo detalle, y en menos de una hora y media, todos los sistemas de seguridad y alarma de las instalaciones de Radio Liberty. Acto seguido, dispondrá de un máximo de media hora más para responder a las preguntas, ahora de la parte técnica del funcionamiento de la emisora en sus diferentes secciones, que le iremos haciendo. ¿Cree que podrá hacerlo todo?

—Pero… Sí, pero todo es muy complicado. Solamente unos técnicos podrían…

—Nosotros disponemos de esos técnicos —señaló el hombre a los cuatro de aspecto intelectual—. Ellos saben incluso muchísimo mejor que usted cómo funciona una emisora del tipo de Radio Liberty. La tenemos estudiada hasta el máximo posible, señor Orozco. Así pues, lo que queremos conocer más a fondo son sólo… digamos pequeñas peculiaridades, como, por ejemplo, dónde está exactamente tal o cual aparato, la frecuencia exacta que están utilizando hoy para las emisiones, y cosas así. Hará un plano, esquemático al principio, y luego lo irá completando de acuerdo a nuestras preguntas. ¿Lo entiende bien?

—Sí… Sí. Pero… ¿qué pretenden ustedes?

—Queremos ofrecer una emisión especial para la Unión Soviética. ¿Listo para el trabajo, señor Orozco?

—Pero… no es posible lo que pretenden… Las emisiones se realizan actuando nosotros como puente de las emisiones de Munich, y…

—Sabemos eso. Y también sabemos que la emisora puede funcionar con cintas magnéticas grabadas. Nosotros tenemos ya esas cintas, con todo el programa grabado, listo para ser difundido hacia la Unión Soviética. Por favor, no se preocupe por pequeños detalles, que nosotros tenemos resueltos desde hace semanas.

—Ustedes… ustedes son rusos…

—No le conviene ser tan listo, señor Orozco. ¿Empezamos?

—¿Qué pasará luego? ¿Qué harán con mi familia, y conmigo?

—Le garantizo que no les ocurrirá nada. Una vez hayamos conseguido nuestro objetivo, lo que usted y su familia puedan decir ya no tendrá importancia.

—Pero… ¿qué objetivo…?

—Señor Orozco, no agote mi paciencia, se lo ruego. Los minutos están pasando, se están desperdiciando estúpidamente. Ya basta, pues. Siéntese ante esa mesa, donde tiene bolígrafos, papel y todo lo que puede necesitar. Eso es… Yo le iré haciendo preguntas que traduciré de mis compañeros, y luego, traduciré las respuestas de usted. Quiero concisión, exactitud y rapidez. Y no olvide que si algo nos falla, su familia será atrozmente asesinada. Bien. Primera pregunta: ¿qué ocurre exactamente si la línea eléctrica que abastece normalmente a Radio Liberty es cortada?

—Pues…

* * *

—Está bien, descanse un momento.

Orozco suspiró, y fue a dejarse caer en un sillón, mientras se pasaba una manga por la sudorosa frente. El hombre que había estado dirigiendo todo el interrogatorio se había apartado, con los otros cuatro, y estaban cambiando impresiones en voz baja. El que había hecho la jugadita del capó estaba de pie, cerca de Orozco, mirándole fijamente, con una expresión que llevó la inquietud más profunda al ánimo del empleado de Radio Liberty.

El otro se volvió, y se acercó a Orozco, echando un vistazo a su reloj de pulsera. Parecía muy satisfecho.

—Pese a que faltan casi quince minutos para que expire el plazo que teníamos fijado, todo está comprendido ya, señor Orozco. Su colaboración ha terminado, pues.

Orozco no dijo nada. Simplemente, se pasó la lengua por los labios, mientras miraba de uno a otro hombre. Lo iban a matar. Sí, estaba seguro de que lo iban a matar, era lo lógico, claro. Aunque quizá no todavía. Esperarían a saber si los había engañado, porque si lo había hecho, le cortarían las manos a… ¡Dios!

Ricardo Orozco escondió la cabeza entre las manos. La alzó al oír, segundos después, el golpe de una puerta… Ahora estaba acompañado solamente por los dos hombres del coche averiado. Los otros cuatro habían desaparecido. Afuera, de pronto, se oyó el sonido de un motor al ser puesto en marcha. Luego, el vehículo se fue alejando… Y de nuevo el silencio.

—¿Quiere tomar algo? —le ofreció uno a Orozco.

—Sí… Sí, gracias.

—Relájese. Todo ha terminado para usted. Quiero decir —sonrió— que su labor ha terminado. ¿*Whisky*?

—Sí, *whisky*… Sí.

El silencio era tal que se oyó el gorgoteo del *whisky* al caer al vaso. El otro fue a buscar cubitos de hielo a la cocina. Orozco bebió un buen trago, y cerró los ojos. Aquella gente había sabido hacer bien las cosas, desde luego. Si se hubiesen limitado a amenazarle a él, no les habría dicho nada. ¡Nada! Pero la imagen de su hijo con las manos cortadas, o… Cada vez que pensaba en lo que aquella gente podía hacer a su familia, Orozco sentía como un río de hielo circulando por su cuerpo. ¿Realmente los estaban tratando bien? ¿Podía tener aunque sólo fuese una pequeña esperanza de que nada les ocurriría a los suyos? ¿Eran…?

Abrió los ojos.

Sí… Llegaba un coche. Segundos después se oía claramente, Y otros pocos segundos más tarde, el coche se detenía delante del chalé. El motor fue apagado.

—Deben de haber olvidado algo —dijo el jefe del grupo—. Ve a abrir.

El otro dejó su vaso de *whisky*, y salió de la salita. Sus pasos se oían con claridad. Hubo un cambio de aireación que delataba que la puerta del chalé había sido abierta. Pero no se oía nada. Ni siquiera una voz. Nada. Esto era tan sorprendente que el jefe del grupo, con el vaso en la mano, se quedó mirando hacia la entrada de la salita, frunciendo el ceño.

—¿Qué pas…?

La muchacha rubia apareció entonces. Orozco lanzó una exclamación de sorpresa, mientras el sujeto que dirigía el grupo enemigo respingaba, dejaba caer el vaso, y llevaba la mano hacia el sobaco izquierdo…

Plof, chascó algo en la mano derecha de la rubia. El hombre lanzó un alarido, giró, tropezó con la librería, y rebotó, cayendo de espaldas, rebotando también, y quedando finalmente de lado, orientado hacia Orozco, que contempló como en sueños el pequeño agujero negro en el centro de la frente. Cuando pudo desviar la mirada, vio al otro hombre. Un hombre alto, de cabellos color cobre, delgado, atlético, que entraba arrastrando por un pie, con estremecedora indiferencia, al sujeto que había ido a abrir la puerta.

—¿Está usted bien, señor Orozco? —preguntó la rubia.

Ricardo Orozco quiso hablar, pero de su boca sólo brotó una especie de maullido ronco. Se terminó el *whisky* de un trago, y se puso en pie.

—Mis hijos —jadeó—… ¡Mi familia!

Aquella mujer debía de ser poco menos que adivina, porque comprendió enseguida.

—¿También su familia está en poder de esta gente?

—Sí… En casa. Los tienen a los tres allí, y los matarán si algo no les sale bien. ¡Les cortarán las manos, y los senos, y todo… todo lo que…!

—Cálmese. Sobre todo, cálmese, aunque sea emborrachándose. Sírvele más *whisky*, Uno, por favor.

El impresionante sujeto de los cabellos color cobre asintió con un gesto, y sirvió más *whisky* a Orozco. La rubia había sacado una radio de bolsillo, y estaba diciendo:

—Ya pueden venir, Simón.

—*Okay*.

—¿Europa? —siguió hablando la rubia por la radio.

—Sí, a la escucha —sonó la voz de otro hombre.

—¿Cómo va eso?

—Bien. Los estamos siguiendo.

—Con cuidado. Esos cuatro sólo son parte de ese gran «commando» que está esperando. Volveré a llamar yo en cuanto me sea posible.

—¿Yo no la llamo?

—No, a menos que sea cuestión de vida o muerte.

—Entiendo. Llámeme usted cuando pueda. Seguimos detrás del coche con esos cuatro hombres.

La rubia cerró la radio, y volvió a colocarla entre sus senos. Número Uno estaba ya registrando a los dos hombres muertos. Llevó su documentación a la rubia. Ésta se hallaba examinándolas, con indiferencia, cuando se oyeron pisadas en la entrada de la casa. Número Uno se volvió, alzando su automática…, pero quien entró fue Simón-Bagur, y otro agente de la CIA.

—Ha sido muy buena su idea de llegar con el coche para que creyesen que eran sus amigos que volvían —elogió.

—Ya sabe lo que tienen que hacer. Simón —dijo la rubia—. Uno y yo nos vamos. Venga, señor Orozco.

—¿Adónde?

La rubia alzó las cejas. Luego, miró a Número Uno, y le hizo una seña. Uno tomó de un brazo a Orozco, y lo sacó de la casa. Segundos más tarde, los tres se alejaban del chalé, Número Uno al volante, Baby y Orozco detrás.

—Vamos a ir a su casa, señor Orozco. ¿Dónde vive exactamente?

—Calle Cavallers, número… ¡No! ¡Deben de estar vigilando quién entra en la casa, y si me ven…!

—No entrará usted. Solamente, nos llevará allá a nosotros. ¿Tiene las llaves?

—Sí… Sí. Pero si les oyen abrir la puerta…

—No oirán nada. Deme las llaves, dígame dónde vive exactamente, y descríbanos el portal, la escalera, toda la casa. Y la puerta de su piso, cómo es el vestíbulo, y díganos si la cerradura tiene alguna peculiaridad.

—No… No, no, no… ¡Los matarán!

—De todos modos los matarán, aunque nosotros no intentemos nada.

—Yo… yo la conozco a usted… ¿La conozco?

—Ha bebido demasiado —sonrió la rubia—. Y mucho me temo que se le están embrollando las ideas. Por lo tanto, sería conveniente que nos dijese ya lo que necesitamos saber, señor Orozco: ¿entiende usted que están en juego las vidas de sus hijos y de su esposa?

—Sí… ¡Dios mío, sí!

—Bien. ¿Dirección exacta de su casa?

* * *

—Es un apartamento agradable —dijo uno de ellos—. Pero yo encuentro que hace demasiado calor aquí. ¿No te parece?

El otro encogió los hombros. Estaba sentado a la mesa, cortando rodajas de salchichón. Delante tenía un pan redondo y un porrón lleno de vino.

—¿No quieres comer nada? —ofreció.

—No.

—Allá tú. ¿Y usted, señora? ¿Y los niños?

Pilar Orozco tragó saliva, y movió negativamente la cabeza. Estaba sentada en el centro del sofá, con un hijo a cada lado, abrazándolos, como una gallina haría con sus polluelos protegiéndolos bajo sus alas. Pilar Orozco era bastante más joven que su marido, atractiva en verdad a sus casi cuarenta años. Los niños, de siete y nueve años, miraban al hombre que comía salchichón, muy abiertos los ojos; pero no parecían tan asustados como la madre.

—Hay mucho tránsito de coches en esta calle —dijo el que comía salchichón—… ¿Por qué?

—Es… es la entrada para ir al centro… Bueno, la entrada es en otra, pero… pero en esta… Quiero decir que… que es la calle más importante de Palafrugell…

—Ah, ya. Algo así como la zona elegante, ¿no?

—No sé… Sí, creo que sí.

El hombre asintió, alzó el porrón, y apareció el chorrito de vino, que primero le dio en la cara. El niño rió un instante, provocando un tremendo susto en la madre. Pero el hombre terminó de beber, miró al niño, y le guiñó un ojo.

—No es fácil beber con este cacharro, ¿verdad?

—Mi papá sí sabe beber muy bien.

—Tu papá es un tío listo —rió el hombre.

El otro también rió. Se sentó en una silla, y encendió un cigarrillo. El del salchichón seguía comiendo. Evidentemente, le gustaba el embutido. Y el vino. Cuando terminó, se pasó la lengua por los dientes, y volvió a guiñarle un ojo al niño. Luego, se puso en pie.

—Voy a lavarme las manos.

Era frase que no merecía respuesta. El hombre salió de la salita. El que estaba fumando miró hacia las puertas vidrieras que daban a

la terraza, y que habían cerrado, por precaución. El calor era en verdad intenso, agobiante…

Volvió la cabeza de pronto, al oír la ahogada exclamación de Pilar Orozco.

—¿Qué pas…?

Se quedó mudo, lívido de pronto, cuando siguiendo la dirección de la mirada de la mujer, miró él también hacia la entrada a la salita, y vio al gigante bronceado, firme como una roca, apuntándole con una automática, extendido el brazo. Junto a él, una hermosísima mujer rubia, de ojos azules, extraordinarios…

—Todo está bien, señora Orozco —dijo la rubia—. Su marido subirá dentro de unos minutos. ¿Están bien los tres?

—Sí… Sí, sí…

—Estupendo. Usted —la azul mirada pareció congelarse al dirigirse de nuevo al petrificado sujeto—, venga aquí caminando de espaldas y con las manos sobre la cabeza. ¿Es lo bastante listo para comprender lo que quiero decir?

El hombre asintió.

Y, ciertamente, obedeció con toda exactitud. Baby pudo quitarle la pistola sin contratiempo alguno, y la entregó a Número Uno, haciéndole una seña. Uno asió al sujeto por el cuello de la chaqueta, y lo sacó de allí… Afuera, en el pasillo, el otro yacía tendido en el suelo, cara al techo. Parecía dormido, simplemente. Y así era: una presión adecuada en el sitio justo del cuello había sido suficiente.

—Reanímelo —dijo Uno—: tenemos que marcharnos.

Dentro de la salita, Baby contemplaba con gesto amable a Pilar Orozco y sus hijos.

—No tiene que preocuparse por nada más. Cuando nosotros nos vayamos, subirá su marido. Él sabe muy bien lo que tienen que hacer ustedes, y yo voy a rogarle que lo cumplan con toda exactitud, señora Orozco. ¿Está de acuerdo?

Pilar Orozco asintió con la cabeza, y de pronto, por fin, rompió a llorar, estruendosamente, abrazando con más fuerza a sus hijos. La señora Coleman hizo un simpático gesto de despedida a los niños, y abandonó la salita. En el pasillo, el hombre caído en el suelo se estaba recuperando bajo las atenciones de su compañero. Por fin, quedó sentado, mirando hoscamente a la mujer rubia que, no sabía cuánto tiempo antes, había aparecido de pronto ante él y le había

puesto una mano en el hombro, junto al cuello, sin darle tiempo ni a sorprenderse…

—Póngase en pie. Tenemos el coche abajo: ustedes se colocarán en el asiento de delante, y uno conducirá. Nosotros dos iremos detrás…, apuntándoles a la nuca con las pistolas, y diciéndoles a dónde queremos ir. Ya.

Capítulo XVI

Para ir de Palafrugell a Bagur, hay dos carreteras; una, por el interior, tierra adentro; la otra, más cerca de la costa, no demasiado, pero sí lo suficiente para que en determinado trecho se alcanzase a ver el mar, al fondo y más bajo, iluminado por la luna creciente. Justo en este lugar, a la derecha, había una pequeña explanada, que se cortaba bruscamente en un accidentado descenso del terreno lleno de pinos. Aquí, el coche se detuvo. El motor fue parado. Dentro del vehículo, Baby encendió la luz, es decir, las dos pequeñas pantallitas laterales.

Acto seguido, y para sorpresa de ambos sujetos, tanto la bella rubia como el silencioso acompañante salieron del coche, uno por cada lado, y se alejaron unos pasos. Los dos hombres cambiaron una mirada de desconcierto, y, de pronto, de esperanza. La mano derecha del que había conducido se movió, lentamente, hacia la llave del contacto. Sólo tenía que moverla, poner el motor en marcha y apretar el acelerador para conseguir…

El que no estaba ante el volante vio cómo la rubia movía el brazo derecho, como si tirase algo. Por un instante, vio algo pequeño y brillante en el aire. Algo que entró por la ventanilla abierta, y fue a estrellarse en el salpicadero, rompiéndose… Un segundo más tarde, los dos hombres estaban profundamente dormidos.

Y quince segundos más tarde, eran sacados del coche y tirados como basura ladera abajo.

—Me aseguraré de que quedan ocultos.

—Gracias, mi amor. Tienen sueño para cuarenta y ocho horas, de modo que cuando despierten ya estarán en manos de la Guardia Civil.

Número Uno se deslizó con cuidado por la pendiente, haciendo rodar más hacia el fondo, a puntapiés, a los dos dormidos sicarios,

hasta que consideró que quedaban en un lugar en el que no podían ser vistos desde la carretera, ni aun en el supuesto de que alguien se detuviese allí para mirar.

Volvió arriba, se sentó al volante, y partió, en dirección a Bagur. Sentada junto a él, la señora Coleman dijo:

—También habría que avisar a la policía de Gerona de que en una habitación del Hostal Puigmal hay dos cadáveres, Uno.

—Ya lo haremos.

—De modo que mataste a Willman de un golpe en la cabeza… Bien, la pobre… Simona-Dorothy Griffin ya está vengada… Lo cual, claro está, no significa nada para ella.

—Desde luego que no.

Brigitte permaneció unos segundos silenciosa. Estaban pasando ante unas pistas de tenis, a la derecha. A la izquierda, la entrada a un *camping*… Camping Europ.

—En cuanto al otro —dijo Uno—, por si estás pensando en él, lo maté en cuanto comprendí que me necesitabas aquí. Me refiero a Borgman.

—Quizá podías haberlo arreglado de otra manera.

—Quizá. Pero él era sólo un asesino de alquiler, y tú me necesitabas. Aunque eso quizá sea exagerado, ¿no? Tú nunca necesitas a nadie.

—Si quieres saber cuánto te necesito a ti, sólo tienes que morirte, y, desde allá arriba, contemplar lo que queda de mí sin ti —murmuró Brigitte.

Número Uno detuvo en seco el coche, y se quedó mirando a Brigitte, fijamente.

—Lo siento… Perdóname, Brigitte.

—No seas tonto —temblaron los labios de la señora Coleman—… Nosotros nunca hemos tenido ni nunca tendremos nada que perdonarnos.

Angelo Tomasini, es decir, Número Uno, o Clark Coleman, abrazó a la rubia señora Coleman, y la besó en los labios. Los de ella estaban siempre tiernos y frescos, siempre se amoldaban a los de él, en una entrega total, sencilla, palpitante.

Cuando el beso terminó, no fue necesario hablar. Número Uno reanudó la marcha, y en pocos segundos llegó al cruce: a la derecha, se bajaba a la cala de Aiguablava y al Parador Nacional de

este nombre; a la izquierda, Bagur. La carretera era empinada en esta dirección. Subían. Poco después pasaban junto a la gasolinera, y desembocaban en una gran plaza, fuera del pueblo, en el límite. Había muchos coches allí. De alguna parte, llegaba música. Frente a ellos, en la montaña de enfrente, el inevitable castillo de Bagur, iluminado. Detrás, un poco más alta, la Hípica
Ca’n
Miró.

—Supongo que vas a llamar a Europa —dijo Uno. Ella asintió.

Sacó la radio e hizo la llamada.

—Baby —dijo—. ¿Cómo están las cosas?

El silencio se prolongó tanto, que los dos espías cambiaron una mirada, alarmada la de Brigitte.

Y cuando iba a insistir, sonó la voz de Europa:

—Los hemos perdido.

—¿Qué dice usted? —exclamó la divina.

—Los hemos perdido. A los cuatro. Bueno, la cosa…

—¿Me está usted diciendo que el jefe de la CIA en Europa no ha sabido mantener bajo control un coche con cuatro hombres? —Casi gritó Brigitte.

—Le ruego que me escuche, Baby. Aunque preferiría explicarle sobre el terreno lo que ha sucedido. ¿Puede venir?

—¿Dónde está usted?

—En cala Fornells, frente al hotel Aiguablava. Es la misma carretera que va a cala Aiguablava y al Parador, pero antes de llegar aquí hay un desvío a la izquierda. No tiene pérdida.

—Está bien. Acabamos de pasar por ahí, pero volvemos. Tardaremos unos minutos, solamente.

—Supongo… que Número Uno se debe de estar riendo —masculló Europa.

—Número Uno no se ríe por una estupidez, señor Europa. Allá vamos.

* * *

Cala Fornells es, simplemente, un grupo de casas que disfrutan unos cuantos privilegiados. Como núcleo de este grupo, está el hotel Aiguablava, de cuatro estrellas, dotado de todas las comodidades y

como queriendo introducirse en el mar por entre rocas y pinos. La entrada a su estacionamiento es lo primero que se ve al final de la carretera, que sigue hacia la izquierda, para terminar en una diminuta plazoleta frente a la cual hay un embarcadero.

Allí, en la diminuta plazoleta, estaba Europa, fumando, acompañado por tres agentes de la CIA. Del hotel llegaba, amortiguada, música bailable, en verdad movida, y por entre los pinos se veían luces suspendidas.

—Se fueron en una lancha —dijo Europa, malhumorado, en cuanto Uno y Baby llegaron ante él—. Llegaron aquí, dejaron el coche —lo señaló, mal estacionado—, y siguieron a pie hacia el embarcadero. Vengan. Observen que frente al mismo embarcadero hay apartamentos. Bueno, nosotros creímos que iban a uno de esos apartamentos, así que detuvimos el coche, y Pet… Simón se apeó —señaló a uno de sus hombres—, para acercarse a pie y ver dónde entraban. Lo que hicieron fue saltar a una lancha, y zarpar en el acto.

—Los tuve a tiro unos segundos, mientras cruzaban el puentecillo, pero… Bueno, no me pareció acertado disparar. Si debí hacerlo, lo siento, Baby.

—Está bien, Simón, ya no se preocupe más. Mala suerte, eso es todo. A cualquiera pudo ocurrirle una cosa así. ¿Han registrado el coche?

—Sí, naturalmente. No hay nada que valga la pena.

—Supongo que es lógico. Bueno, me temo que esto puede complicar un poco las cosas, ya que esos cuatro hombres tienen todos los datos necesarios para ocupar Radio Liberty y manejarla, con lo que podrán poner en práctica su plan de emitir un programa especial.

—¿Qué clase de programa?

—No lo sé. Sé, por medio del señor Orozco, que hay unas determinadas cintas magnéticas grabadas ya, esperando que su contenido sea enviado por medio de las ondas a la Unión Soviética…, naturalmente, provenientes de Radio Liberty. Pero el señor Orozco no ha sabido explicarme nada más, y yo, con las prisas, no le hice a Iben Soumal todas las preguntas necesarias…

Lo que urgía, en aquellos momentos, era ayudar al señor Orozco, lo cual era un modo lógico de ayudar a que la seguridad de Radio

Liberty continuase funcionando.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente? —se interesó Europa.

—Será mejor que venga con Uno y conmigo en el coche, al lugar donde dejé a Iben Soumal, y por el camino se lo explicare todo. Ni siquiera vale la pena que ninguno de ustedes se quede vigilando este coche —dijo Brigitte, mirando a los agentes de la CIA—. Sígannos en su coche, eso es todo.

Así se hizo.

Y durante el trayecto hasta el lugar donde la señora Coleman había dejado a Iben Soumal, Europa quedó al corriente de todo. Al volante, Número Uno no pronunció ni una sola palabra. Por fin, llegaron al lugar. Brigitte señaló el coche de Iben Soumal, escondido a un lado de la carretera. Iben Soumal, dormido bajo los efectos del gas de una ampolla, por no menos de cuarenta y ocho horas, estaba dentro del maletero del coche, según explicó Baby, que se dispuso a salir del coche. Pero volvió a acomodarse en el asiento al ver que Europa no se movía del suyo.

—Estoy pensando —murmuró Europa— que, ciertamente, para la CIA sería ahora muy fácil ir a ocupar el yate *Firenze*; pero me pregunto si eso es lo más conveniente. Hay algo que no acaba de gustarme en todo esto: los rusos. En estos momentos hay por estos lugares no menos de diez o doce agentes de la MVD, llegados de diversos puntos de Europa, al parecer, en pos de Cirilo Gavrilovich. Por lo que el señor Orozco le ha explicado a usted, los hombres que lo secuestraron eran rusos también… ¿Le parece usted que uno y otro grupo pueden tener algo que ver entre sí, o uno de los grupos con Montellini, o quizá los dos grupos y Montellini, que podrían estar realizando el mismo trabajo en diferentes escalones y fases aisladas?

—Vaya, señor Europa… ¡No sabe el peso que me quita de encima! Comenzaba a temer que usted estuviese perdiendo facultades.

—¿Ustedes también han pensado algo así? Inevitablemente. Salgamos.

Salieron del coche, y Número Uno abrió el capó del otro. Europa estuvo unos segundos contemplando a Iben Soumal, antes de murmurar:

—¿No se le puede despertar?

—Sí. Es decir, con ciertas dificultades. Tengo en mi maletín la droga adecuada para ello, pero generalmente sólo la utilizo cuando he utilizado el gas inferior, cuyos efectos duran no más allá de dos horas. En esta ocasión, Iben Soumal tiene sueño para dos días.

—Debió prevenir que… Oh, lo siento, iba a decir una estupidez: a fin de cuentas, si a mí no se me hubiesen escapado esos cuatro hombres, todo estaría perfecto ahora. Bien, ¿qué esperamos para inyectarle esa droga al árabe?

—El choque puede ser demasiado violento, considerando la profundidad de su sueño. Podría incluso morir.

—Pues que muera —dijo fríamente Europa—. O eso, o nos tendrá que explicar con todo detalle los planes de Sergio Montellini.

—En realidad —murmuró la señora Coleman—, yo creo que no es Montellini quien dirige todo el asunto.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Del hecho de que Sergio Montellini no usa peluquín.

Europa se quedó mirando pasmado a la señora Coleman, que terminó de llenar la pequeña jeringuilla, y se la tendió.

—El mérito o los remordimientos, para usted, señor Europa. Y que conste que le he advertido bien claramente.

—¿Qué es eso del peluquín?

—Los asesinos llamados Boll y Arly dijeron que el jefe llevaba peluquín. Fue una frase en la que se me involucraba a mí, y que en cierto modo tenía gracia: dijeron algo así como que si su jefe veía una mujer como yo, se le iba a saltar el peluquín. Y Montellini no usa peluquín.

Europa permaneció reflexivo unos segundos. Acabó por encoger los hombros, y pidió una linterna. A su luz, inyectó la droga en el brazo de Iben Soumal. Devolvió la jeringuilla a la señora Coleman, que la guardó cuidadosamente en su maletín. Todos se quedaron mirando atentamente a Soumal, esperando el resultado… Y de pronto, el magullado árabe, que había estado con los ojos cerrados, los abrió, aspiró fuertemente, en una especie de gran respingo, y se relajó, quedando con los ojos abiertos. Número Uno le puso dos dedos en un lado del cuello, esperó unos segundos, y miró Europa.

—Enhorabuena —dijo—: está muerto.

—¿Qué quiere decir con eso de enhorabuena? —Casi gritó Europa.

—Tranquilos —dijo sosegadamente la agente Baby—: éste es el momento menos adecuado de todos para discutir. Es el momento de hacer algo. Y sin perder un segundo.

—Ustedes están llevando esto a su modo, ¿no es así? —refunfuñó Europa—. ¡Pues vean de encontrar alguna solución tan rápida como el asunto requiere! Veamos: ¿qué se les ocurre?

Capítulo XVII

Sergio Montellini había escuchado estupefacto a la señora Coleman, al principio muy inquieto, incluso asustado, pero finalmente, de pronto, y para asombro de la señora Coleman, Montellini sonrió con gran alivio, y exclamó:

—¡No sabe usted el alivio que acaba de proporcionarme, señora Coleman! Gracias por venir a decírmelo.

Ahora fue la señora Coleman quien pareció quedar estupefacta.

—Pero, señor Montellini, yo… yo creo que no me ha entendido usted: acabo de decirle que el señor Soumal está muerto, y que…

—Sí, sí, sí… Lo he entendido todo perfectamente, se lo aseguro. Iben se presentó en su habitación, le regaló un frasco de perfume, y le propuso salir a dar un paseo en uno de mis coches. Usted, aburrida, y un poco enfadada con su marido porque esta noche se va a quedar en Barcelona, decidió aceptar. Fueron a pasear con el coche, se metieron entre unos bonitos pinos, el señor Soumal quiso llevar las cosas al último extremo… y mientras usted le permitía unas cosas sí y otras no, el pobre Iben falleció de un ataque cardíaco.

—Bu-bueno, eso me… me ha parecido a mí… Me asusté tanto… No sabía qué hacer, y estuve allí como una tonta. Claro, si avisaba en el hotel tendría que dar tantas explicaciones que mi marido se enteraría de esta pequeña tontería mía… Sólo quería pasar el tiempo… Pero Clark…

—No se preocupe usted más, señora Coleman. ¿Dónde está el coche?

—Bueno… Quizá con un mapa podría señalarlo mejor que…

El mapa le fue proporcionado inmediatamente a la señora Coleman, y ella explicó muy bien dónde había ocurrido tan lamentable percance. Sergio Montellini salió del camarote donde, conforme a la sorprendente petición de la señora Coleman, la había

recibido unos minutos antes en privado. Regresó tres o cuatro minutos más tarde, sonriente.

—Todo arreglado —aseguró—: he enviado a tres muchachos de la tripulación a encargarse de todo. Uno de ellos llevará la lancha a un punto de la costa al que los otros dos llevarán el coche, y nos ocuparemos del cadáver sin que usted tenga que sufrir molestia de ninguna clase.

—Estoy… tan sorprendida… ¡Parece como si le hubiese alegrado a usted que el pobre Iben haya muerto!

—No. No es eso… Es que temía que las cosas se hubieran complicado en otro sentido. Dígame, señora Coleman: ¿está usted segura de que nadie les vio salir juntos con mi coche?

—Oh, sí… ¡Me aseguré bien, porque no quería que…!

—¿Y está segura también de que nadie la ha visto venir al yate?

—Bueno, ya le he dicho que, precisamente para evitar que me viesen, he subido a uno de los patines aprovechando el momento en que no había nadie cerca, y… y he venido siempre procurando no ser vista. No quisiera que Clark…

—Despreocúpese: le aseguro que su marido no se enterará jamás de lo sucedido. Nosotros…

La puerta del camarote se abrió de pronto, y asomó la cabezota de Herrmann Zopp.

—Sergio: Ciro está en la radio. Quiere saber qué ocurre, por qué no se procede al ataque a Radio Liberty.

—Explícale lo ocurrido con Iben, y que, como no sabíamos qué ocurría, estábamos preocupados y preferíamos esperar. Una vez hayas tranquilizado a Ciro, avisa al «comando» de asalto y que procedan de acuerdo a los últimos planes basados en las informaciones del subjefe de seguridad. Cuando hayan controlado Radio Liberty, que el jefe del «comando» nos llame por la emisora de bolsillo especial. ¿Está todo bien claro o tengo que hacerlo yo?

—Puedo pasar sin ti —dijo Zopp, mirando sonriente a Nora Coleman—… Lo siento por usted, señora Coleman. Y por el pobre Iben, que no podrá disfrutar de su belleza, como pensamos hacer David y yo.

Zopp abandonó el camarote, cerrando la puerta, y la «estupefacta» señora Coleman miró a Montellini.

—No… no he entendido nada… nada de lo que el señor Zopp ha

dicho… ¿Qué… qué tiene que ver Radio Liberty con todo esto de Iben…?

—Todo esto, señora Coleman, son negocios que me temo que su cabecita no podría comprender. Ahora, voy a rogarle que se quede aquí, en este camarote… por el momento.

—Pe-pero yo… tendría que regresar al hotel… Quizá Clark me vuelva a llamar esta noche, y…

—Sea buena chica —dijo Montellini, acercándose a ella y pellizcándole la barbilla—; instálese aquí confortablemente, y espere. Hasta luego.

—Pero, señor Montellini…

El señor Montellini no le hizo más caso. Salió del camarote, y la «atribulada» señora Coleman oyó claramente el chasquido de la cerradura al ser accionada por la llave. Para entonces, la señora Coleman tenía una extraña sonrisa en los labios, que habría inquietado no poco a Sergio Montellini si la hubiese visto. Esperó un par de minutos, que dedicó a escuchar a través de la puerta, y entonces, abrió el maletín, que en ningún momento había merecido la atención del italiano, y sacó la radio de bolsillo.

—¿Uno? —susurró.

—¿Estás bien? —Sonó enseguida la voz de Número Uno, tensa.

—Claro que sí, mi amor. Todo ha salido como habíamos previsto. Me retienen, piensan llevarme luego con ellos, violarme alegremente, y luego matarme, lo cual supongo que es lo que piensan hacer con las otras chicas… Pero ahora, escucha esto: existe un hombre llamado Ciro que posiblemente es el del peluquín, y al que Montellini ha asegurado que se va a proceder a la acción, es decir, que se ha dado ya la orden de ataque a Radio Liberty; cuando el «comando» haya conseguido controlar las instalaciones en su totalidad, tiene que llamar al yate para informar que todo ha salido bien; esto, lo hará el jefe del «comando». Luego, no sé qué más pretenden… Pero lo sabré.

—Brigitte…

—¿Por qué tienes que preocuparte siempre por mí?

—Es una pregunta tonta que merece una respuesta tonta: porque te amo.

—Oh, mi amor, perd…

La comunicación fue cortada bruscamente por Número Uno, y la

señora Coleman se quedó mirando sorprendidísima la radio. De pronto, sonrió.

—Se ha enfadado. Y con razón: a veces, realmente, soy una pobre tonta. Bien… Espero que al menos no haya contratiempos excesivos en Radio Liberty, que todo salga como hemos planeado Uno y yo…, con la colaboración del señor Europa y de las autoridades españolas… ¿De cuántos hombres se compondrá ese «commando»…?

* * *

El jefe del «commando» se llamaba Moranti, y, en aquellos momentos, en el borde del campo de golf, vestido completamente de negro, estaba tendido en el suelo, hablando por la radio de bolsillo con onda especial, exclusiva para el «commando». Junto a él, otros dos hombres, también vestidos de negro. El total de mercenarios para llevar a cabo aquella operación era de treinta y dos, y aparte, los doce técnicos que, en pocos segundos, tenían que ocupar sus puestos, de modo que en Radio Liberty prácticamente no se notase interrupción, ni anomalía digna de mención.

Para conseguir esto, los treinta y dos hombres de asalto debían actuar a la vez, perfectamente sincronizados, sin un solo fallo. Al principio, se había pensado en cortar el suministro eléctrico que recibía la emisora, pero finalmente, esta parte del plan fue desechada, pues sólo contribuiría a provocar una cierta alarma, o, cuando menos, una reactivación de alerta de todos los servicios que funcionaban rutinariamente en Radio Liberty. Era mucho más práctico, pues, realizar el ataque directamente, basándose ante todo en el factor sorpresa. Muchos cálculos habían sido hechos antes de llegar a la conclusión de que en un tiempo máximo de nueve segundos a partir de la orden de ataque, Radio Liberty podía quedar en manos del «commando». Sólo seis segundos más tarde, es decir, con una interrupción máxima de quince segundos en el funcionamiento normal de la emisora, los técnicos podrían estar ya suplantando a los empleados de Radio Liberty…

—Cada grupo —decía en susurros Moranti en aquel momento— debe numerarse y asegurar su posición y su puesta a punto. Grupo Primero.

—Grupo Primero: playa; todo perfecto.
—Grupo Segundo: extremo norte golf; todo perfecto.
—Grupo Tercero: extremo sur golf; todo perfecto.
—Grupo Cuarto: entrada principal; todo perfecto.
—Grupo Quinto: opuesto a la entrada principal; todo perfecto.
—De acuerdo —asintió Moranti, que junto con los otros dos hombres formaba el Grupo Especial; miró la esfera luminosa de su reloj—… Son exactamente las once, nueve minutos, treinta y cuatro segundos… Treinta y cinco, treinta y seis… A las once y diez minutos es la hora… Treinta y nueve… Cuarenta… Corto.

Cerró la radio, la guardó en el macuto, y se quedó mirando la esfera luminosa. La manecilla, larga, perfectamente visible, se desplazaba con suavidad. Apagado, llegaba hasta allí el rumor del mar. Arriba, brillaban las luces de posición de las antenas de Radio Liberty, con vistas a evitar un posible accidente de aviación, o cualquier error imprevisto por parte de alguien.

«Lo más peligroso —pensaba Moranti— es la Guardia Civil, esos treinta hombres. Pero, ni siquiera van a enterarse de nada hasta que se produzcan las explosiones…».

Las explosiones, de todos modos, tardarían mucho. Unas cinco horas, quizá seis. Desde luego, deberían realizarlas antes del amanecer. No mucho antes, pero sí con el tiempo justo para abandonar Radio Liberty hacia la playa, donde después de nadar diez minutos, serían recogidos…

Las once y diez minutos exactamente.

—Ya —dijo Moranti, poniéndose en pie.

Acompañado por sus dos lugartenientes, echó a correr hacia la sencilla alambrada que delimitaba las instalaciones de Radio Liberty, separándola del campo de golf. Sabían que no estaban electrificadas, así que, sin temor alguno, se asieron a ellas, y se encaramaron a toda prisa. No tardaron más allá de dos segundos en saltar al otro lado.

Los ojos de Moranti relucían de victoria, de alegría fiera. En cuestión de segundos, podría llamar a Montellini y decirle que la operación había terminado con éxito…

* * *

La puerta del camarote se abrió, y Sergio Montellini entró. Sonrió al ver a la señora Coleman sentada en el borde de la litera, fumando. Junto a ella, abierto, tenía aquel gracioso maletín, y, en la mano izquierda, todavía, el paquete de cigarrillos.

—¿Todo va bien, señora Coleman? —se interesó amablemente el italiano.

—Señor Montellini —ella miró su relojito, y frunció el ceño—, son las once y cuarto, y si esto es una broma…

—No, no. Nada de bromas, señora Coleman. Pero debo admitir que me siento de un humor excelente. Tanto, que está invitada a un simpático crucero por el Mediterráneo.

—¿Quiere decir… que el yate va a zarpar? ¿Y que me llevan con ustedes?

—Efectivamente, Pero el yate no zarpará hasta que regresen los hombres de mi tripulación con el cadáver de Iben…, que por cierto están tardando ya demasiado.

—Pero… ¡esto es un secuestro!

—Pues… sí. ¡Sí, en efecto! —rió Montellini.

—Se darán cuenta… ¡En el hotel le echarán de menos a usted, y a mí, y pensarán…!

—No sé lo que pensarán de usted, pero de mí sólo podrán pensar lo que les he dicho: que tenía que zarpar urgentemente hacia Italia, para atender unos asuntos en Roma. Todo está en orden, señora Coleman.

—Pe-pero ¿qué… qué significa esto? ¿Y lo de Radio Liberty?

—¡Ah, esa insaciable curiosidad femenina…! ¿Le gustaría saber lo que ocurre con Radio Liberty? Pues, mientras esperamos a Iben, voy a ser tan gentil de complacerla. ¿Usted conoce las actividades de Radio Liberty, señora Coleman?

—Sí… He leído varios artículos sobre eso.

—Eso facilitará mi explicación. Como usted dice saber, Radio Liberty es… una molestia para Rusia. Digan lo que digan los responsables oficiales de esa emisora, lo cierto es que su labor radiofónica tiene puntos de contacto con la subversión política contra los intereses de la Unión Soviética…

—¿La guerra de las ondas?

—Sí… ¡Sí, exactamente! Es una guerra… admitida, hasta cierto punto, pero nadie se sorprenderá demasiado si Rusia, en

determinado momento, se molesta mucho con Radio Liberty y envía un «commando» a destruirla… ¿No le parece?

—En las actuales circunstancias políticas y económicas entre Rusia y España, no puede haber en toda la Unión Soviética ni un solo ruso tan insensato como para ordenar una acción semejante en territorio español.

—Señora Coleman, usted me sorprende… ¿Entiende de política, quizás?

—Un poco.

—¿Y de… economía? ¿Entiende usted de economía?

—No comprendo bien la intención de su pregunta.

Sergio Montellini quedó pensativo unos segundos, fruncido el ceño.

—Veamos —murmuró por fin—… ¿Sabe usted lo que está ocurriendo en el Líbano?

—Tengo entendido que, escudándose en ideologías religiosas, se han provocado allí determinados enfrentamientos armados… que ya están durando demasiado.

—Sí… ¡Eso es lo que pensamos nosotros, exactamente! ¡Ya dura demasiado ese asunto!

—¿Quiénes son «nosotros», señor Montellini?

—Bueno, digamos que somos un grupo considerable de… financieros internacionales. Un grupo que, hasta que la cosa se complicó en el Líbano, teníamos allí depositados grandes, grandiosos intereses… y capitales. Diga una cifra que le parezca a usted muy grande, señora Coleman.

—¿Cien millones de dólares?

—¡Eso es una miseria! —rió Montellini—. Hablemos de miles de millones de dólares, y nos aproximaremos mucho más a las inversiones y depósitos que nuestro grupo tiene en el Líbano. Dinero en los bancos, oro, piedras preciosas, intereses en futuras explotaciones petrolíferas y diamantíferas, gas, grandes proyectos sobre productos manufacturados… Nuestro grupo es como… un gigantesco pulpo que se estaba extendiendo por todo el Oriente Medio…, incluido Israel, naturalmente. Con nuestras grandes inversiones y depósitos estábamos camino de llegar a controlar financieramente algunos países, partiendo del Líbano. Todo iba maravillosamente. Y de pronto, esa estúpida contienda nos está

haciendo perder la oportunidad, nos está estropeando inversiones, y nos tiene bloqueados una cantidad tal de millones en oro y dinero que nos ha puesto al borde de la quiebra total… Quiebra que, naturalmente, nos impediría seguir adelante con nuestros proyectos de controlar en todos los órdenes el Oriente Medio… ¿Lo comprende?

—Sí. ¿Qué solución han encontrado ustedes?

—Ah, es inteligente, veo que, en efecto, comprende… ¿Solución? Bueno, ya lo sabe usted: Radio Liberty.

—Esa parte no la entiendo.

—En estos momentos, Radio Liberty está siendo manejada por un grupo de hombres de diversos… matices, cada uno de los cuales cumple su parte: hombres de acción, hombres de dirección, técnicos, políglotas… El total de hombres es de cuarenta y cuatro.

—¿Quiere decir que Radio Liberty está ahora en poder de cuarenta y cuatro hombres… que trabajan para ustedes?

—Así es.

—¿Y qué van a conseguir con eso?

—Bueno, en estos momentos se está ya emitiendo un programa especial, creo que en bielorruso, destinado a la Unión Soviética. Claro está, los rusos, pese a su desagrado hacia Radio Liberty, escuchan y graban todas las emisiones de ésta. Las emisiones, normalmente, sólo pueden ser captadas a partir de determinada línea de recepción en el Este europeo, pero, en esta ocasión, algo va a ocurrir: serán escuchadas, también, en algunos puntos de Europa debido a cierto… incomprensible fallo digamos técnico en la frecuencia de las ondas utilizadas…

—Fallo que, naturalmente, será provocado por los técnicos empleados de ustedes y que ahora controlan Radio Liberty.

—¡Exacto! El objetivo es que las emisiones finales de esta noche sean escuchadas no sólo en la Unión Soviética, sino también, en la Europa Central y del Norte. De este modo, Radio Liberty no podría argumentar que no hizo tales emisiones.

—¿Y en qué consisten esas emisiones?

—Digamos que Radio Liberty, esta noche, va a emitir una… acumulación de mentiras políticas y bélicas verdaderamente terribles contra Rusia: va a delatar crímenes masivos cometidos en la frontera siberiana con China por soldados rusos, por ejemplo. Y

acuerdos secretos con la India. Ciertos planes verdaderamente… horripilantes sobre un acuerdo con Japón destinado a regularizar la densidad de población en este país, es decir una auténtica masacre que sería considerada como… un fantástico accidente de tipo meteorológico… Y, cómo no, se acusará a Rusia de intervención directa en los conflictos, del Líbano, entre otros del Oriente Medio.

La señora Coleman estaba lívida y muda de espanto.

—¡Pero todo eso es mentira! —Pudo recuperar de pronto la voz, crispada.

—Por supuesto que es mentira, querida señora, pero ahí estarán las noticias, difundidas por Radio Liberty en casi toda Europa. Y, como admitiendo la verdad, Radio Liberty ha sido siempre una emisora seria y veraz, todos creerán esas cosas de Rusia. ¿Qué cree usted que hará Rusia cuando sus especialistas oigan esta noche las noticias de Radio Liberty?

—Usted… usted está loco… ¡No pueden hacer eso!

—Le diré lo primero que hará Rusia…, de acuerdo a nuestros planes, claro. Como le he dicho, tenemos la emisora controlada, pero tan eficazmente, con tal discreción, que nadie sabe nada de que ha cambiado de manos. Durante unas horas, mis hombres permanecerán en Radio Liberty, siempre controlando la situación. Luego, antes del amanecer, la destruirán. Naturalmente, con todo el personal de servicio esta noche en la emisora… ¿Y sabe qué se dirá en todo el mundo?

—Se dirá… que Rusia, después de oír la última emisión de Radio Liberty, preparó en cuestión de horas un «commando» de hombres hasta entonces destinados en el Sur de Europa, y que, esta madrugada, ese «commando» ruso ha destruido Radio Liberty y asesinado a todos los empleados presentes. De este modo, el mundo entero creería: uno, que fue la genuina Radio Liberty quien propaló esas noticias sobre Rusia; dos, que los rusos, verdaderamente enfadados al fin, han aplastado Radio Liberty como represalia.

—¡Señora Coleman…! ¿Sabe que me está sorprendiendo su claridad de comprensión?

—¿He acertado?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Y qué ganará el grupo de usted con todo esto?

—Tenemos la esperanza de que los… intereses bélicos de

determinados países que están siempre entrometiéndose en la marcha de otros menos privilegiados, se decanten hacia esta zona del Mediterráneo, y dejen en paz al Líbano. Con lo que nosotros, nuestro grupo, podremos muy en breve continuar con nuestros proyectos allá.

—Y mientras tanto, nada más y nada menos que habrán provocado ustedes una guerra más que posible entre Rusia y España.

—Bueno, alguien tiene que perder —sonrió Montellini.

—Si Rusia ataca a España, quizá tenga que enfrentarse también a Estados Unidos.

—Quizás. En realidad, no creemos que la cosa llegue demasiado lejos… Sólo queremos que dejen en paz al Líbano unos y otros.

—¿Aun a riesgo de una guerra entre Rusia y Fspaña, que sería, posiblemente, el inicio de una guerra mundial?

—Las guerras, señora Coleman, sólo perjudican siempre al pueblo, a los débiles. Los poderosos, en cambio, siempre hacemos magníficos negocios con ellas, y nuestro grupo será muy poderoso y aún lo será más a cada día que transcurra de esa guerra. ¡Así son los negocios de altos vuelos, señora Coleman!

—Ustedes… un grupo de financieros… están buscando el modo de provocar una guerra mundial, a fin de cuentas. Y ello, para recuperar sus intereses en Oriente Medio, y obtener luego mayores beneficios todavía.

—¡Ésa es la idea! ¿Sabe, señora Coleman? ¡Estoy muy sorprendido! ¡Apostaría cualquier cosa a que ninguna de nuestras chicas habría podido comprender una cosa como ésta!

—Yo sí la comprendo. Pero algo puede salirle mal.

—Oh, no. Mi jefe de «commando» ya me ha llamado, diciéndome que todo está bien.

—Los españoles no creerán que Rusia haya decidido aplastar Radio Liberty.

—Lo creerán. Cuando Radio Liberty haya sido machacada, se procederá a profundas investigaciones… Y se sabrá entonces que, hace días, un agente ruso llamado Cirilo Gavrilovich llegó a la Costa Brava, procedente de París, y detrás de él, escalonadamente, varios agentes rusos más, que, claro está, habrían sido los organizadores del ataque a Radio Liberty.

—Eso implicará que Rusia ya tenía pensado atacar Radio Liberty antes de la emisión de ese programa.

—¡Pero, señora Coleman, claro que sí…! Lo que revelaría, simplemente, la eficiencia del espionaje ruso, que ya sabía que Radio Liberty iba a emitir ese programa, y que al no poder impedir su emisión, dieron la orden de ataque. Lo que aún daría más crédito a ese programa especial, ¿no le parece?

—Pero Cirilo Gavrilovich, ese agente ruso, no vino a España para eso… ¿Verdad?

—¡Claro que no! El pobre Gavrilovich vino a España engañado: recibió la información de que se estaba produciendo… cierto cáncer de traición en el espionaje soviético en el centro de Europa, y se le ofreció negociar la información completa en el hotel Cap Sa Sal, siempre y cuando acudiese solo y sin comunicarlo a nadie.

—Y el buen Cirilo, temiendo por su servicio de espionaje, se vino a España…, sin saber que lo que se pretendía de él era atraer a sus camaradas, que, más adelante, serían acusados de haber venido a preparar, o bien el silencio del programa de Radio Liberty, o bien la destrucción de esta emisora.

—Fantástico… ¡Eso es exactamente, señora Coleman!

—¿Y todo esto… lo ha ideado usted, señor Montellini?

—Bueno… Soy inteligente, pero no tanto.

—Ha sido el hombre llamado Ciro, ¿no es así?

—Así es. Mañana, él zarpará de Mallorca, nos reuniremos en alta mar, y… Señora Coleman: ¿sabe que me está usted… casi asustando con su… facilidad para penetrar en las cosas, en acontecimientos que no debería ni siquiera ser capaz de comprender?

—¿Cómo se llama el yate de Ciro?

Montellini parpadeó, de pronto inquieto, desconcertado.

—Me doy cuenta de pronto de que estoy hablando demasiado. Claro que usted no vivirá para contar nada a nadie, señora Coleman, pero…

—No soy la señora Coleman, tal como usted lo entiende, Montellini. Mi nombre verdadero es Brigitte Bierrenbach Montfort, y se me conoce en todo el mundo como la agente Baby, de la CIA.

Sergio Montellini quedó petrificado, lívido.

Cuando quiso reaccionar, la pequeña pistolita le estaba apuntando a la cabeza.

Plof, chascó el arma. Sergio Montellini cayó hacia atrás, con seco sonido, y quedó inmóvil, fijos los desorbitados ojos en el techo. La señora Coleman utilizó de nuevo la radio, inalterable.

—¿Uno?

—Sí. Dime.

—¿Cómo están las cosas ahí?

—Ya te lo he dicho hace unos minutos: los cazamos a todos en cuanto entraron en Radio Liberty, utilizando los gases. Hubo unos cuantos tiros, pocos, que parece que no han sido oídos por nadie. Todo en calma, controlada la situación. La Guardia Civil se ha hecho cargo de esta gente, y está interrogando a su jefe, el tal Moranti, al que obligué a llamar a Montellini para decirle que todo había salido bien.

—¿Ha quedado claro que Rusia no tiene nada que ver con esto?

—Supongo que a cada instante lo están aclarando más. No lo sé, porque estoy camino del yate. ¿Estás bien? ¿Todo… tranquilo ahí?

—Acabo de matar a Montellini. Esto, claro, después de que me ha facilitado una información que convencerá definitivamente a la policía española cuando nuestros servicios de contacto les lleven el informe completo. Financieros y mercenarios, eso era todo. Uno, hay un hombre, el llamado Ciro, que está ahora anclado en aguas mallorquinas. No sé el nombre del yate, pero hay que encontrarlo. Es el cerebro director de todo esto. Hay que matarlo, o más adelante intentará cualquier otra cosa parecida.

—Puedo hacerte una sugerencia: espérame, nos apoderamos del *Firenze*, y partimos hacía Mallorca. Nosotros no conocemos el yate de Ciro, pero él sí conoce el *Firenze*… Sólo tendremos que esperar que se acerque.

—Magnífica idea. Bueno, mi amor: te estoy esperando. ¿Puedo hacerte una sugerencia?

—Hum.

—Es para simplificarlo todo —rió Nora Coleman—: ocúpate de la tripulación, que está en cubierta. Yo me ocuparé del cocinero, y de Zopp y Ekhard. Las chicas no importan.

—¿No sería mejor que esperases mi llegada?

—Prefiero asegurarme de que tú sólo tendrás que enfrentarte a los dos de arriba. Por cierto, supongo que los que fueron a por Iben Soumal están a buen recaudo.

—Claro. Bien, voy a llegar en pocos minutos. Mira, mi amor, yo preferiría…

—Está bien, no quiero causarte más inquietudes, mi vida. Avísame cuando hayas controlado al capitán y al único tripulante que queda en cubierta, y yo actuaré entonces. ¿Mejor así?

—Sí —se oyó el suspiro de Número Uno—… A veces soy brusco contigo, pero… te amo.

—Yo te amo más a ti.

—Mejor —dijo Número Uno—. Pero discutiremos eso en otro momento.

—Besos.

Brigitte cerró la radio, miró con escalofriante indiferencia a Sergio Montellini, y encendió otro cigarrillo. Sólo tenía que esperar. Esperar a que Uno controlase la situación en la cubierta del *Firenze*. Pero… ¿y si le herían, o…?

¡Oh, las tonterías de siempre! ¡Él era Número Uno, nada menos!

* * *

Bip-bip-b…

—¿Sí? —exclamó Brigitte, con voz contenida.

—Esto está listo. Ya puedes suspirar, voy a bajar para…

—Dame un minuto. Sólo un minuto, para quitar de en medio al cocinero.

—De acuerdo.

La hermosísima señora Coleman se puso en pie, pasó por encima del cadáver, y se dirigió hacia la puerta, llevando el maletín en la mano izquierda y la pistolita en la derecha. Tras asegurarse de que no había nadie en el pasillo de los camarotes salió del que había sido su celda, y fue hacia la cocina. El buen Gastón estaba allí, efectivamente, terminando de poner orden en todo antes de retirarse a descansar. Se volvió al oírla, sonrió al verla…, y luego vio la pistola.

—Gastón, preferiría no tener que matarle, pero eso es lo que haré si tan sólo comienza a abrir la boca. Si prefiere continuar viviendo, aun a riesgo de quedar en poder de la policía española, como todos los que también han sobrevivido, sólo tiene que volverse de espaldas a mí y extender los brazos hacia delante.

El cocinero vaciló un instante; luego, apretó los labios, bien expresivamente, y se volvió de espaldas, extendiendo los brazos. La señora Coleman se acercó, le golpeó adecuadamente en un lado del cuello, y se apartó. El rollizo cocinero cayó hacia delante, sin sentido.

—Además de buen cocinero, eres un chico listo. Felicidades, Gastón.

Salió de la cocina, recorrió el pasillo, y apareció en el saloncito del yate.

—¡Hola, Nora! —saludo alegremente Rita.

Zopp, que estaba de espaldas, se volvió, sorprendido. El israelita Ekhard, de frente a la señora Coleman, la había mirado estupefacto un instante; un breve instante, hasta que vio la pistolita en la mano de ella. También entonces la vieron las cuatro muchachas, que emitieron unos tontos grititos de sobresalto.

—Todo está perdido para ustedes —dijo Nora Coleman—. Sean sensatos. Herrmann Zopp comenzó a moverse, pero, en ese momento, se oyeron unas leves pisadas en la escalera que conducía a cubierta, y un instante después aparecía otro personaje. Un personaje que dejó pasmadas para siempre a Rita, Maky, Greta y Monika: un hombre de más de metro ochenta, en bañador, todavía goteando su cuerpo delgado y bien musculado, quemado por el sol. Su mano derecha, que parecía de bronce, empuñaba una automática, con la que apuntó a los dos hombres, en suave desplazamiento que parecía digno de un mecanismo electrónico. En un costado, llevaba una bolsa de plástico, con algo dentro. Ni más ni menos que el señor Coleman.

—¿Los mato? —preguntó.

—Sólo si ellos quieren, mi amor —dijo la señora Coleman—. Pero yo preferiría que quedasen vivos, para que explicasen personalmente todo el asunto a la policía española. Todo será más creíble así, y también tendrán que creerlo los rusos.

—Los rusos están fuera de esto.

—No todos. Vigílalos bien, mi amor.

La señora Coleman regreso al pasillo, se detuvo ante la puerta que siembre estaba cerrada, apuntó a la cerradura con su pistolita, y disparó por tres veces. Luego, empujó graciosamente con un hombro, y entró en el camarote, que estaba a oscuras, encendió la

luz…, y se quedó mirando al hombre que yacía en la litera, atado sólidamente a ésta. Se acercó, colocó junto a la litera una sillita, se sentó, encendió un cigarrillo, y lo puso en los labios del hombre, que aspiró ávidamente, y después de expeler el humo cerró de nuevo los ojos y suspiró.

Cuando volvió a mirar a la rubia, ésta le sonreía afectuosamente, y de nuevo le acercó el cigarrillo, mientras decía:

—Hola, colega Cirilo Gavrilovich. ¿Cómo le va?

—¿Baby? —exclamó el agente soviético.

La señora Coleman compuso un gesto de fastidio.

—Vaya… ¡A esto le llamo yo estropearle a una la sorpresa, colega!

—¿Lo ha solucionado? —Casi gritó Gavrilovich—. ¿Ha solucionado toda esa porquería que…?

—Tranquilícese. Dentro de unos minutos, usted va a desembarcar, irá al hotel, dirá que ha estado unos días fuera, y pedirá la cuenta. Se irá mañana por la mañana… llevándose a todos sus camaradas que lo están buscando.

—Pero… Hace días que falto del hotel… La policía…

—No se preocupe por eso. Está… o estará en breve solucionado. Antes de marcharse, recoja en la conserjería un sobre, que contendrá la explicación total. Explicación que espero llegue cuanto antes al Directorio de la MVD. ¿Sí, Cirilo?

—Sí… Sí. Entonces…, esto no ha sido realmente ninguna jugada extraña de la CIA.

—Más bien ha sido una cortesía de la CIA —sonrió la señora Coleman—. ¿Creyó que la CIA tenía algo que ver con Montellini?

—Bueno… ¡Era todo tan… tan…!

—¿Sabía usted, Cirilo, que todo empezó para nosotros con el asesinato de una muchacha, una agente nuestra que trabajaba en París, que le siguió a usted aquí…, y que fue asesinada mientras usted era secuestrado?

—No… No lo sabía. Lo siento. De veras lo siento.

Baby Montfort asintió con un gesto, y musitó:

—Me conformo con eso.

Capítulo XVIII

El capitán del yate *Ciro* tendió los prismáticos a Ciro Palar, un hombrecillo menudo, delgado, de facciones pálidas y amplísima frente, sobre la que parecía cabalgar un peluquín, en vano intento de simular gran frondosidad capilar.

—Ahí está, señor.

Ciro Palar tomó los prismáticos, y miró hacia el yate que navegaba convergiendo hacia el *Ciro*. Estaba amaneciendo… Un hermoso amanecer. El rojo sol parecía realmente lanzar feroces pinceladas sobre las aguas levemente picadas, y convertir la espuma en extrañas flores que aparecían y desaparecían.

—Sí. Es el *Firenze*. Pero me extraña que Sergio no se haya comunicado por la radio… Me extraña mucho.

—Siempre hay que contar con las averías, señor. De todos modos, si el señor Montellini está aquí, es que todo ha salido bien.

—Sí, naturalmente. Bien, veamos qué nos dice personalmente Sergio. Ve a parar los motores.

—Sí señor.

* * *

Número Uno tendió los prismáticos a Nora Coleman, y dijo:

—Me parece que han parado los motores. Deben de tener pensado venir de visita con la lanchita. O quizás esperan ellos la visita… He visto al sujeto del peluquín. ¿No quieres verlo?

Nora Coleman movió negativamente la cabeza. Tenía en las manos el tubo-fusil, ya preparado. Lo único que tuvo que hacer fue introducir por el extremo la pequeña cápsula de tono azul.

Luego, siempre en silencio, apuntó hacia el *Ciro* durante dos segundos, y apretó el disparador.

A menos de cien metros de distancia del *Firenze*, el yate *Ciro* quedó envuelto, de pronto, en una llamarada. Una sorprendente llamarada terrible, que creció de modo increíble, con un tono azul, que inmediatamente se convirtió en rojo… Casi enseguida, el yate explotó, alzando otra llamarada, ahora con gran abundancia de humo negro y espeso. Todavía hubo otra explosión, que continuó lanzando pedazos de yate alrededor… Un viento caliente llegó a impactar en los rostros de los dos espías.

Número Uno miró a Baby y murmuró:

—Ya te dije que debías dejarme disparar a mí.

—No te preocupes —susurró ella—. No tengo ningún remordimiento, mi amor: a fin de cuentas, los demonios deben ser enviados siempre al infierno.

Uno asintió con un gesto.

—Será mejor que avisemos a Simón.

—Yo lo haré. Ve a hablar con esas chicas.

El espía volvió asentir, y bajó al saloncito, donde las cuatro muchachas permanecían vestidas, sentadas. Así se habían pasado la noche. A sus pies, tirados de cualquier manera en el suelo, yacían Zopp, Ekhard y Gastón. Los cadáveres estaban en uno de los camarotes. Aunque… también aquellos tres hombres parecían muertos, pese a que la señora Coleman había asegurado que sólo iban a dormir un par de días como máximo…

Dentro de unos minutos —dijo el impresionante señor Coleman — va a venir un helicóptero. Un hombre llega en él, para hacerse cargo del yate y emprender el regreso al Cap Sa Sal, donde lo está esperando la policía española. Mi esposa piensa, sin embargo, que quizás ustedes prefieran desembarcar en Mallorca y trasladarse inmediatamente al continente europeo. ¿Qué prefieren?

—El… el continente —aseguró Greta.

—Bien. ¿Tienen pasaportes, todo en regla?

—Sí, claro…

—¿Dinero?

—Sí… Sí.

—De acuerdo. Serán desembarcadas cerca de Palma. Luego, no podremos hacer nada más por ustedes. Excepto darles este último consejo: no hablen con nadie de todo esto, no lo recuerden siquiera, olvídenlo para siempre… Porque si una sola de ustedes habla, habrá

algunas personas que se apresurarán a buscarlas a todas y cortarles la cabeza. Buena suerte.

—Se-señor Coleman…

—¿Sí? Diga, Monika.

—Usted y… Bueno… ¿Realmente usted y… y la señora Coleman… están casados…? Qui-quiero decir que… que si son marido… y mujer.

Angelo Tomasini quedó profundamente serio, pensativo, durante unos segundos. Por fin, de pronto, sonrió.

—No —dijo—. No somos marido y mujer…, todavía. Por ahora, sólo somos dos personas que se aman.

Arriba, comenzaba a oírse el rumor de un helicóptero.

Este es el final

—Me pregunto qué nombre podemos ponerle —dijo la señorita Montfort. Elena y Rosmy se miraron con gesto de complicidad, y la primera dijo:

—Ya hemos pensado en eso; si le parece bien, podría llamarlo *Bagur*.

—*Bagur* —Brigitte contemplaba el cachorrillo que sostenía en alto con ambas manos—… ¿Por qué no? Es un nombre como otro cualquiera. Pero ya os he dicho que se lo voy a regalar a un amigo muy querido, pues yo tengo un perrito en casa… Un amigo que se llama Frankie… Frankie Minello.

—¡Si es amigo de usted, tiene que ser simpático también! —exclamó Rosmy.

—Pues sí… La verdad es que Frankie es muy simpático. Es posible que algún día venga por aquí, para daros las gracias personalmente. También viaja mucho, por eventos deportivos. ¿Seguro que es lobo el cachorrito?

—Su madre lo es, y su padre es un pastor alemán —dijo Elena—. Yo siempre he querido tener un perro, pero como ahora tenemos en casa una gatita siamesa… Se llama *Popi*… ¡Es más mala!

Simón y Número Uno se acercaron a la parte del jardín donde estaban Brigitte y las muchachas. Afuera, con cara de pasmo, los hermanos de Rosmy miraban embobados de verdad a los dos artistas de cine que habían vuelto de Barcelona dos días antes y que ya se iban definitivamente.

—El coche está cargado ya, Brigitte —dijo Angelo.

—Bien… Otra vez de viaje…

—¿Adónde van ahora? —preguntó Elena.

—A una isla —entornó los ojos Brigitte—… A Malta. A una villa que se llama Tartaruga… Gracias por el perrito, Elena, Rosmy… Como os he dicho, mi amigo Simón va a encargarse de que llegue

por rápido conducto a Estados Unidos. Pero os prometo que se lo entregaré yo personalmente a Frankie. Mientras tanto, tened la seguridad de que *Bagur* estará bien atendido.

—Tenemos… otro regalo para ustedes —musitó Elena.

—¿De veras? ¿De qué se trata?

—Es un disco —Elena sacó un *longplay* de una bolsa de plástico, y lo mostró—… Hay diez sardanas grabadas. Pensamos que, puesto que no pueden estar aquí este sábado para venir a bailarlas a la Plaza, quizá les gustaría oírlas en… en Villa Tartaruga.

—Es un gran detalle por vuestra parte —sonrió Brigitte—. Os lo agradezco de veras, pero no debisteis gastar vuestro dinero en nosotros.

—Sobró algo de la cuchipanda del otro día —rió Rosmy.

—Bueno, en ese caso…

—Señorita Montfort —dijo como a regañadientes Elena—… ¿Usted tiene una hermana gemela, melliza, o algo así…, que está en el hotel Cap Sa Sal? Bueno, ella es rubia, pero…

—No. No tengo hermanos ni hermanas, Elena.

—¿Lo ves, tonta? —exclamó Rosmy—. ¡Ya te dije yo que no tenía nada que ver aquella otra con la señorita Montfort!

Las dos amigas se enzarzaron en una discusión, que Brigitte cortó, riendo, para besarlas a ambas. Luego, en el coche, Número Uno y ella abandonaron el jardín, saliendo a la calle-carretera. Número Uno por el retrovisor, y Brigitte volviéndose en el asiento, vieron todavía a Simón-Bagur (que muy pronto desaparecería de allí) y a las dos muchachas despidiéndoles con gestos… Segundos después, pasaban por el cruce de la salida del pueblo. A la derecha, la carretera de circunvalación, con el desvío a Sa Riera, al sol, al mar. Frente a ellos, la carretera que los llevaría a Barcelona, de allí al aeropuerto…

—Parece que esas jovencitas tienen buena vista —dijo de pronto Número Uno.

—¿Y tú? —Se volvió Brigitte a mirarlo—. ¿Tienes tú buena vista?

—Hasta ahora creo que sí —se sorprendió Uno.

—Entonces, frena. —Él la obedeció, y ella se acercó más a él—. Dime: ¿qué ves en mis ojos?

Angelo Tomasini tomó con sus manos el rostro de Brigitte Baby

Montfort, y su negra mirada pareció penetrar en las azules pupilas.

—Veo lo mismo de siempre —susurró—: dolor por lo sucedido, inteligencia para seguir adelante, grandiosa bondad para los demás…, y un poquito de amor para mí.

—Tu vista es buena —acercó Brigitte sus labios a los de él—. Pero no tienes noción de las cantidades. ¡Un poquito de amor para ti…! Uno, si te doy todo mi amor, no es poco. O, si es poco, perdóname, pero… no tengo más.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Operación Estrellas*. < <

[2] Kichino es el nombre de la más importante escuela rusa de espionaje. < <

[3] Véase la aventura titulada *El jardinero de la Luna*. < <

[4] Oído mágico. <<